



*Enid
Blyton*

**LAS MELLIZAS
CAMBIAN DE COLEGIO**

se

A Pat e Isabel O'Sullivan les disgusta la idea de ir a Santa Clara: querían ir a la Escuela Ringmere con sus amigas y rechazan todo lo relacionado con el cambio. Pero pronto se instalarán allí y conocerán nuevas compañeras, vivirán experiencias inolvidables, y se enfrentarán a toda clase de imprevistos. ¿Cambiarán de idea?



Enid Blyton

Las mellizas cambian de colegio

Santa Clara 1

ePub r1.4

Ishamael 23.06.13

Título original: *The Twins at St. Clare's*

Enid Blyton, 1941

Traducción: Isabel Franco

Ilustraciones: W. Lindsay Cable

Diseño de portada: Pablo Ramirez

Editor digital: Ishamael

ePub base r1.0



Capítulo 1

LAS MELLIZAS TOMAN UNA DECISIÓN

Una soleada tarde de verano, cuatro jovencitas, sentadas sobre la hierba junto a la pista de tenis, tomaban un refresco. Las raquetas estaban a su lado en el suelo y seis pelotas blancas estaban esparcidas por la pista.

Dos de las niñas eran mellizas. Isabel y Patricia O'Sullivan se parecían tanto que muy pocas personas sabían distinguirlas. Las dos tenían el pelo ondulado, de color castaño oscuro, ojos de un azul profundo y una alegre sonrisa. Su ligero y musical acento irlandés era muy agradable al oído.

Las mellizas pasaban dos semanas en casa de sus amigas Mary y Francis Waters. Las cuatro jovencitas charlaban animadamente. Pat, frunciendo el entrecejo, cogió la raqueta y, mientras golpeaba la hierba con fuerza, exclamó:

—Es un fastidio que mamá no nos deje ir al mismo colegio que vosotras, ahora que las cuatro dejamos la escuela Redroofs. ¡Somos amigas desde hace tanto tiempo! Si vamos a distintos colegios, no nos veremos en siglos.

—Es una lástima que a Redroofs sólo se pueda ir hasta los catorce años —replicó Isabel—. Hubiéramos seguido siempre juntas y divirtiéndonos mucho. El curso pasado, Pat y yo disfrutábamos mucho siendo las primeras de la clase y las capitanas del equipo de tenis y de hockey sobre hierba. ¡Ahora tendremos que ir a una escuela que no nos atrae nada y empezar otra vez desde abajo! ¡Seremos las últimas en vez de ser las primeras!

—Me gustaría que vinierais con nosotras a la escuela Ringmere —exclamó Francis—. Mamá dice que es un colegio muy «*exclusivo*». Allí sólo van niñas de familias ricas y distinguidas, y se hacen excelentes amistades. Tendremos un dormitorio y un estudio para nosotras solas, llevaremos vestidos de noche y, además, dicen que la comida es estupenda.

—¡Y nosotras iremos a Santa Clara, al que cualquiera puede ir! Habrá siete u ocho chicas en cada dormitorio y seguro que estarán peor amueblados que los del servicio —protestó Pat descontenta.

—No puedo entender por qué mamá quiere mandarnos allí en vez de a Ringmere —se lamentó Isabel—. A lo mejor no está decidida del todo. Mañana, cuando volvamos a casa, haremos todo lo posible por convencerla de que nos mande a Ringmere. Os llamaremos por la noche para contároslo.

—Nos alegraremos mucho si nos dais buenas noticias —dijo Mary—. Después de todo, cuando se ha sido la primera de la clase en una escuela maravillosa como Redroofs y se ha tenido un dormitorio tan bonito, el mejor estudio con una vista estupenda y un centenar de niñas que os tenían gran admiración, es terrible tener que empezar de nuevo en un colegio al que no quieres ir.

—Bueno, haced lo posible para que vuestros padres cambien de idea —intervino Francis—. Venid, jugaremos un set antes de merendar.

Las cuatro se levantaron de un salto y escogieron a suertes quiénes formarían las parejas. Isabel era una magnífica jugadora y había ganado el campeonato de tenis de Redroofs. Estaba realmente orgullosa de su juego.

Pat era casi tan buena como ella, pero prefería el hockey.

—En Santa Clara no juegan al hockey sobre hierba, sino al lacrosse^[1] —dijo Pat con tristeza—, un juego de lo más tonto. Con una red unida al palo, se recoge la pelota en vez de golpearla. Otra cosa que le pienso a decir a mamá es que no quiero jugar al lacrosse después de haber sido capitana del equipo de hockey.

Las mellizas dieron mil vueltas a todas las razones que darían a sus padres cuando llegaran a casa al día siguiente. Mientras iban en el tren hacia casa, hablaron de ello.

Así, a la tarde siguiente, las niñas empezaron a exponer sus ideas acerca de los colegios. Pat abrió el fuego y, según su costumbre, atacó enseguida.

—Mamá, papá: Isabel y yo hemos pensado mucho sobre el colegio al que iremos el curso próximo y queremos que sepáis que no queremos ir a Santa Clara. Todo el mundo dice que es una escuela horrible.

Su madre se echó a reír y su padre soltó el periódico que estaba leyendo muy sorprendido.

—No seas tonta, Pat, es un colegio magnífico —replicó la señora O'Sullivan.

—¿Estáis completamente decididos? —preguntó Isabel.

—No del todo —respondió su madre—, pero papá y yo creemos que actualmente es la mejor escuela que hay. Probablemente Redroofs os estropeó un poco, es un colegio demasiado caro y lujoso. Hoy día tenemos que aprender a vivir con mucha más sencillez. Santa Clara es un colegio más sensato. Conozco a la directora y me gusta.

—¡Un colegio sensato! —gimoteó Pat—. ¡Qué rabia me dan las cosas sensatas! Siempre son horribles, feas, estúpidas y poco agradables. Mamá, por favor, déjanos ir a Ringmere con Mary y Francis.

—De ninguna manera —contestó enseguida la señora O'Sullivan—, ése es un colegio de excesivas pretensiones y no quiero que después volváis a casa mirándolo todo por encima del hombro.

—No haríamos nunca eso —replicó Isabel haciendo señas a Pat para que dejara de discutir.

Pat perdía los estribos con mucha facilidad y eso no les convenía en presencia de su padre.

—Mamá, sé buena, déjanos probar Ringmere un curso o dos y, si ves que nos volvemos vanidosas, no iremos más. Pero déjanos probar. ¡Allí juegan al hockey, que nos gusta tanto! Nos fastidia tener que aprender otro deporte, ahora que jugamos tan bien al hockey.

—Querida Isabel —intervino el señor O'Sullivan golpeando la mesa con la pipa—, os sentará muy bien empezar de nuevo y aprender más cosas. Durante el año pasado observé que os estabais volviendo muy engreídas y con demasiada buena opinión sobre vosotras mismas. Sí, tenéis que aprender cosas que desconocéis y ver que no sois tan maravillosas como os figuráis. Os irá muy bien a las dos.

Las mellizas se sofocaron. Estaban furiosas y dolidas y casi a punto de llorar. La señora O'Sullivan sintió lástima por ellas.

—Papá no quiere disgustaros, pero tiene mucha razón. En Redroofs lo habéis pasado divinamente, hacíais lo que queríais, fuisteis las primeras y capitanas del equipo y habéis vivido a todo lujo. Ahora debéis demostrar lo que valéis, empezando como chiquillas de catorce años y medio en un colegio donde las niñas mayores tienen dieciocho.

Pat estaba enfurruñada. A Isabel le temblaba la barbilla al contestar:

—No estaremos contentas, ni haremos nada por estarlo.

—Muy bien, pues estad «descontentas» —repuso su padre severamente—. Si eso es lo que habéis aprendido en Redroofs, siento haberos tenido allí tanto tiempo. Os quería sacar de ese colegio hace dos años, pero me suplicasteis tanto que os dejé seguir en él. Ahora no se hable más del asunto. Esta noche yo mismo escribiré a Santa Clara para matricularos en el próximo curso. Si queréis que me sienta orgulloso de vosotras no protestéis, y tomad la resolución de ser buenas, de estudiar mucho y de ser muy felices en vuestro nuevo colegio.

Su padre encendió la pipa y volvió a coger el periódico. Su madre se puso a coser. No había más que hablar. Las mellizas salieron juntas al jardín. Fueron a su antiguo escondite tras el seto y se tendieron en la hierba. Los rayos oblicuos del sol de la tarde las envolvían haciéndolas pestañear. Isabel tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Nunca pensé que papá y mamá pudieran ser tan duros con nosotras. ¡Nunca!

—Después de todo, deberíamos tener derecho a opinar sobre este asunto —dijo Pat furiosa. Cogió un palo y lo clavó con fuerza en el suelo—. ¡Quisiera escaparme de casa!

—No seas tonta —reconvino Isabel—, bien sabes que no podemos hacerlo. Además, huir es una cobardía. Tendremos que ir a Santa Clara. ¡Pero cómo lo detestaré!

—Las dos lo odiamos —afirmó Pat—. Y lo que es más, allí sí que lo miraré todo por encima del hombro. No permitiré que se piensen que somos unas nenas de seis años, acabadas de salir de alguna tonta escuela preparatoria. Les haré saber enseguida que éramos las primeras de la clase y capitanas de los equipos de tenis y de hockey. ¡Mira que decir papá que somos unas engreídas! ¡No lo somos! Pero no podemos ignorar que destacamos en casi todo, además de ser bonitas y muy simpáticas.

—De veras, cuando hablas así, me pareces bastante presumida. Mejor será que no lo digamos demasiado cuando estemos en Santa Clara.

—Diré todo lo que me parezca y tú me tienes que apoyar —proclamó Pat con altanería—. ¡Tienen que saber quiénes somos y lo que sabemos hacer! ¡También las profesoras se tendrán que dar cuenta! ¡Las mellizas O'Sullivan van a ser «alguien»! No lo olvides, Isabel.

Isabel asintió con su morena y rizada cabecita.

—No lo olvidaré y te apoyaré siempre. ¡Palabra! ¡Santa Clara se va a llevar unas cuantas sorpresas el curso que viene!

Capítulo 2

LAS MELLIZAS LLEGAN A SANTA CLARA

Pronto llegó el día en que las gemelas debían partir para Santa Clara para el trimestre de invierno. La madre de las mellizas hizo una lista de las cosas que tenían que llevar al colegio y las niñas la repasaron atentamente.

—No es una lista tan larga como la de Redroofs. ¡Qué pocos vestidos nos permiten llevar! Mary y Francis dicen que a Ringmere pueden llevar tantos vestidos como quieran, y las dos se llevaban vestidos largos como los de su madre. ¡No presumirán poco cuando nos volvamos a ver!

—Y mira, palos de lacrosse en vez de sticks de hockey —se lamentó Isabel—. Por lo menos, podríamos jugar a las dos cosas. Ni me quiero molestar en mirar los palos que nos ha comprado mamá. ¡Hasta nos dicen lo que podemos llevar en el neceser! A Redroofs podíamos llevar lo que se nos antojaba.

—¡Espera que lleguemos a Santa Clara! Les demostraremos que vamos a hacer lo que nos parezca. ¿A qué hora sale el tren mañana? —preguntó Pat.

—A las diez tenemos que estar en la estación —respondió Isabel—. Bueno allí veremos por fin a las niñas de Santa Clara. Apuesto que serán una colección de esperpentos.

La señora O'Sullivan acompañó a las mellizas a Londres, tomaron un taxi hasta la estación y buscaron el tren. Pronto divisaron uno con el nombre de Santa Clara. Había muchos grupos de muchachas en el andén, hablando animadamente unas con otras, despidiéndose de sus padres, saludando a las profesoras y comprando chocolate en los puestos ambulantes.

Una profesora, vestida con sencillez, se acercó a las mellizas. Supo que eran alumnas de Santa Clara porque llevaban abrigos grises, el uniforme de la escuela. Sonrió a la señora O'Sullivan y consultó la lista que llevaba en la mano:

—Estas niñas son nuevas y estoy segura de que son Pat e Isabel O'Sullivan por lo mucho que se parecen. Yo soy la señorita Roberts, la profesora de su curso, y me alegro mucho de conocerlas.

Era una acogida muy agradable y a las mellizas les gustó el aspecto de la señorita Roberts. Ésta era joven, agradable, alta y sonriente; pero tenía una mirada firme, y tanto Pat como Isabel comprendieron enseguida que no debía tolerar muchas tonterías en su clase.

—Su vagón está allí, con el resto del curso —añadió la señorita Roberts señalando uno—. Despídanse de su madre y suban al tren. Va a salir dentro de dos minutos.

Se alejó para hablar con otras niñas, y las mellizas abrazaron a su madre.

—Adiós —dijo la señora O'Sullivan—. Sed buenas y estudiad mucho durante el curso. Confío en que seréis felices en vuestro nuevo colegio. Escribidme pronto.

Las mellizas subieron a un compartimiento donde se habían instalado tres o cuatro niñas, que charlaban alegremente.

No dijeron nada, pero miraron con interés a los grupos de jovencitas que pasaban ante el

compartimiento en busca de su sitio en el tren.

En el otro colegio, las mellizas eran de las mayores y más antiguas, pero en éste eran las más jóvenes. En Redroofs, las pequeñas miraban a Pat e Isabel con respeto y admiración. ¡Las dos maravillosas primeras de la clase! Pero ahora eran ellas las que tenían que admirar a las mayores. Muy altas y muy dignas, las alumnas del curso superior pasaban hablando ante ellas. Niñas de otros cursos corrían a sus asientos, llamándose unas a otras con alegres voces. Las más pequeñas subían con prisa a su compartimiento, pues el revisor ya corría hacia el tren a punto de anunciar la salida.

El viaje fue muy divertido. A las doce y media repartieron bocadillos, limonadas y tazas de té. A las dos, el convoy se detuvo en una pequeña estación. Un gran letrero anunciaba el lugar: «*Apedero del Colegio de Santa Clara*». Fuera les esperaban grandes autocares del colegio y las niñas se apretujaron en ellos charlando y riendo. Una de ellas se volvió hacia Isabel y Pat, y les indicó amable:

—¡Mirad, allí está el colegio! ¡Allí, en aquella colina!

Las mellizas vieron un gran edificio blanco de piedra, con una torre en cada extremo. Dominaba sobre el valle, por encima de unos grandes campos de juego y jardines.

—No se puede comparar a Redroofs —comentó Pat dirigiéndose a Isabel—. ¿Recuerdas lo hermoso que estaba nuestro viejo colegio cuando le daba el sol por la tarde? Su tejado rojo resplandecía cálido y acogedor, no frío y blanco como éste.

Durante unos momentos, las dos jóvenes sintieron añoranza de su antiguo colegio y sus amigas. No conocían a nadie en Santa Clara. No podían saludar a antiguas compañeras, como solían hacerlo al empezar el curso. No les gustaba el aspecto de ninguna de sus compañeras, todas parecían mucho más bruscas y escandalosas que las de Redroofs. Todo era espantoso.

—Menos mal que estamos las dos juntas —comentó Pat—. Hubiera sido terrible que viniera aquí sólo una de nosotras. Nadie nos dirige la palabra.

No se daban cuenta de que la culpa era de ellas mismas. Las mellizas parecían muy estiradas, como una niña le susurró a otra. Ninguna se sentía inclinada a hablarles ni a hacerse su amiga.

Había la misma actividad que en todos los internados al deshacer las maletas para instalarse. Los grandes dormitorios estaban llenos de niñas que guardaban sus cosas, colgaban sus vestidos y ponían fotografías encima de su tocador.

Santa Clara contaba con muchos dormitorios. Pat e Isabel ocupaban el 7, en el que había ocho camas blancas exactamente iguales. Cada una estaba rodeada de cortinas que se podían abrir o cerrar a gusto de las niñas. Con gran satisfacción, Pat e Isabel comprobaron que sus camas eran contiguas.

Cuando las jóvenes hubieron deshecho las maletas, entró en el dormitorio una chica alta que preguntó:

—¿Hay aquí alguna nueva?

—Nosotras somos nuevas —contestó Pat.

—¡Hola, mellizas! —dijo la joven sonriendo cuando miró a las hermanas—. ¿Sois Patricia e Isabel O'Sullivan, verdad? Venid las dos conmigo, el ama de llaves os quiere ver.

Pat e Isabel fueron con ella a la confortable habitación donde la encargada del ropero estaba sentada rodeada de armarios, cómodas y estantes. Era una mujer gorda y de aspecto jovial, pero sus alegres ojos eran muy perspicaces.

—No hay quien engañe al ama de llaves —murmuró su guía—. Procurad estar a bien con ella.

—Seréis responsables de arreglar vuestras cosas cuando haga falta —les dijo el ama mientras repasaba con ellas sábanas, toallas y vestidos.

—¡Dios mío! —exclamó Pat—. En nuestro antiguo colegio eso lo hacía el servicio.

—¡Vergonzoso! —protestó airadamente el ama de llaves—. Bien, aquí no se dedican a coser. Así que tened mucho cuidado con vuestras cosas y recordad que les cuesta dinero a vuestros padres.

—Nuestros padres no necesitan preocuparse por los vestidos rotos —empezó a decir Pat—. Una vez en Redroofs me enganché en un alambre y el vestido que llevaba se hizo jirones. Estaba tan roto, que la costurera dijo que no había manera de arreglarlo y...

—Bueno, yo te hubiera hecho zurcir cada desgarrón, cada agujero, cada pedazo —interrumpió el ama, cuyos ojos echaban chispas—. Si hay algo que no puedo resistir es el descuido y el despilfarro. Ahora, fijaos bien. ¿Qué pasa, Millicent?

Otra joven había entrado en el cuarto con un montón de toallas, y las mellizas se alegraron de que el ama de llaves ya no se ocupara de ellas. Salieron silenciosamente.

—No me gusta nada el ama de llaves —dijo Pat—. Me encantaría romper algo de tal forma que no se pudiera remendar; eso le daría algo en qué pensar.

—Vamos a recorrer el colegio, a ver qué tal es —repuso Isabel, cogiéndose del brazo de Pat—. Parece mucho más vacío y frío que nuestro querido Redroofs.

Las mellizas empezaron la exploración. Las clases eran como cualquier otra, pero la vista desde las ventanas era magnífica. En su antiguo colegio disponían de un estudio para las dos, pero aquí ese privilegio sólo lo disfrutaban las alumnas de los cursos superiores. Las demás tenían una gran sala común, donde había un aparato de radio, un tocadiscos y una librería. Cada niña colocaba sus cosas en los estantes que rodeaban la sala, siendo responsable de mantenerlos arreglados.

Había salitas de música para practicar, una hermosa aula de pintura, un enorme gimnasio, que también se usaba como salón de actos, y un buen laboratorio. Las profesoras contaban con dos salas para ellas y dormitorios individuales. La directora ocupaba un departamento para ella sola, con una habitación en una de las torres y una hermosa sala para recibir en la planta.

—No está mal del todo —murmuró Pat, después de haberse metido por todas partes—. Los campos de deportes son muy buenos, hay muchas más pistas de tenis aquí que en Redroofs. Claro que ésta es una escuela mucho mayor.

—No me gustan los colegios grandes —replicó Isabel—. Prefiero los pequeños, donde una es «alguien» y no algo insignificante entre montones de gente.

Entraron en la sala común. La radio estaba en marcha y sonaba una música de baile muy alegre, pero casi no se oía, ahogada por la charla de las niñas. Algunas miraron a Isabel y a Pat cuando aparecieron en el salón.

—¡Hola, mellizas! —chilló una niña de aspecto desenvuelto y de áurea y rizada melena—. ¿Cuál es una y cuál es otra?

—Yo soy Patricia O'Sullivan y mi hermana gemela es Isabel —contestó Pat.

—Bienvenidas a Santa Clara —agregó la jovencita—. Yo soy Hilary Wentworth y estoy en el mismo dormitorio que vosotras. ¿Habéis estado internadas en algún colegio anteriormente?

—Por supuesto —respondió Pat—, estábamos en Redroofs.

—¡La escuela para snobs! —exclamó irónica una niña de pelo negro—. ¡Mi prima estuvo allí y no tenía pocos humos cuando volvió a casa! Pretendía que todo el mundo se deshiciera en atenciones con ella y no servía ni para coserse un botón.

—Cállate —intervino Hilary al ver que Pat se ponía colorada—. Siempre hablas demasiado, Janet. Bueno, Patricia e Isabel, este colegio no es del mismo estilo que Redroofs; aquí trabajamos muy en serio, también jugamos mucho y nos enseñan a ser independientes y a ser responsables.

—Nosotras no queríamos venir aquí —replicó Pat—. Queríamos ir a la escuela Ringmere, donde van nuestras compañeras. En Redroofs nadie tenía muy buena opinión de Santa Clara.

—Vaya, vaya, ¿con que ésas tenemos? —dijo Janet, enarcando las cejas hasta tocar con ellas el oscuro pelo de su cabeza—. Bien, lo importante, mis queridas mellizas, no es lo que pensáis de Santa Clara, sino lo que Santa Clara piensa «*de vosotras*». Es una cosa completamente distinta. Por mi parte, creo que es una lástima que no hayáis ido a otro colegio. Tengo la impresión de que en éste no vais a encajar.

—Janet, cállate —interrumpió Hilary—. No está bien decir cosas así a unas compañeras nuevas. Deja que se acostumbren. Venid, os acompañaré al despacho de la directora. Tenéis que saludarla antes de ir a cenar.

Pat e Isabel hervían de cólera por lo que les había dicho Janet. Hilary las hizo salir del salón muy amablemente, mientras musitaba:

—No hagáis mucho caso a Janet. Siempre dice todo lo que piensa, lo que está muy bien cuando se le ocurren cosas agradables de la gente, pero no cuando dice impertinencias. Ya os acostumbraréis a ella.

—Me parece que no —replicó Pat muy tiesa—. Me gustan los buenos modales, cosa que nos enseñaban en nuestro antiguo colegio. ¿Aquí no lo hacen?

—Bueno, no seas pelma —repuso Hilary—. Mira, aquélla es la habitación de la directora. Llama antes de entrar y prueba alguno de tus buenos modales con la señorita Theobald.

Las mellizas llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —contestó una voz agradable y bastante profunda.

Pat abrió la puerta y las dos entraron. La directora estaba sentada a su mesa, escribiendo. Miró a las jóvenes y les sonrió.

—No necesito preguntar quiénes sois —dijo—. Os parecéis tanto en todo, que tenéis que ser las mellizas O'Sullivan.

—Sí —afirmaron las dos jóvenes, mirando a su nueva directora. Tenía el pelo gris y una cara digna y seria que, a veces, se iluminaba con una amable sonrisa. Les dio la mano cordialmente a cada una de las mellizas.

—Me alegro de daros la bienvenida a Santa Clara. Espero que un día estaremos orgullosas de vosotras. Hacedlo todo lo mejor posible y el colegio os lo devolverá con creces.

—Lo haremos —afirmó Isabel y se sorprendió de haberlo dicho. No tenía intención de hacerlo. Miró a Pat, que permanecía silenciosa con la mirada fija en la directora.

—Conozco mucho a vuestra madre —les contó la señorita Theobald—. Me alegré mucho cuando decidió mandaros aquí. Decídselo cuando le escribáis y dadle afectuosos saludos de mi parte.

—Sí, señorita Theobald —repuso Pat.

La directora las saludó sonriendo y volvió a su mesa.

«¡Qué niñas más raras! —pensó para sí—. Cualquiera diría que detestan estar aquí. Tal vez es que son tímidas o que echan de menos su casa».

Pero ni eran tímidas, ni echaban de menos su casa. ¡Eran sólo dos jóvenes testarudas, decididas a encontrarlo todo mal, sólo porque no habían ido al colegio que ellas hubieran querido!

Capítulo 3

UN MAL COMIENZO

Las mellizas comprendieron pronto que Santa Clara era muy diferente a su antigua escuela. Incluso las camas eran menos cómodas. En vez de tener cada una su colcha y un edredón a juego, todas las niñas lo tenían igual.

—No me resigno a ser un calco de las demás —comentó Pat—. ¡Si pudiéramos tener las cosas a nuestro gusto, cómo nos admirarían todas!

—Lo que más me molesta es ser una de las pequeñas —dijo Isabel con tristeza—. Odio que hablen como si tuviera seis años. Cuando alguna de las mayores me dirige la palabra es para decir: «¡Tú, quítate de en medio! ¡Tú, tráeme un libro de la biblioteca!». ¡Esto es demasiado!

El ritmo de trabajo de Santa Clara era superior al de la mayoría de las escuelas y, aunque las mellizas eran inteligentes, pronto vieron que, en muchas materias, estaban más atrasadas que el resto de la clase. Eso también las contrariaba muchísimo. Ellas, que esperaban deslumbrar a las demás, resultaban ser menos que «nadie». Enseguida conocieron a todas las niñas de su clase. Hilary Wentworth era una de ellas, otra era Janet Robins, la de la lengua afilada. También estaba Vera Johns, una niña de pelo lacio y muy callada. Sheila Naylor era de aspecto altivo y gestos arrogantes. A las mellizas no les gustó nada. Pat comentó:

—No sé qué motivos tiene para ser tan altanera. Es cierto que tiene una casa muy bonita. He visto una foto en su tocador, pero a veces habla como una las criadas. Después parece recordar que no debe hablar así y se vuelve a poner altiva y tonta.

Katy Gregory era otra de sus compañeras, tenía quince años y parecía estar siempre asustada. Fue la única que, durante la primera semana, quiso trabar amistad con las mellizas. Las demás sólo les dirigían la palabra por educación y para informarlas de las costumbres de la escuela. Todas pensaban que Pat e Isabel eran muy estiradas.

—Katy es muy rara —comentó Isabel—, parece deseosa de ser amiga nuestra, nos presta libros y reparte sus dulces. Hace un año que está en Santa Clara y no tiene ninguna amiga. Siempre que salimos de paseo quiere ir conmigo, y no dejo de decirle que no puedo, porque tú me esperas.

—A veces me da lástima —exclamó Pat—. Me recuerda a un perro perdido en busca de amo.

—Sí, eso es lo que parece —afirmó Isabel, riéndose—. De todas nuestras compañeras, la que más me gusta es Hilary. Es natural y alegre. Es una gran chica.

Las mellizas se sentían muy cohibidas ante las mayores. Las alumnas del curso superior eran tan formales que aparentaban casi la misma edad que las profesoras, y aún parecían más dignas y serias que ellas. Winifred Jones, la primera de la clase, intercambió unas palabras con ellas. Era una joven alta, de aspecto inteligente, con los ojos de un azul muy claro y el cabello suave y brillante. Todo el colegio estaba orgulloso de ella, pues había obtenido magníficas notas en

importantes exámenes.

—Sois las nuevas alumnas, ¿verdad? —preguntó—. Cuando ya estéis acostumbradas al funcionamiento del colegio, hacedlo lo mejor posible. Si tenéis alguna dificultad, decídmelo. Yo soy la delegada de clase y, si puedo, os ayudaré con mucho gusto.

—¡Oh, gracias! —contestaron las mellizas muy emocionadas al oír a Winifred. Esta se alejó con sus amigas y las niñas la siguieron con la mirada con auténtica devoción.

—Es simpática. Confieso que todas las mayores parecen muy amables —exclamó Isabel—, aunque son terriblemente serias y correctas.

También les gustaba mucho la señorita Roberts, la profesora de su curso, a pesar de que era muy severa y no toleraba tonterías en la clase. A veces, Pat trataba de discutir sobre alguna materia, diciendo:

—A mí me lo enseñaron así en mi antigua escuela.

—¿De veras? —contestaba la señorita Roberts—. Bueno, haz lo que te parezca, pero así no adelantarás mucho. Recuerda que lo que va bien en una escuela, no conviene en otra. Pero si prefieres aferrarte a tu opinión, es asunto tuyo.

Entonces Pat hacía un gesto desdeñoso, Isabel enrojecía y el resto de la clase sonreía y pensaba para sus adentros: «*Estas niñas tan altivas necesitan muchas lecciones*».

La señorita Walter, la profesora de dibujo, era joven, alegre y muy competente. Estaba satisfecha de cómo dibujaban y pintaban Isabel y Pat. A las mellizas les gustaba las clases de la señorita Walter. En ellas, como en su antigua escuela, trabajaban a su antojo; podían hablar y reír mientras dibujaban y, a menudo, la clase resultaba muy ruidosa.

La profesora de francés, Mademoiselle, no tenía un trato tan asequible. Era mayor y muy severa, escrupulosa y brusca. Llevaba unas gafas que se le caían de la nariz cuando se enfadaba, cosa que sucedía a menudo. Tenía los pies enormes y una voz bastante áspera que las mellizas, al principio, no podían sufrir. Pero Mademoiselle gozaba de un gran sentido del humor y, si algo le hacía gracia, reía con enormes carcajadas que contagiaban a toda la clase.

Los primeros días, Pat e Isabel sufrieron varios regaños. Aunque entendían y hablaban el francés bastante bien, nunca se habían preocupado mucho de la gramática y sus reglas, mientras Mademoiselle era muy exigente a ese respecto.

—Patricia, Isabel —exclamó furiosa—. ¡No basta con hablar mi idioma! ¡Lo escribís abominablemente! ¡Mirad este ejercicio, es abominable! ¡Abominable!

«*Abominable*» era el adjetivo favorito de Mademoiselle. Lo usaba para todo: El tiempo, un lápiz roto, las niñas, incluso para sus propias gafas cuando le resbalaban por la nariz. Las alumnas la llamaban «*Mademoiselle Abominable*», pero, en el fondo, temían bastante a la francesa de terrible voz y buen corazón.

La maestra de historia era, en todos los cursos, la señorita Kennedy, y sus clases eran un desbarajuste. La pobre señorita era una pobre mujer que no sabía mantener el orden durante más de cinco minutos. Era nerviosa y seria; siempre extremadamente cortés, atendía todas las preguntas que le hacían, por tontas que fueran, y las contestaba con largas explicaciones. Nunca se daba cuenta de que, la mitad de las veces, las niñas le tomaban el pelo.

—Antes de que viniera la señorita Kennedy, teníamos a su amiga la señorita Lewis —explicó Hilary a las mellizas—. Era maravillosa. A mitad del curso pasado cayó enferma y pidió a la directora que contratara a la señorita Kennedy hasta que ella pudiera volver. La pobre tiene muchos títulos y se dice que incluso es más inteligente que la misma directora, pero ¡creedme, es una boba!

Poco a poco, las mellizas fueron conociendo a todas las niñas y a las profesoras, y se fueron enterando de las costumbres de la escuela y se acostumbraron a su nueva vida. Pero aun después de pasadas dos semanas, no se habían resignado a ser «*nadie en vez de alguien*», como se lamentaba Pat.

Había una cosa que encontraban muy desagradable: La costumbre establecida en Santa Clara de que las pequeñas sirvieran a las mayores. Éstas disfrutaban de un estudio para cada dos chicas, les permitían amueblarlo muy sencillamente pero a su gusto y, en invierno, podían encender la chimenea y tomar el té en el estudio, en vez de tomarlo en el vestíbulo con las demás alumnas.

Un día que las mellizas estaban leyendo en la sala común, entró una niña que llamó a Janet:

—Oye, Janet, Kay Longden te necesita. Quiere que le enciendas la chimenea y le hagas unas tostadas.

Janet se levantó sin decir nada y salió. Pat e Isabel la siguieron, muy sorprendidas, con la mirada.

—¡Vaya, qué fresca es Kay, mandarnos con esto a Janet! ¡Yo no pienso encender el fuego a nadie! —aseguró Pat.

—¡Ni yo! —añadió Isabel—. Que lo haga una de las criadas, o ella misma.

Hilary levantó la vista de su labor y dijo:

—Cualquier día os tocará el turno a vosotras. La semana que viene preparaos para recibir órdenes, mellizas. Si las de quinto o sexto necesitan algo, esperan que se lo hagamos. Es una costumbre de la escuela que, además, no nos hace ningún daño. Ya nos llegará el turno de mandar a las pequeñas cuando nos encontremos en los cursos superiores.

—¡Nunca escuché nada semejante! —exclamó Pat furiosa—. Os aseguro que yo no iré a hacer nada para nadie. Nuestros padres no nos trajeron a este colegio para servir a unas perezosas. ¡Qué enciendan ellas la chimenea!

—¡Caramba, vaya genio fogoso! —dijo Hilary con ironía—. ¡Apártate de mí, Pat, me estás abrasando!

Pat cerró el libro de golpe y salió de la sala bruscamente.

Isabel se fue tras ella y todas se echaron a reír.

—¡Idiotas! —comentó Hilary—. No sé qué se piensan. ¿Por qué no son razonables? No serían antipáticas si fueran más naturales. Propongo que hagamos todo lo posible para que cambien o llegaremos a odiarlas.

—¡Bravo! —repuso Vera—. Estoy de acuerdo. ¡Qué golpe para ellas cuando sepan que no tienen más remedio que atender a las mayores! ¡Ojalá les toque Belinda Towers! A mí me tocó el curso pasado y ¡no me hizo correr ni nada! Se le metió en la cabeza que soy perezosa, y estoy segura de que perdí más de cinco kilos, girando a su alrededor durante una semana.

Todas se rieron. Sheila Naylor habló con su altivez acostumbrada:

—Lo peor de los que se figuran que son alguien es que, casi siempre, no son realmente nadie.

Estoy segura de que en una fiesta no daría ni un paso para conocer a Pat e Isabel.

—Bueno, Sheila, no exageres —repuso Hilary—. Al fin y al cabo, las mellizas no están tan mal. De todas maneras, creo que les espera unas cuantas sorpresas.

En efecto, las sorpresas llegaron la semana siguiente.

Capítulo 4

LAS MELLIZAS SE ENCUENTRAN EN UN APURO

Un día, alrededor de las cinco, las mellizas estaban escribiendo a sus padres cuando una niña del cuarto grado asomó la cabeza por la puerta:

—¡Eh, vosotras! —gritó—, ¿dónde están las mellizas O'Sullivan? Belinda necesita a una de ellas.

Pat enrojeció y preguntó:

—¿Para qué nos llama?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —contestó la niña—. Esta tarde ha ido a pasear por el campo y tal vez quiere que le limpies los zapatos. Sea lo que sea, id volando o tendréis jaleo.

Las mellizas permanecieron inmóviles. Hilary las miró y exclamó:

—De prisa, idiotas. Una de vosotras tiene que ir a preguntar a Belinda qué quiere. ¡Por Dios, no la hagáis esperar! Tiene casi tan mal genio como tú, Pat.

—Iré yo —dijo Isabel, mientras se levantaba; pero Pat la obligó a sentarse violentamente.

—No, no vayas. ¡Yo no le limpio los zapatos a nadie! Ni tú tampoco, Isabel.

—Mira, Pat, no seas tonta —aconsejó Janet—. A lo mejor Belinda os quiere decir que juguéis un partido. Ya sabes que es la capitana del equipo.

—No —repuso Pat—. No puede ser eso, porque ni Isabel ni yo habíamos jugado nunca al lacrosse y ayer lo hicimos muy mal.

—Bueno —dijo Hilary—, tarde o temprano tendréis que ir; ¿por qué no hacerlo enseguida?

Otra niña abrió la puerta y dijo:

—¡Belinda está echando chispas! ¿Dónde se han metido esas mellizas? ¡Van a saber lo que es bueno si una de ellas no va corriendo enseguida!

—Ven —dijo Pat a Isabel—. ¡Vamos a ver lo que quiere! ¡Pero te aseguro que ni tú ni yo le limpiaremos los zapatos ni le encenderemos la chimenea!

Las dos se levantaron y salieron de la sala. Todas las demás se echaron a reír.

—Quisiera ver lo que sucede —exclamó Janet—. Me encanta ver a Belinda hecha una furia.

Belinda Towers estaba con Pamela Harrison, la chica con quien compartía el estudio.

Pat abrió la puerta.

—¿No sabes llamar? —gritó Belinda—. ¡Vaya una manera de entrar! Y me gustaría saber por qué has tardado tanto en venir. Hace siglos que mandé a buscarte.

Pat se quedó bastante cortada e Isabel no se atrevía a decir nada.

—Bueno. ¿No tenéis lengua? ¡Dios mío! Pamela, ¿has visto un par de bobas semejantes? Bien, ya que habéis venido las dos, me vais a hacer algún trabajito. Quiero que limpiéis mis zapatos y los de Pam, que encendáis la chimenea y pongáis la tetera a hervir. Encontraréis agua al final del pasillo. Ven, Pamela, iremos a recoger nuestros libros y, cuando el agua hierva, nos haremos unas

tazas de té.

Las dos jóvenes se dirigieron a la puerta. Pat, roja de cólera, las detuvo y dijo:

—Yo no vine a Santa Clara para servir a nadie. Ni mi hermana tampoco. No os limpiaremos los zapatos, ni encenderemos el fuego ni pondremos agua a hervir.

Belinda se detuvo como si la hubiese alcanzado un rayo. Miró a Pat como si fuera un insecto repugnante y se volvió hacia Pamela:

—¿Has oído eso? ¡Menudo descaro! Muy bien, hija mía, pues se acabaron para ti los paseos por la ciudad. ¡No lo olvides!

Las mellizas miraron a Belinda desoladas. Las alumnas de Santa Clara podían bajar al pueblo, en grupos de dos o tres, para comprar lo que necesitaran, mirar los escaparates e incluso ir al cine, si tenían permiso. ¿Tendría Belinda autoridad para impedirselo?

—No creo que tengas derecho a decir eso —replicó Pat—. Iré a contárselo a Winifred Jones y se lo preguntaré.

—¡Bien! —exclamó Belinda, que ardía de cólera mientras su pelo rojo parecía llamear—. Quieres llevarte un sofocón, ¿verdad? Corre, corre a decírselo a Winifred, ve con tus cuentos y ya verás lo que sucede.

Pat e Isabel salieron del estudio. Isabel, muy asustada, quería quedarse allí y hacer lo que ordenaba Belinda, pero Pat estaba furiosa. Cogió a Isabel por el brazo y la arrastró hacia el cuarto de Winifred. Ésta tenía un estudio sólo para ella. Pat no se atrevió a entrar sin llamar y golpeó la puerta suavemente.

—¡Adelante! —dijo la voz de Winifred. Las mellizas entraron. Winifred estaba estudiando—. ¿Qué ocurre? —preguntó—. Estoy muy ocupada.

—Por favor, Winifred —contestó Pat—. Belinda nos ha ordenado que le limpiemos los zapatos, que encendamos el fuego y pongamos agua a hervir. Y cuando le hemos dicho que no lo queríamos hacer, nos ha prohibido ir a la ciudad. Por eso hemos venido a preguntarte si tiene derecho a hacerlo.

—Comprendo —dijo Winifred—. Bien, es costumbre de la escuela que las pequeñas sirvan a las mayores en lo que puedan. Ya conocéis el dicho: «*Donde fueres, haz lo que vieres*». Además, eso es muy conveniente y no os hará el menor daño.

—Pero como nosotras no queríamos venir a Santa Clara —replicó Pat—, no tenemos por qué seguir esas costumbres tan tontas, ¿verdad, Isabel?

Isabel contestó con un ligero movimiento de cabeza. No comprendía cómo Pat se atrevía a hablar a Winifred en ese tono y le temblaban las piernas de miedo; nunca sería tan atrevida como su hermana.

—Creo que tendrías que esperar un poco antes de rechazar nuestras costumbres. ¿Es que no sabéis limpiar de barro unos zapatos ni encender la chimenea?

—Nunca lo tuvimos que hacer en Redroofs —se obstinó Pat—, ni en casa tampoco.

—Yo creo que no sabría limpiar unos zapatos tan llenos de barro —replicó Isabel pensando que tal vez así Winifred la dejaría marchar.

—¡Dios mío! —exclamó Winifred—. Pensar que casi tenéis quince años y no sabéis limpiar

unos zapatos. ¿No os da vergüenza? Razón de más para que aprendáis cuanto antes.

Volved al estudio de Belinda y tratad de hacer lo que os diga. Ya sé que tiene un genio muy vivo y os reñirá de lo lindo, pero, francamente, creo que las dos os lo merecéis. Tened un poco de sentido común.

Winifred volvió a sus libros. Las mellizas, muy sofocadas, salieron de la habitación y cerraron la puerta en silencio. Después, se miraron y Pat exclamó furiosa:

—¡Yo no limpiaré esos dichosos zapatos aunque no pueda salir del colegio en todo el curso!

—Oh, Pat —repuso Isabel disgustada—, yo quería ir a comprar chocolate y otras cosas que necesito. Anda, es mejor que obedezcamos. Las otras pensarán que somos muy tontas si armamos tanto jaleo por nada. Ya se burlaron bastante de nosotras.

—Tú haz lo que te parezca —gritó Pat—, pero yo no lo haré. —Y se marchó indignada, dejando sola a Isabel.

Isabel se quedó pensativa durante un momento: «*Si yo hiciera lo que quiere Belinda, podría ir a la ciudad y como Pat se parece tanto a mí, también podría ir sin que nadie se entere. Será una manera muy graciosa de torear a Belinda*».

Fue al estudio de Belinda. No había nadie: En el suelo estaban los dos pares de zapatos, llenos de barro. Sin duda, sus dueñas habían paseado por sitios muy enfangados.

Isabel los miró muy apurada sin saber por dónde empezar. Entonces oyó que alguien pasaba por el corredor y se asomó a la puerta. Vio que era Katy Gregory y la llamó:

—Katy, mira estos zapatos tan sucios, no sé cómo se limpian.

Katy acudió enseguida, muy contenta de que Isabel le pidiera ayuda.

—Tienes que rascarlos primero y quitarles todo el barro. Ven, yo te ayudaré.

Las dos niñas se pusieron enseguida a limpiar los zapatos a conciencia, lo que les llevó mucho tiempo. Katy no paraba de hablar, mientras contaba lo mucho que su mamá la mimaba, los muchos regalos que le hacían sus padres y cuánto dinero le mandaban el día de su cumpleaños. Isabel la escuchaba, agradeciendo mucho su ayuda, pero la encontraba bastante tonta. Ya se sabe que a todo el mundo le hacen regalos el día de su santo o el de su cumpleaños. Cuando acabaron de limpiar los zapatos los colocaron cuidadosamente en su estante y encendieron la chimenea. Katy le enseñó dónde llenar la tetera y la puso en el fuego. En ese momento llegaron Belinda y Pam.

—Veo que te has decidido a ser razonable —observó—. ¿Dónde está tu hermana? ¿Te ha ayudado?

—No —contestó Isabel.

—Bueno, dile de mi parte que no piense en ir a la ciudad mientras no haga su trabajo —dijo Belinda sentándose en una silla—. No consiento que unas nuevas se porten como si fueran dueñas y señoras del colegio. ¿Hierve ya el agua? Dios mío, pero si aún está fría; ¿cuánto hace que está la tetera en el fuego?

—La acabo de poner, Belinda.

—Claro, no se te ocurrió encender el fuego y poner a hervir el agua antes de limpiar los zapatos —comentó Belinda, sarcástica—. Sería una lástima que hirviera el agua mientras tanto,

¿verdad? No entiendo cómo son estas niñas de hoy día. Cuando yo tenía vuestra edad, era mucho más lista. Ahora, márchate y la próxima vez que te llame, a ver si vienes más de prisa. Y acuérdate de decirle a tu testaruda hermana lo que te he dicho. Si desobedece tendré que denunciarla a la señorita Theobald.

Isabel se fue a la carrera. Se sentía trastornada, furiosa y tonta. ¿Por qué, por qué no se le ocurrió poner a calentar el agua antes? No le extrañaba que Belinda la encontrara estúpida.

Contó a Pat lo sucedido:

—Y dice Belinda que no irás a la ciudad si no haces tu parte de trabajo. Pero ¿sabes, Pat?, podrás ir porque nadie sabrá si la que va eres tú o yo. Nadie nos distingue todavía.

—Bueno —contestó Pat con mal humor—, pero no me parece bien que cedieras con tanta facilidad. ¡Es vergonzoso que al final limpiaras aquellos asquerosos zapatos!

—Pues me divertí bastante. Katy me ayudó y primero...

—¡Cállate! —interrumpió Pat bruscamente—. ¡Si quieres, escribe una redacción sobre la manera de limpiar zapatos y hervir agua, pero no me eches sermones!

Isabel estaba muy dolida, pero a Pat no le duraban mucho los enfados con su hermana. Antes de una hora, abrazaba a Isabel y le decía:

—Lo siento, perdóname, no estaba realmente enfadada contigo. Belinda me puso furiosa y te lo he hecho pagar a ti. No importa. Me burlaré de Belinda yendo al pueblo siempre que me parezca, haciendo ver que soy tú.

Y así fue: Pat iba al pueblo con alguna de las niñas como si fuera Isabel y nadie se enteraba. ¡Cómo se reían las dos del engaño!

Pero una tarde sucedió algo. Después del té, Pat se fue a la ciudad con Katy.

Isabel estaba en la sala común escuchando el gramófono y se sobresaltó al oír llamar a Pat:

—Patricia O'Sullivan. ¡Belinda te llama!

«Bueno, tengo que hacer ver que soy Pat —pensó Isabel—. ¿Por qué llama a Pat si soy yo la que le sirvo ahora? Ya sabe que Pat no lo hace».

Pronto supo qué quería Belinda. Estaba haciendo una lista y, cuando Isabel entró, la miró y dijo:

—Pat O'Sullivan, ayer te estuve observando y vi que jugaste muy bien al lacrosse. Eres una niña tonta y testaruda, pero eso no tiene nada que ver con el juego. Te pongo en el equipo para el partido del sábado.

Isabel la miró sorprendida. ¡Qué contenta estaría Pat! Murmuró unas palabras de gratitud y se marchó corriendo, al tiempo que deseaba que su hermana volviera pronto para darle la buena noticia.

Cuando Pat se enteró, se quedó muda de asombro.

—¡Jugar un partido! —exclamó—. ¡Qué buena es Belinda! Si fuera rencorosa, me habría dejado meses sin jugar.

Después se quedó muy callada y se alejó sola. Isabel sabía lo que pensaba Pat porque a ella le preocupaba lo mismo. Pat regresó pronto y cogió a Isabel del brazo:

—Comprendo que he sido muy mala. Te he dejado hacer todo el trabajo y he ido a la ciudad

siempre que he querido para fastidiar a Belinda. Creía ser muy lista haciendo esa trampa. Ahora ya no lo creo así.

—Yo tampoco —contestó Isabel—. Me siento mezquina y falsa. Belinda se ha portado noblemente al ponerte en el equipo, a pesar de estar furiosa contigo y, en cambio, nosotras no hemos obrado bien. ¿Y sabes una cosa, Pat? No me importa nada ayudar a las mayores, todas son muy buenas chicas. Al fin y al cabo, ¿qué trabajo cuesta poner a hervir agua o hacer unas tostadas? Ahora Belinda habla mucho conmigo y me es muy simpática, aunque me da un poco de miedo su genio tan vivo.

Pat se rascó la nariz y frunció las cejas, cosa que hacía siempre que estaba descontenta. De repente se levantó.

—Voy a decirle a Belinda que he sido una tramposa. No puedo jugar ese partido.

Salió corriendo. Fue al estudio de Belinda y llamó a la puerta.

—¡Adelante! —gritó Belinda, que se sorprendió al ver a Pat.

—Hola, Isabel. No te he llamado.

—No soy Isabel, soy Pat. Vengo a hablar del partido del sábado.

—Bien, después de lo que ya te he dicho, no hay nada más que hablar.

—Precisamente a «mí» no me has dicho nada, se lo has dicho a mi hermana Isabel. Yo estaba en la ciudad. Sé que me habías prohibido ir, pero nos parecemos tanto que sabía que nadie se enteraría.

—Un truco despreciable, Pat.

—Lo sé —repuso Pat, turbada—. Lo siento. He venido a darte las gracias por haberme puesto en el equipo, pero, naturalmente, no jugaré el partido. No quiero corresponder a tu bondad con un engaño. Y además, haré siempre mi parte de trabajo con Isabel. He sido muy estúpida. Eso es todo, Belinda.

—No, no es todo —repuso Belinda con inesperada dulzura—. También yo tengo que decirte algo. Has hecho algo muy rastrero, pero has tenido la nobleza de confesarlo. No hablemos más de ello. ¡El sábado jugarás el partido!

Pat voló a decírselo a Isabel mientras el corazón le daba saltos de alegría. ¡Qué buena era Belinda! ¿Cómo había podido creerla antipática y terrible?

«*Le haré tostadas, le limpiaré las botas y hasta le fregaré el suelo —pensó Pat— y, ¡palabra!, el sábado meteré una docena de goles, ya lo veréis*».

No fueron tantos, pero metió uno muy difícil, y ¡qué contenta estuvo oyendo gritar a Isabel y a Belinda!:

—¡Bien jugado! ¡Buen golpe, buen golpe!

Capítulo 5

UNA BATALLA CON «MADEMOISELLE»

En la clase de las mellizas entregaban las notas semanalmente. En Redroofs, Isabel y Pat estaban acostumbradas a ser las primeras en todas las asignaturas y, con vergüenza y disgusto, vieron que en Santa Clara quedaban más cerca de las últimas que de las primeras.

Hilary observó lo desgraciadas que se sentían y se dirigió a ellas con ánimo de consolarlas.

—Tened en cuenta que sois las únicas nuevas de la clase. Las demás ya hace tiempo que estamos aquí y nos hemos acostumbrado al sistema de Santa Clara. ¡Ánimo y no os preocupéis!

«*Mademoiselle Abominable*» era la que más trastornaba a las mellizas. No les tenía la menor consideración y, cuando hacían mal los ejercicios de francés, se ponía furiosa.

Tenía los cuadernos de ejercicios con las calificaciones amontonados sobre la mesa: *Tres bien, Bien, Excellent*. Pero al llegar a los cuadernos de Pat y de Isabel, había puesto: «*Abominable*».

—Esto no puede ser —gritó Mademoiselle mientras golpeaba los cuadernos con una de sus enormes manos—. *C'est abominable*. Escribiréis todo el ejercicio otra vez y me lo entregaréis antes de cenar.

—No podremos hacerlo hoy, Mademoiselle —repuso Isabel con cortesía—. Esta tarde tenemos clase de dibujo y nos han dado permiso para ir juntas al cine después del té, así que no tendremos tiempo de copiarlo. ¿Podemos hacerlo mañana?

—¡Oh, qué insoportables! —rugió Mademoiselle que golpeó el suelo con el pie y consiguió que los libros saltaran y resbalaran del pupitre—. ¿Cómo te atreves a replicar? Me presentáis un ejercicio abominable, sí, abominable y habláis de ir al cine. ¡No iréis! Os quedaréis a copiar el tema. Y si hay más de una falta, lo volveréis a hacer. ¡Vaya si lo haréis!

—Pero... pero si ya tenemos las entradas; tuvimos que reservar los asientos. Nosotras...

—¡No me importan nada las entradas ni los asientos! —interrumpió Mademoiselle perdiendo los estribos—. Lo único que me importa es que aprendáis francés, que es para lo que estoy yo aquí. Me entregaréis los ejercicios esta noche sin falta.

Isabel estaba a punto de llorar. Pat, más rebelde, hacía su acostumbrado gesto de desdén. Las demás niñas se divertían presenciando la contienda y algunas se alegraban interiormente al ver que las mellizas sufrían aquel regaño. Después de aquello, nadie se atrevió a distraerse y la clase siguió sin tropiezos, aunque Pat estaba enfurruñada y se desentendía de la lección todo lo posible.

Cuando terminó la clase, las dos hermanas se reunieron.

—Yo iré al cine —decidió Pat.

—¡Oh, no, Pat! —rogó Isabel asustada—. Sería una cosa horrible. Más vale que nos quedemos y hagamos otra vez el tema. ¡Por Dios, no vayas!

—Yo iré al cine —aseguró Pat— y tú también. Haremos el tema en cualquier momento después de la cena. No me importa hacerlo mal.

Pero, después de la cena, tenían que asistir a una reunión de su curso, así es que no les sería posible hacerlo entonces. La clase de dibujo ocupó toda la tarde. Isabel empezó a preocuparse. Si Pat insistía en ir al cine sin hacer antes el trabajo, no podía ni pensar lo que diría Mademoiselle.

—¡No vayamos a merendar! —dijo Isabel a Pat cuando bajaban la escalera tras la clase de dibujo—. Podremos ponemos a escribir.

—¿Perder la merienda? ¡Muchas gracias! —exclamó Pat—. Estoy hambrienta. No sé por qué razón la clase de dibujo me abre siempre el apetito. Janet ha recibido un gran tarro de mermelada y piensa abrirlo a la hora de la merienda. No quiero perderme mi parte.

Isabel tenía también hambre y no pudo resistirse. Sabía que, para llegar a tiempo al cine, no les sobraría ni un minuto después del té. ¿Cuándo iban a hacer el trabajo?

«*No tendríamos que ir al cine —pensó—, yo no me atrevo. Creo que a Mademoiselle le dará un ataque si se entera*».

Pero después de la merienda, Pat arrastró a Isabel al dormitorio para que también se pusiera el abrigo y el sombrero.

—No vayamos, Pat, no es posible —suplicó Isabel.

—¡Ya lo creo que iremos! —repuso Pat imperiosa—. Vámonos.

—Pero, Pat, ¡nos meteremos en un lío terrible! —dijo Isabel—. No vale la pena. Seguro que Mademoiselle nos impondrá una hora de trabajo extra cada día o algo por el estilo. Janet me contó que una vez tuvo que quedarse después del té durante toda la semana copiando verbos por contestar incorrectamente a Mademoiselle. Y esto es mucho peor.

—No seas cobarde, Isabel —reprochó Pat—. Tengo un plan. Mademoiselle dijo que le tenemos que entregar los ejercicios después de cenar, ¿verdad?, pero no dijo a qué hora. Pues cuando estemos en la cama y las demás duerman, nos levantaremos, sin hacer ruido, iremos a la sala común, copiaremos los ejercicios y se los llevaremos a la profesora.

—¡Pat, nunca me atreveré a hacer tal cosa! —gimió la pobre Isabel—. ¿Cómo vamos a ir a esas horas, en pijama, al cuarto de Mademoiselle? ¡Te has vuelto loca!

—Bueno, Mademoiselle me vuelve loca —contestó Pat cada vez más testaruda—. Además, no me importa lo que pueda pasar. No queríamos venir a Santa Clara y, si nos siguen tratando mal, no me pienso quedar. Prefiero que me expulsen.

—Pat, por favor, no digas eso. Piensa en el disgusto que se llevarían nuestros padres.

—Bien, ellos tienen la culpa por habernos mandado aquí —exclamó Pat con obstinación.

—Sí; ¿pero qué dirían en Redroofs si supieran que nos han expulsado de Santa Clara? ¡Sería espantoso! —murmuró Isabel.

A Pat se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no quería ni imaginarlo.

—¡Vamos! —gritó con aspereza—. Yo no cambio de idea. Si quieres venir, ven. Si eres tan cobarde, puedes quedarte sola.

Pero Isabel no quería quedarse atrás. Se puso el sombrero y el abrigo. Janet entró en el cuarto cuando salían las mellizas.

—¡Hola, hola! —exclamó—. Así que os vais al cine a pesar de todo. ¿Cómo habéis tenido tiempo de copiar el deber de francés?

—Aún no lo hemos hecho —contestó Pat.

Janet dio un largo silbido y miró a las mellizas con asombro.

—No quisiera estar en vuestro lugar cuando se entere Mademoiselle. Realmente sois un par de idiotas. No entiendo por qué hacéis todo lo posible para complicaros la existencia.

Las mellizas no contestaron. Bajaron corriendo la escalera y pronto llegaron al cine. Pero ninguna de las dos disfrutó de la película, aunque era un buen documental. Tuvieron que marcharse antes de que acabara para llegar a tiempo a la cena. Después de cenar, había una conferencia, la daba Winifred Jones y, contra sus deseos, no se atrevieron a exponer motivo alguno, a fin de pedir permiso para no asistir a ella.

La hora de acostarse, de su curso y los dos superiores, era a las nueve. Las niñas subieron al dormitorio charlando y riendo y empezaron a desnudarse. Generalmente entraba una profesora a ver si todas estaban en la cama y apagaba las luces, pero esa noche, Hilary anunció que ella se ocuparía de hacerlo.

—La señorita Roberts está con la directora —dijo—, así es que esta noche estoy yo de vigilancia. Daos prisa todas, dentro de cinco minutos apagaré las luces y, si no acabáis antes de desvestiros, tendréis que acostaros a oscuras.

Dos niñas, Joan y Doris, al enterarse de que no iría la señorita Roberts, se pusieron a pelear con las almohadas chillando y riendo. Pero no se rieron tanto cuando una de las almohadas se rasgó y empezaron a volar plumas.

—¡Dios mío! —gritó Joan—. Hilary, mira mi almohada. Por favor, no apagues la luz. ¡Tengo que recoger las plumas!

—Lo siento —repuso Hilary—, lo tendréis que hacer mañana. Apago las luces. La señorita Roberts vendrá dentro de una hora para ver si todo está en orden; esperemos que no se fije en las plumas. Creerá que el gato ha estado cazando gallinas en el dormitorio.

Apagó las luces. Todas estaban ya en la cama, menos Joan y Doris, que seguían recogiendo plumas. Tuvieron que acabar de desnudarse y limpiarse los dientes a oscuras. Joan tiró su vaso al suelo y Doris se dio un golpe en el tobillo con la esquina de la cómoda y se quejó con gran sentimiento. Janet se rió y a Katy Gregory le dio un ataque de risa, que acabó en un ataque de hipo.

—¡Cállate, Katy! —ordenó Hilary—. Lo haces expresamente, ya te conozco.

—¡No! —gritó Katy indignada y le vino tal acceso de hipo que temblaba la cama. Janet no podía parar de reír. Cada vez que lograba callarse la pobre Katy, volvía a tener hipo y a Janet le daba otro ataque de risa.

Hasta las mellizas, que estaban deseando que todas se durmieran pronto, no podían aguantar la risa. Al final, Hilary se enfadó y, mientras se sentaba en su cama, gritó:

—¡No tenéis consideración! Si viene alguien y oye este jaleo, yo cargaré con toda la culpa, porque estoy a cargo del dormitorio. Cállate Janet, y tú, Katy, por amor de Dios, bebe un sorbo de agua. ¿Cómo vamos a dormir oyendo tus hipidos?

—Lo siento, Hilary —dijo Katy, entre hipidos, me levantaré a beber agua.

—Joan y Doris, a la cama enseguida —ordenó Hilary—. Me da lo mismo que os hayáis

limpiado o no los dientes. ¡A la cama!

Al cabo de cinco minutos, en el dormitorio reinaba la paz, aunque se oía aún algún hipo reprimido acompañado de una risa ahogada de Janet.

Las mellizas seguían despiertas esperando a que las otras se durmieran. Estaban preocupadas porque pensaban que la señorita Roberts entraría en el dormitorio en una hora. No podían esperar tanto para bajar a la sala. Cuando acabaran de escribir Mademoiselle ya se habría ido a la cama.

—¡Isabel! —susurró Pat, finalmente—. ¡Isabel! Me parece que ya todas duermen. Levántate y ponte la bata.

—Pero la señorita Roberts no ha venido aún —susurró a su vez Isabel.

—Pondremos las almohadas dentro de la cama y parecerá que somos nosotras —explicó Pat—. ¡Vamos!

Se levantaron silenciosamente y se pusieron las batas. Metieron las almohadas y las taparon con la colcha, confiando en que la señorita no notaría nada al entrar. Abrieron la puerta, bajaron la escalera casi a oscuras y entraron en la sala común, situada debajo mismo del dormitorio.

Pat cerró la puerta y encendió la luz. Cogieron los libros de francés y se sentaron. Mademoiselle había señalado todas las faltas y, con cuidado y esforzándose, copiaron los ejercicios.

—Bueno, el mío tenía quince faltas y no creo que ahora tenga más de cinco —exclamó Isabel—. ¡Dichosa «*Mademoiselle Abominable*»! ¡Me muero de sueño! Pero, Pat, no me atrevo a ir a buscar a Mademoiselle. ¡Me tiemblan las piernas sólo de pensarlo!

—No seas estúpida —repuso Pat—. ¿Qué nos puede decir? Hemos vuelto a hacer los ejercicios, nos dijo que se los entregáramos después de cenar y a eso vamos, ¿no es así?

Acabaron los ejercicios y sólo les faltaba encontrar a Mademoiselle. ¿Dónde estaría? ¿En una de las salas de profesoras, en su dormitorio o dónde?

—Bien, vamos —dijo Pat finalmente—. Tenemos que encontrarla. ¡Ánimo, Isabel!

Las mellizas salieron de la sala y fueron al primero de los estudios de las profesoras. La luz estaba apagada y no había nadie. Al salir del segundo estudio oyeron la voz de Mademoiselle dentro de una de las clases. ¡Qué suerte!

—Está en la clase de tercero —susurró Pat—. No sé quién está con ella, pero no importa. Supongo que la profesora de dibujo. Ella y Mademoiselle son inseparables.

Llamaron a la puerta de la clase. Una voz dijo:

—¡Adelante! ¿Quién es?

Pat abrió la puerta y las dos entraron. ¡Dios mío!, la que estaba con Mademoiselle consultando un mapa de Francia, era la directora, la señorita Theobald en persona.

Las mellizas se asustaron tanto que se quedaron clavadas en el suelo, mirando con ojos muy abiertos. Mademoiselle exclamó: «*¡Tiens!*», con voz fuerte y asombrada, y la señorita Theobald no dijo una sola palabra.

Mademoiselle fue la primera en recobrase.

—¿Qué sucede, *mes petites*, estáis enfermas?

—No —contestó Pat con voz temblorosa—. Le traemos los ejercicios. Usted dijo que se los

entregásemos después de cenar y aquí están.

—Pero ¿por qué los traéis tan tarde? —preguntó la directora con voz grave—. Como es lógico, Mademoiselle querría decir que se los entregaseis antes de ir a la cama.

—¡Ah, qué niñas tan desobedientes! Seguro que se fueron al cine en vez de copiar los ejercicios —gritó Mademoiselle comprendiéndolo todo—. ¡Ah!, señorita Theobald, estas niñas me ponen enferma. ¡Qué deberes hacen! Es imposible que hayan ido a otro colegio antes de venir a éste. ¡Su trabajo es abominable!

—Fuimos a una escuela muy buena —gritó Pat indignada—. ¡Mucho mejor que Santa Clara!

Después de esto, se hizo un gran silencio. La señorita Theobald parecía pensativa. Mademoiselle se quedó sin habla.

Finalmente, la señorita Theobald dijo:

—Creo que lo mejor es que esta noche no hablemos más del tema, ni decidamos nada. Volved a la cama y mañana a las diez venid a mi despacho. Pedid permiso a la señorita Roberts para ausentaros de la clase unos durante quince minutos.

Volvieron a la cama con sus libros de francés, abatidas y preocupadas. ¡Qué mala suerte! Haber encontrado precisamente a la directora. ¿Qué pasaría mañana a las diez? Les asustaba pensarlo.

Capítulo 6

¡POBRE SEÑORITA KENNEDY!

Hilary estaba despierta cuando las mellizas volvieron al dormitorio. Se sentó en la cama y les preguntó dónde habían estado.

—La señorita Roberts entró y encendió la luz. Yo vi que no estabais y que habíais puesto las almohadas, pero ella no se fijó. ¿Qué habéis estado haciendo?

Pat se lo contó. Hilary la escuchó asombrada.

—¿Cuál será vuestra próxima hazaña? Francamente, creo que estáis locas. Nadie creería que habéis sido las primeras de la clase en vuestra anterior escuela. ¡Os comportáis como un par de bebés!

Las mellizas se sintieron incómodas ante Hilary, sobre todo porque, en el fondo, comprendían que tenía razón. Se metieron en la cama y no podían dormir pensando en lo que habían hecho. Estaba muy bien ser independientes y atrevidas, pero los resultados no eran tan divertidos.

A las diez pidieron permiso a la señorita Roberts para salir de la clase. La señorita, que seguramente ya sabía de qué se trataba, asintió con la cabeza y no les preguntó nada. Las mellizas fueron al despacho de la directora.

La señorita Theobald estaba distribuyendo los horarios y les dijo que se sentaran y esperaran un momento. La espera fue angustiada. Las mellizas estaban mucho más nerviosas de lo que aparentaban. Pat se preguntaba si la directora escribiría a sus padres quejándose de ellas. Por mucho que protestara al ir a Santa Clara, no quería que la directora las acusara de mala conducta en la escuela.

Finalmente, la señorita Theobald terminó. Apartó la silla y miró de frente a las mellizas. Estaba muy seria pero no parecía enfadada.

—He estado repasando los informes de vuestra última escuela que me mandó vuestro padre. Son muy buenos y de ellos deduzco que fuisteis unas alumnas concienzudas y responsables. No me explico por qué habéis cambiado completamente de proceder en unas cuantas semanas, así es que no voy a trataros como a niñas traviesas e irresponsables. Sé que tiene que haber algún motivo que justifique vuestra extraña conducta de anoche. Realmente, queridas, nos disteis un buen susto cuando aparecisteis en el aula en pijama y bata.

La directora sonrió. Las mellizas se tranquilizaron algo y Pat empezó a explicar precipitadamente lo que había pasado en la clase de francés.

—El francés no es como el de la otra escuela. Es inútil intentar hacerlo bien porque todo nos sale mal. No es culpa nuestra y ayer Mademoiselle se puso furiosa con nosotras y...

La señorita Theobald escuchó con paciencia a Pat hasta el final y luego habló:

—Bueno, vuestras dificultades en la clase de francés se pueden remediar fácilmente. He hablado con Mademoiselle y me ha dicho que lo habláis y entendéis bien, pero que no tenéis una

buena base gramatical. Se ha ofrecido a daros media hora de clase diaria, hasta que alcancéis el nivel de las demás. Os hace un gran favor, ya que está siempre muy ocupada. Todo esto ha pasado porque en esa asignatura estáis más atrasadas que el resto de la clase y, si queréis ponerlos al corriente y trabajar seriamente con Mademoiselle, no hablaremos más de vuestra conducta infantil de anoche.

Las mellizas miraron a la directora con sentimientos contradictorios. Estaban tranquilas porque ya no se hablaría más del asunto, pero... ¡señor!, una clase extraordinaria de francés diaria. ¡Qué aburrimiento! No obstante, reconocían que Mademoiselle se estaba portando muy bien con ellas al intentar ayudarlas.

—Gracias, señorita Theobald —dijo Pat finalmente—. Haremos todo lo posible. Si alcanzamos a las demás, no nos sentiremos avergonzadas y furiosas como cuando nos riñen delante de toda la clase.

—Bien, Mademoiselle no os reñirá si ve que os aplicáis realmente. Ahora id a convenir con ella la hora más conveniente para la lección. ¡Y no volváis a pasearos en bata por los corredores a altas horas de la noche!

—No, señorita Theobald —contestaron las mellizas sonriendo.

De repente todo lo vieron más sencillo. Lo que habían hecho ya no les pareció una falta imperdonable, merecedora de castigo, sino sólo una tontería de la que se avergonzaban sinceramente. Salieron del despacho y fueron a la sala de profesores. Allí estaba Mademoiselle, corrigiendo redacciones de francés y comentando consigo misma, mientras pasaba las páginas.

—*¡Tres bien, ma petite Hilary!* ¡Ah, esta terrible niña Joan! Ah... ¡Adelante!

Las mellizas entraron en la sala. Mademoiselle, sonriente, les dio unos golpecitos en la espalda. Aunque tenía el genio muy vivo era afectuosa y tenía muy buen corazón.

—Bueno, ahora veremos si sois listas y alcanzáis a las demás. Cada día trabajaréis conmigo y seremos buenas amigas. *¿N'est-ce pas?*

—Gracias, Mademoiselle —contestó Pat—. Ayer fuimos bastante idiotas. No lo seremos nunca más.

—Y gracias por prestarse a ayudarnos cada día —continuó Isabel.

Eso fue todo, y las clases con Mademoiselle transcurrieron mucho más suavemente. Mademoiselle tenía paciencia con las mellizas y ellas se aplicaron de veras.

Pero nadie se esforzaba en portarse bien con la pobre señorita Kennedy. A Janet le gustaba bromear y tomarle el pelo a la gente y la infortunada profesora de historia era su víctima preferida. Janet tenía una magnífica colección de lápices «*sorpresa*» y se los hacía probar todos a la señorita Kennedy con gran éxito.

Uno de los lápices tenía la punta de goma que se doblaba cuando la señorita Kennedy trataba de escribir con él. A otro se le metía la punta hacia adentro. Las niñas miraban atentas y divertidas los esfuerzos de la incauta profesora cuando usaba esos lápices, y los miraba muy extrañada por su rara conducta.

Después, Janet le daba un lápiz que no escribía en absoluto a pesar de tener una magnífica punta. Al ver a la pobre señorita haciendo desesperados esfuerzos para escribir «*Muy bien*» con el

lápiz, las niñas se morían de risa.

—¡Niñas, niñas! ¡Por favor, no hagáis tanto ruido! —rogaba la señorita Kennedy—. Buscad la página ochenta y siete del libro de historia. Hoy quiero explicaros cómo vivían en el siglo xvii.

Enseguida toda la clase se ponía a pasar las páginas febrilmente, de modo que hacían un ruido como de árboles agitados por el viento. Seguían una y otra vez volviendo hojas y murmurando «*ochenta y siete, ochenta y siete*».

—¿Qué número dijo usted, señorita? —preguntó Katy con fingida inocencia, pues sabía perfectamente la página que la maestra había mencionado.

—Dije página ochenta y siete —contestó la señorita Kennedy con toda la paciencia del mundo. Siempre era muy educada, nunca era brusca como Mademoiselle, ni sarcástica como la señorita Roberts.

—¡Ah, ochenta y siete! —exclamaron todas a la vez y empezaron de nuevo a pasar páginas, muy afanosas y serias hasta que a Janet se le escapó la risa y toda la clase estalló. La señorita Kennedy golpeó el pupitre.

—Por favor, por favor, os suplico que estéis calladas y sigamos con la lección.

—Perdón, señorita Kennedy. ¿En el siglo xvii la gente llevaba vestidos o solamente pieles? —preguntó Janet, haciéndose la inocente.

La señorita Kennedy, muy sorprendida, contestó:

—Seguro que sabes que llevaban vestidos. Aquí tengo un dibujo de la vestimenta que usaban en esa época. Janet, deberías saber que entonces no llevaban pieles.

—¿Ni siquiera sus propias pieles? —preguntó sarcásticamente Janet.

Eso no tenía la menor gracia, pero la clase había llegado a un punto en que todo les divertía, y las mellizas y todas las demás se reían a carcajadas.

—Quizá se habían salido de la piel y por eso no llevaban —comentó Hilary. Siguieron las risas, aunque la mitad de la clase ni siquiera se enteró de lo que Hilary había dicho.

—Niñas, no lo puedo tolerar, realmente no puedo. Tendré que informar a la directora.

—¡Oh, por favor, por favor, por favor, señorita! —contestó la clase a coro, mientras una o dos niñas hacían ver que sollozaban.

¡Pobre señorita Kennedy! Cada día tenía que luchar con esas ocurrencias, aunque los cursos superiores se portaban mejor. Las niñas de los cursos inferiores no tenían intención de ser crueles ni malas, pero les gustaba bromear y no se detenían a pensar en lo que podía sentir la profesora. Sólo veían que era débil y que era una buena víctima propiciatoria.

Una mañana en que la clase estaba más alborotada que nunca, Janet miró a las demás. Katy se echó a reír porque sabía lo que habían planeado. Cuando Janet diera la señal, todas tenían que dejar caer al suelo el libro de historia.

Janet hizo una señal, y, ¡pum!, el estrépito fue terrible.

La señorita Kennedy saltó asustada y, en aquel instante, se abrió la puerta y apareció la señorita Roberts. Estaba dando clase en la sala contigua y, al oír el ruido de los veinte libros, que sonó como un tiro, decidió que era el momento de intervenir.

—Señorita Kennedy, no sé si querrá darme ahora el nombre de alguna alumna —dijo la

señorita Roberts con voz fría—, pero desearía que me dijese quiénes fueron las culpables al final de la lección. Creo que le debe resultar tan imposible como a mí dar clase en medio de todo este ruido.

La señorita Roberts miró severamente a las niñas. Éstas se quedaron calladas y muchas enrojecieron. A la señorita Kennedy también se le encendieron las mejillas.

—Siento lo ocurrido, señorita Roberts, pero... —pero la señorita Roberts ya se había marchado, cerrando la puerta con firmeza detrás de ella.

—La señorita Kennedy no acusará a nadie —susurró Janet, dirigiéndose a Isabel—; tendría que denunciar a toda la clase y se avergonzaría de hacerlo.

La pobre señorita no acusó a nadie, pero en la soledad de su cuarto pasó la noche inquieta y preocupada. Había venido a Santa Clara porque su amiga, la señorita Lewis, que tenía de ella tan buen concepto, estaba enferma. Y ahora la hacía quedar mal porque no sabía mantener el orden y estaba segura de que en todo el curso no habían aprendido ni una palabra de historia. Y la señorita Roberts había entrado en la clase hablándole con tanta frialdad... Luego, en la sala común, apenas la miró. ¡Tal vez se quejara de ella a la directora! Era terrible sentirse fracasada, y la pobre no veía la manera de convertir su fracaso en algo soportable.

«Lo que me pasa es que me asustan las niñas —pensaba—. No quiero quejarme a la directora porque entonces me odiarán y cada vez será peor».

Entretanto, en el dormitorio, Janet proyectaba nuevas bromas para burlarse de la infeliz profesora, que no sospechaba nada. Janet tenía hermanos, todos muy traviesos, que le mandaban todos los «trucos» que empleaban ellos en la escuela.

—Pat, Isabel, ¿estáis despiertas? —murmuró Janet—. Mis hermanos me han mandado algunos petardos. ¿Sabéis cómo son?

—No, no tenemos ni idea —contestaron las mellizas—. ¿Cómo son?

—Pues se tiran al fuego y estallan y chisporrotean y silban —explicó Janet, alborozada—. Como yo estoy sentada al lado de la chimenea, ¡preparaos a divertirlos la semana que viene! Creo que el paquete llegará mañana.

Las mellizas se rieron mucho. ¿Qué diría la señorita Kennedy cuando los petardos empezaran a estallar y silbar? Se imaginaban la cara de susto que pondría.

—Janet —susurró Pat—, podemos...

Pero Hilary, encargada del dormitorio, puso fin a los murmullos.

¡A callar! —gritó—. ¿No conocéis el reglamento? Por amor de Dios, ¡a dormir todas!

Capítulo 7

JANET Y SUS TRAVESURAS

Pronto llegó el paquete de petardos para Janet. Cuando lo sacó del estante donde depositaban la correspondencia, se reía por lo bajo y les hizo un guiño a las mellizas.

—Lo abriré en el dormitorio después del almuerzo. Decid que habéis olvidado algo y pedid permiso para subir antes de la oración.

Así, Janet y las mellizas subieron al dormitorio inmediatamente después del almuerzo y, durante unos minutos, disfrutaron mirando el contenido del paquete. Entre otras cosas, había una cajita con cincuenta petardos pequeños, amarillos y rojos, de apariencia inofensiva.

—¿Harán realmente mucho ruido? —preguntó Pat mientras examinaba uno—. Parece que sólo puedan hacer un pequeño chasquido.

—No te preocupes, tiraré más de una docena a la vez —contestó Janet—. Te prometo que será una verdadera explosión. Nos divertiremos de veras.

Entre risas, las niñas bajaron corriendo la escalera, pues ya empezaba a sonar el timbre de la capilla. Llenas de impaciencia, esperaron a que llegara la hora de la clase de historia, que se impartía después de la pausa de mediodía. Janet dijo a algunas de sus compañeras lo que pensaba hacer y toda la clase estaba muy excitada. Hasta la señorita Roberts sentía que algo se preparaba, aunque todas hacían lo posible por estudiar con tranquilidad.

Al final de la lección de matemáticas, antes del recreo, la señorita Roberts les dijo con severidad:

—Después del recreo tendréis, como de costumbre, la lección de historia. Confío en que os portaréis con la señorita Kennedy como os portáis conmigo. Si no lo hacéis así, tendré que hablaros más en serio. Esta tarde no tiene que haber el menor desorden. ¿Me oyes, Janet?

Janet dio un brinco. ¿Por qué razón la señorita Roberts se dirigía a ella en concreto? ¡Tal vez se traslucía su culpabilidad!

—Sí, señorita Roberts —contestó Janet muy compungida, pensando que ya no iba a poder hacer la broma de los petardos.

Pero el resto de la clase la acorraló durante el recreo, insistiendo en que cumpliera su promesa. No se resignaban a perderse el espectáculo de la señorita Kennedy saltando del susto y mirando con ojos asombrados los extraños fenómenos que tenían lugar en la chimenea.

—Bueno —repuso Janet con frialdad—, pero, por Dios, no me descubráis si la señorita Roberts oye algo. Y prometedme que no reiréis ruidosamente; nos meteríamos en un lío terrible si ella se enterara. Ya sabéis que está muy cerca de la clase.

—No, no lo estará —contestó Katy—, dará clase a las de sexto, oí cómo lo decía. Por tanto, seguro que estará en la otra punta de la escuela. ¡No podrá oír nada!

—Bien —exclamó Janet, más tranquila—. ¡Ya veréis! ¡Os digo que vais a oír magníficas

explosiones!

Todas las niñas estaban en su sitio y no se oía ni una mosca cuando la señorita Kennedy entró para explicar su clase de historia. Se sentía aún más nerviosa que de costumbre, recordando lo mal que se habían portado durante la última lección. Se tranquilizó algo al verlas tan calladas.

—Buenos días, niñas —saludó la señorita al sentarse ante su pupitre.

—Buenos días, señorita —le contestaron a coro y así empezó la clase.

La señorita Kennedy tuvo que salir a la pizarra a dibujar un diagrama de historia e, inmediatamente, las niñas volvieron la cabeza mirando a Janet. ¡Había llegado el momento!

El sitio de Janet estaba al lado de la chimenea y tenía la caja de petardos en su pupitre. Levantó la tapa con mucha precaución, sacó unos cuantos y los tiró al fuego.

Todas esperaron en tensión. Durante unos instantes no pasó nada, sólo se avivó un poco la llama. De repente empezó el tiroteo. La mitad de los petardos estallaron y saltaron chispas en todas direcciones.

¡Crac! ¡Ssssss! Las niñas miraban y escuchaban sin apartar la vista de la señorita Kennedy, que parecía más asustada y asombrada que nunca.

—¡Señorita, ay, señorita! ¿Qué pasa? —gritó Pat, fingiendo tener mucho miedo.

—No es nada, Pat. Probablemente sería un trozo de carbón con mucho gas, pero ahora ya ha pasado; realmente me ha hecho saltar del susto.

¡Crac, crac! Estallaron más petardos y una lluvia de chispas salió del fuego. Janet se levantó de un salto y, cogiendo el trapo de borrar la pizarra, empezó a apagar las chispas con grandes aspavientos y haciendo un ruido innecesario.

—¡Janet! ¡Janet! ¡Estáte quieta! —gritó la señorita con miedo de que se oyera el desusado ruido desde la clase vecina.

Pero la clase entera empezó a reír, aunque al principio las chicas habían procurado permanecer calladas y ahogar las risas. Cuando de nuevo estallaron más petardos, las carcajadas fueron en aumento, sobre todo al ver a Janet que pretendía apagar las chispas, golpeando el suelo con el trapo y levantando una cantidad enorme de polvo.

La señorita Kennedy se puso pálida. Sospechaba que pasaba algo raro, aunque no sabía qué era. Inesperadamente se puso de pie y, sin que le restaran dignidad unos mechones de pelo que le caían del moño a los lados de la cara, exclamó:

—¡Niñas, hoy no habrá clase de historia! Me niego a enseñar a un grupo tan indisciplinado como éste.

Salió pálida de la sala y con los ojos anegados en lágrimas.

Tendría que hablar con la directora y dejar el empleo. No podía cobrar por enseñar a unas niñas que se pasaban la clase jugando. Pero estando tan alterada no era el momento adecuado para ir al despacho de la señorita Theobald. Esperaría hasta el final de las clases. Rápidamente escribió una nota para la señorita Roberts y se la mandó con una de las criadas.

La nota rezaba así: «*Estoy indispuesta y tengo que abandonar la clase durante un rato*».

La señorita Roberts se sorprendió al recibirla. No sabía si dejar que siguieran solas o abandonar a las de sexto y acudir a su clase. Probablemente la señorita Kennedy les habría dejado

algunos ejercicios para hacer. Decidió dejar solas a las mayores; éstas se portarían bien, pero tampoco estaba tan segura de su propia clase.

Se puso a escribir algunos problemas en la pizarra, mientras se preguntaba qué es lo que habrían hecho las del primer grado.

Éstas se quedaron muy sorprendidas cuando se marchó la señorita Kennedy. Algunas de las niñas se sentían culpables e intranquilas, pero cuando el fuego volvió de nuevo a chisporrotear y silbar, les pareció de nuevo divertidísimo. Doris, Janet, Katy y el resto de las niñas empezaron a reír más y mejor.

—¿Visteis a la señorita cuando estalló el primer petardo? Creí que iba a morirme de aguantarme tanto la risa. Tenía terribles punzadas en el costado —gritó Joan.

—Janet, esos petardos son maravillosos —exclamó Hilary—. Tira algunos más, la señorita ya no volverá. Lo único que temo es que se lo diga a la directora.

—No fue hacia su despacho —observó Janet—, sino en la dirección opuesta. Bueno, tiraré algunos más. ¡Mirad bien todas!

Janet sacudió la caja encima del fuego, pensando tirar sólo unos cuantos petardos, pero cayeron todos los restantes. Janet se rió.

—Bueno, han caído todos, será más divertido.

Doris estaba en la puerta vigilando por si se acercaba alguna profesora. De repente gritó:

—¡Cuidado! Viene la señorita Roberts. ¡A vuestros sitios, rápido!

Todas se precipitaron a sus pupitres y abrieron los libros de historia. Cuando la señorita Roberts entró en la clase, reinaba la paz, pero le sorprendió ver tantas cabezas inclinadas. La señorita Roberts sospechó enseguida. Por lo general, las niñas la miraban al entrar en la clase.

—¿Estáis muy ocupadas? —dijo secamente—. ¿Os ha dejado trabajo la señorita Kennedy?

Nadie contestó. Janet miró el fuego con ansiedad. ¡Esos petardos! ¡Cómo deseaba no haber puesto tantos! Las llamas empezaron a avivarse. La señorita Roberts habló con severidad:

—¿Nadie puede contestar? ¿La señorita...?

Pero no acabó la pregunta, porque más de veinte petardos estallaron a la vez con terribles silbidos y chisporroteos. Saltaban chispas y grandes llamaradas.

—¡Santo Dios! —exclamó la señorita—. ¿Qué pasa aquí?

Nadie dijo ni una palabra. Esta vez no se oían risas ni murmullos sofocados. Todas estaban asustadas.

¡Crac, sssss, crac! Algunos de los petardos estaban subiendo por la chimenea y, al estallar, hacían caer una lluvia de hollín que se extendía por el aula. Janet y las niñas, que estaban cerca de la chimenea, empezaron a toser y ahogarse.

—Apártate del fuego, Janet —ordenó la señorita Roberts—. Esas chispas pueden prender en tu delantal.

Volvió a caer hollín y unas motas negras empezaron a llover sobre libros, papeles, pupitres y cabezas. Los labios de la señorita Roberts formaban una línea recta y delgada. Miró a las niñas.

—Alguien ha puesto petardos en el fuego —dijo—. Se acabó la clase. Voy a la sala común. Espero que la que sea responsable de esta estúpida y peligrosa broma se presente inmediatamente.

Salió de la clase. Todas se miraron desoladas. Era muy divertido hacer bromas a la señorita Kennedy, pero a la señorita Roberts era muy distinto. Ésta sabía castigar perfectamente.

—¡Ahora sí que me he lucido! —exclamó Janet tristemente—. Lo mejor es que vaya lo antes posible y todo acabe pronto.

Fue hacia la puerta. Las mellizas la miraron y Pat corrió tras ella.

—¡Janet, espera, yo también voy! Tengo tanta culpa como tú porque te incité a hacerlo. Si tú no hubieras tirado los petardos al fuego, lo hubiera hecho yo.

—¡Y yo también iré! —exclamó Isabel.

—¡Ah, eso está muy bien! —repuso Janet agradecida, cogiendo a Pat del brazo y dando la mano a Isabel.

Entonces Hilary añadió:

—Bueno, yo también voy. En realidad todas somos culpables. Es verdad que tú tenías los petardos y los tiraste al fuego, pero todas hemos participado en la broma y no es justo que tú sola sufras el castigo.

Finalmente fueron a la sala común todas las niñas de la clase, muy abatidas y avergonzadas. La señorita Roberts las miró muy sorprendida y preguntó:

—¿Qué significa esto?

—¿Puedo hablar yo, señorita Roberts? —contestó Hilary—. Soy la delegada.

—Quiero que la que hizo la broma lo confiese. ¿Quién de vosotras fue?

—Fui yo, señorita —contestó la pobre Janet, poniéndose pálida. Las piernas le temblaban y miraba al suelo sin atreverse a encontrar la mirada de la señorita Roberts.

—Pero todas tuvimos la culpa —prosiguió Hilary—. Queríamos que Janet lo hiciera y la ayudamos.

—¿Y puedo saber si también obsequiasteis a la señorita Kennedy con esa broma idiota? —preguntó con su voz más sarcástica.

—Sí —contestó Janet en voz baja.

—Ahora me lo explico todo —contestó la señorita Roberts, pensando en la nota que le envió la señorita Kennedy—. Bien, entre todas pagaréis lo que cueste limpiar la chimenea y, además, todas pasaréis dos horas lavando las paredes y fregando el suelo y los pupitres. Quiero decir que trabajaréis en grupos de cinco, empleando cada una dos horas de nuestro tiempo libre.

—Sí, señorita —contestaron todas sumisas.

—Naturalmente, también iréis a pedir perdón a la señorita Kennedy, y os tengo que decir que es vergonzoso que abuséis de alguien que no es capaz de manejaros como lo hago yo.

Toda la clase salió en tropel. La señorita Roberts telefoneó al deshollinador y la señorita Kennedy se sorprendió a medida que encontraba grupos de niñas que le ofrecían humildes disculpas por su conducta. No le dijeron lo que había sucedido, así que no tenía idea de que la señorita Roberts había pasado por el mismo trance que ella, pero había resuelto el asunto con mano firme. Pensó que las jóvenes se disculpaban por su propio impulso y se sintió casi feliz.

«Después de esto —pensó—, no voy a presentar mi dimisión a la directora. Si lo hiciera, tendría que explicar el motivo y no quiero acusar a las niñas que acaban de decirme tan

cariñosamente que sienten mucho lo que han hecho».

Así el asunto quedó en suspenso por unos días, mientras grupos de malhumoradas jóvenes lavaron y fregaron el aula tarde y noche, en vez de jugar al lacrosse o ir a un concierto.

Algo bueno salió del suceso, y fue que las mellizas se hicieron más simpáticas a sus compañeras.

—Estuvo muy bien que Pat e Isabel se unieran a Janet diciendo que también eran culpables — comentó Hilary—. ¡Bien por las mellizas!

Capítulo 8

LA GRAN FIESTA DE MEDIANOCHE

La señorita Roberts mantuvo a la clase con mano firme durante una o dos semanas, y todas temían los ataques de su acerada lengua. Pat e Isabel no podían resistir que les hablase como si fueran seres insignificantes, pero no se atrevían a quejarse.

—Es sencillamente horrible que nos traten como si estuviéramos en una guardería después de estar acostumbradas a mandar a toda la escuela de Redroofs —comentó Isabel—. ¡Nunca podré habituarme!

—¡Yo tampoco lo puedo resistir! —exclamó Pat—. Pero, a pesar de todo, me gusta la señorita Roberts. La respeto muchísimo y es inevitable que te guste la gente que respetas.

—Bueno, pues quisiera que empezara a respetarnos «a nosotras» —dijo Isabel sombría—. Entonces tal vez le gustáramos más y no nos fastidiaría tanto en clase. Vaya, cuando esta mañana olvidé el libro de matemáticas pensé que iba a telefonar a la policía para enviarme a la cárcel.

Pat se echó a reír.

—No seas idiota. A propósito, no te olvides de entregar media corona para que compren el regalo de cumpleaños a la directora. Yo ya he dado mi parte.

—¡Ay! —gimió Isabel—. No sé si tengo dinero. Tuve que dar seis peniques para el deshollinador, un chelín a la criada para que me limpiara el delantal, seis peniques para la casa de niños convalecientes... ¡Estoy arruinada! Me parece que no me queda nada.

Fue a su estante de la sala común y cogió el monedero. ¡Estaba vacío!

—¡Bueno! —exclamó Isabel desolada—. Estoy segura de que tenía dos chelines en el monedero. ¿Los has cogido tú, Pat?

—No, yo te lo hubiera dicho. No seas tonta, deben de estar en el bolsillo del abrigo.

Pero el dinero no apareció por ninguna parte. Isabel creyó que lo había perdido y Pat le tuvo que prestar algo para contribuir al regalo de la directora.

Después fue el cumpleaños de Janet y todas fueron al pueblo a comprar un regalito. Todas menos Hilary, que descubrió con gran disgusto que un billete de diez chelines que le mandó su abuela, ¡había desaparecido de uno de sus bolsillos!

—¡Ay, nada menos que diez chelines! —se lamentaba Hilary—. ¡Me quería comprar tantas cosas! Necesito cordones para los zapatos, arreglar el palo de lacrosse... ¿Dónde se habrán metido?

Joan le prestó un chelín para comprar un regalo a Janet. Ésta estuvo contentísima de tener tantos regalos el día de su cumpleaños. A pesar de su brusquedad, caía muy bien a todo el mundo. El mejor regalo fue el de Katy, que le dio un imperdible de oro con su nombre grabado en el interior.

—Katy, no tenías que haberlo hecho —exclamó Janet, asombrada—. ¡Te habrá costado un

montón de dinero! Realmente no puedo aceptarlo, es un regalo demasiado espléndido.

—Tienes que aceptarlo —insistió Katy—. Lleva tu nombre y no sirve para nadie más.

Todas admiraron el pequeño broche de oro y leyeron el nombre grabado. Katy estaba resplandeciente al ver el éxito de su regalo y, cuando Janet le volvió a dar las gracias y la cogió del brazo, se ruborizó de alegría.

—Katy ha sido muy generosa —comentó Janet con las mellizas al ir hacia la clase—, pero no puedo entender por qué ha sido tan espléndida conmigo. Generalmente es bastante tacaña, no regala nada y gasta poquísimo. Y no será porque me muestre simpática; al contrario, siempre me meto con ella por lo boba que es.

A Janet, por su cumpleaños, le mandaron un maravilloso paquete de comestibles y, muy alborozada, lo abrió ante Hilary y las mellizas.

—¡Las cosas que más me gustan! —exclamó Janet—. Un gran pastel de chocolate, galletas, sardinas en escabeche, leche condensada... Probad estos bombones de menta, se deshacen en la boca.

—¡Organicemos una fiesta de medianoche! —exclamó Pat de repente—. Una vez celebramos una en Redroofs. No sé por qué, pero por la noche es mejor que durante el día. Janet, ¿no te parece que sería muy divertido?

—Sí que lo sería, pero no habrá bastantes cosas para todas. Tendríais que comprar algo más. Cada una podría traer algún dulce, limonada o chocolate. ¿Cuándo podremos celebrar la fiesta?

—Mañana por la noche —dijo Isabel muy contenta—. La señorita Roberts va a ir a un concierto, se lo oí decir. Pasará la noche con una amiga y volverá en tren antes de la misa.

—¡Muy bien! Entonces... ¡Mañana por la noche! Vamos a decírselo a las demás.

Así, todo el curso se enteró de la gran fiesta que se preparaba y cada una prometió llevar algo. Pat compró mermelada; Isabel, que de nuevo tuvo que pedirle prestado dinero a Pat, una tableta de chocolate. Janet compró velas, pues por la noche no podían encender la luz eléctrica, a no ser que se encontraran mal o hubiera alguna emergencia.

La más espléndida volvió a ser Katy. Compró un pastel maravilloso, cubierto de almendras y rematado por rosas de azúcar. Todas lanzaron mil exclamaciones al verlo.

—Pero Katy, ¿te ha tocado la lotería? —gritó Janet—. Debes de haber gastado todo lo que tenías para el trimestre. ¡Este pastel es fantástico!

—¡El pastel más bonito que he visto en mi vida! —exclamó Hilary—. ¡Qué simpática eres, Katy!

Katy enrojeció de gozo, radiante y feliz al ver las sonrisas que todas le dedicaban a ella y al pastel.

—Quisiera haber podido comprar algo mejor que esa miserable pastilla de chocolate —comentó Isabel—, pero hasta para eso le he tenido que pedir prestado a Pat.

—Y yo sólo he podido traer unas cuantas galletas que me quedaban de una lata que me mandó mi madre hace quince días —explicó Hilary—, desde que perdí el billete de diez chelines, estoy completamente arruinada.

—De todas maneras, tenemos montones de cosas —exclamó Janet muy atareada,

escondiéndolo todo en el fondo de un armario que había junto al dormitorio—. ¡No se le vaya a ocurrir al ama de llaves hacer limpieza de este armario! ¡No se sorprendería ni nada! ¿Quién ha traído esta empanada de cerdo? ¡Es deliciosa!

Todas estaban entusiasmadas. Era magnífico tener un secreto sin que lo supiera nadie de los otros grados. Hilary sabía que un grado superior había celebrado también una fiesta de medianoche y había sido un éxito. La suya sería aún mejor.

La señorita Roberts no acababa de comprender por qué estaban tan inquietas. Mademoiselle notó enseguida la encubierta excitación y ella también se puso nerviosa.

—¡Ah, mes petites!, ¿qué os pasa hoy? —gritó cuando una tras otra se equivocaban en la traducción—. ¿En qué estáis pensando? Algo tramáis, ¿verdad? Decidme qué es.

—Pero, Mademoiselle, ¿por qué piensa semejante cosa? —contestó Janet—. ¿Qué quiere que hagamos?

—¿Cómo lo voy a saber? Lo único que sé es que no prestáis atención. ¡Una equivocación más y os mando a la cama una hora antes de lo acostumbrado!

Naturalmente, Mademoiselle no lo decía en serio, pero no inquietó a las niñas, pues no deseaban otra cosa que celebrar su fiesta. Sólo esperaban que llegara el momento de acostarse, y se hubieran alegrado mucho yendo más pronto a la cama. Janet se puso a reír y por poco Mademoiselle la echa de la clase.

Por fin llegó la hora de acostarse; todas empezaron a desnudarse.

—¿Quién sacará las cosas del armario? —dijo Pat.

—Primero tú y yo; luego irán Hilary e Isabel —contestó Janet—. Por favor, no tiréis nada. Si cayese la empanada al suelo, se formaría un buen jaleo.

Muertas de risa, se metieron en la cama. Todas querían estar despiertas, pero decidieron que, por turno, una hiciera guardia durante media hora, despertando después a la siguiente. A las doce, la que estuviera de guardia despertaría a todas y entonces empezaría la fiesta.

Primero le tocó hacer guardia a Janet; sentada en la cama, pensando en todas las cosas que había guardadas en el armario. No tenía sueño. Encendió la linterna para ver la hora y, como ya había acabado su turno de guardia, despertó a Hilary, que dormía en la cama de al lado.

A medianoche todo el mundo dormía, excepto Pat, que estaba vigilando. Cuando oyó tocar las doce en el gran reloj de la torre de la escuela, saltó de la cama. Fue llamando a las niñas de una en una y sacudiéndolas para que despertaran.

—¡Hilary, ya es hora! ¡Despierta, Isabel! ¡Ya son las doce, Joan! La fiesta va a empezar.

¡Katy, despiértate, son las doce!

Finalmente, todas se despertaron y, sofocando la risa, se pusieron la bata y las zapatillas.

La escuela estaba a oscuras. Pat encendió dos velas y las puso en una mesa en el centro de la habitación. Mandó a Isabel al dormitorio vecino a despertar al resto de las niñas. Con mucha risa y alborozo, todas se reunieron y se sentaron en las camas más cercanas a la luz, esperando a Pat y las otras, que fueron a sacar las cosas guardadas en el armario.

Pat encendió su linterna e iluminó el interior del armario para retirar los dulces. Un bote de leche condensada se deslizó de sus manos y cayó al suelo con estrépito. Se asustaron y, tras apagar

la linterna, se quedaron inmóviles. Después, escucharon un momento... No se oía nada. Ni abrirse una puerta, ni encenderse una luz.

—¡Tonta! —susurró Janet a la autora del desaguisado—. ¡Por favor, Isabel, no dejes caer el pastel de chocolate! ¿Dónde ha ido a parar la lata? ¡Aquí está!

Por fin, los dulces llegaron felizmente al dormitorio y cerraron la puerta sin hacer ruido. Las jóvenes miraron los pasteles y se sintieron hambrientas.

—¡Estupendo! —exclamó Janet—. Empanada de cerdo, pastel de chocolate, sardinas, leche condensada, chocolate y bombones de menta; latas de piña y limonada. Es un verdadero festín. Apuesto a que es mil veces mejor que el de la otra clase. Empecemos, voy a cortar el pastel.

Pronto, todas comían con apetito y comentaban que nunca les habían sabido tan buenos los manjares. Janet destapó una botella de gaseosa y la escanció en los vasos. Si el primer tapón salió bien, no ocurrió lo mismo con la segunda, ya que al destaparla, sonó un verdadero estampido, que fue ampliado por el silencio de la noche, mientras salía a borbotones el burbujeante líquido, que fue a caer sobre la cama de Janet.

—¡No os preocupéis! Nadie lo habrá oído. Pat, abre la lata de sardinas. En algún paquete hay pan y mantequilla, haremos bocadillos.

Desenvolvieron el pan y la mantequilla, que Janet llevó a la mesa. Cada una cogió un trocito y reservaron el que le correspondía comer a Janet.

—Mira, coge un trozo de bocadillo de sardina, otro de pastel de cerdo, encima le pones una cucharada de leche condensada, y tiene un sabor estupendo.

Guardaron el chocolate para el final. Ya les resultaba imposible comer nada más, sólo podían chupar algún bombón y el chocolate. Seguían sentadas en las camas y cualquier tontería les incitaba a reír.

—Lo mejor de todo ha sido el pastel de Katy. La capa de almendras era magnífica —comentó una de ellas.

—Sí, y además me comí una de las rosas de azúcar —dijo Joan—. ¡Era buenísima! Te debió de costar carísimo ese pastel, Katy. ¡Qué amable has sido!

—Oh, no tiene importancia —contestó Katy—. Estoy contentísima de que os gustara.

Era feliz. No hubo bastante pastel para todas y ella ni siquiera lo probó. Pero no le importó, era completamente feliz al ver cómo las demás disfrutaban comiéndolo.

Después del refrigerio, las jóvenes pidieron a Doris que bailara su danza del payaso, un baile muy divertido que aprendió durante las vacaciones. Doris tenía vis cómica y hacía reír a la gente con gran facilidad. La danza era muy ridícula, Doris tenía que caerse continuamente y acompañaba sus caídas con gemidos y ruidos raros que provocaban siempre la risa del público.

—Bueno, esta vez no os riáis demasiado —pidió Doris, poniéndose de pie—. Metisteis tanto ruido cuando bailé en la sala común, que entró Belinda Towers y me riñó mucho por hacer la idiota.

Solemne, grave y majestuosa, empezó a bailar. Se cayó sobre los pies de la cama a propósito, naturalmente, y se frotó la pierna, gimiendo. Las niñas se rieron, mientras se tapaban la boca con la mano.

A Doris le encantaba provocar la risa y se balanceaba haciendo contorsiones grotescas. Después, simulando un traspies, se agarró a Pat como quien quiere evitar la caída. La cogió desprevenida, ya que estaba riéndose a mandíbula batiente, y ambas rodaron por el suelo.

Con la pierna, Pat empujó sin querer la mesa tocador. Esta se movió violentamente y todo lo que había encima se tambaleó. Cepillos, peines, fotografías, botellas, todo cayó al suelo con gran estrépito.

Las niñas se miraron asustadísimas, ¡qué ruido tan terrible!

—¡Rápido! Recogedlo todo y meteos en la cama —ordenó Janet—. Dentro de un minuto aparecerán por aquí las profesoras.

Las jóvenes del otro dormitorio corrieron veloces hacia la puerta. Las otras recogieron rápidamente lo que pudieron, pero en aquel momento alguien encendió una luz en el pasillo.

—¡A la cama! —siseó Hilary, y todas se metieron bajo las sábanas. Se taparon hasta la nariz y se quedaron quietas, escuchando. Hilary recordó que había dejado las botellas de limonada en el centro del dormitorio, y que las empanadas de cerdo eran muy comprometedoras, ya que dejaban migas por todas partes.

Alguien abrió la puerta y su silueta se dibujó a contraluz. Pat vio que era la señorita Kennedy. ¡Qué mala suerte! Si descubría algo, con lo mal que se habían portado con ella el día anterior, seguramente las denunciaría. Pero quizá no encendiese la luz...

La señorita Kennedy se quedó quieta escuchando y algunas niñas roncaron suavemente, haciendo ver que dormían. Eso fue demasiado. Katy, que estaba muy nerviosa, soltó una risotada ahogada, la señorita la oyó y encendió la luz.

Lo primero que vio fue las dos botellas que saltaban a la vista en el centro de la habitación. Después reparó en los restos de las empanadas y el pastel de chocolate. Inmediatamente sospechó lo que habían estado haciendo las traviesas niñas.

Una sonrisa brotó de sus labios, ¡qué picaras eran! Recordó la emoción que ella experimentó en una fiesta de medianoche cuando las descubrieron y castigaron severamente. Llamó a Hilary en voz baja:

—¡Hilary! ¿Estás despierta?

Hilary no se atrevió a fingir. Con voz somnolienta, contestó:

—¡Hola, señorita Kennedy! ¿Sucede algo?

—Creí oír un ruido en el dormitorio. Estoy de vigilancia esta noche, porque la señorita Roberts ha salido. Pero me debo de haber equivocado.

Hilary se sentó en la cama y vio las botellas. Miró a la señorita y observó que sus ojos brillaban.

—Probablemente oyó usted mal, señorita Kennedy, quizá, quizá... fueron los ratones o algo así.

—Tal vez —repuso la señorita Kennedy—. Bueno, no habrá nada que decir a la señorita Roberts, pero como tú eres la encargada del dormitorio, más vale que lo arregles antes de que el ama de llaves entre por la mañana. Buenas noches.

Apagó la luz, cerró la puerta y volvió a su cuarto. Enseguida, las niñas se sentaron en la cama

y empezaron a comentar en voz baja:

—¡Qué suerte! La señorita Kennedy es muy buena. Vio perfectamente esas botellas. Además, fingió creer que el tremendo estrépito lo habían causado «*los ratones*».

—Y es tan simpática, que nos advirtió que limpiásemos todos los restos de la fiesta y prometió no decir nada a la señorita Roberts.

—Pero la señorita Roberts es también muy buena, a su manera —dijo Doris.

—Sí; pero no olvides que estos días estamos en desgracia y una cosa así hubiera sido fatal —contestó Isabel—. ¡Bien por la señorita Kennedy!

Capítulo 9

UN PARTIDO DE LACROSSE... Y UN MISTERIO

El único resultado desagradable de la «*Gran fiesta de medianoche*», como se la llamó desde entonces, fue que al día siguiente Isabel, Doris y Vera se hallaban indispuestas. La señorita Roberts las miró con severidad:

—¿Qué habéis estado comiendo? —preguntó.

—Lo mismo que las demás —contestó Doris sin mentir.

—Bueno, id a que el ama de llaves os dé una medicina.

Las tres obedecieron de mala gana. El ama de llaves daba unas medicinas malísimas. Les dio una buena dosis y gruñeron cuando les hizo lamer la cuchara.

Después, Joan y Katy también se encontraron mal y tuvieron que recurrir al ama de llaves. Ésta exclamó:

—Conozco los síntomas. Vuestra enfermedad se llama «*Fiesta de medianoche*». ¡A mí no me engaños! Si os atracáis de sardinas, chocolate y gaseosa a esas horas de la noche, ya se sabe que al día siguiente tendré que administrar medicinas al por mayor.

Las niñas la miraron asombradas. ¿Cómo lo sabía?

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Joan, temiendo que la señorita Kennedy hubiera hablado.

—Nadie —contestó el ama, tapando con fuerza el frasco—. Pero no he sido en vano ama de llaves de una escuela de niñas durante veinticinco años; y sé muchas cosas. Tuve que purgar a tu madre, Joan, y a tu tía también antes que a ti. Tampoco les sentaban bien los banquetes a medianoche. Marchaos ahora y no me miréis con esa cara. No iré a nadie con el cuento. Yo siempre digo que no es necesario castigar a las niñas por esas fiestas, pues bastante castigo tienen con lo mal que se encuentran al día siguiente.

Las niñas se marcharon. Joan miró a Katy y dijo:

—Sabes, ayer me gustaban muchísimo la empanada de cerdo y las sardinas; pero hoy... con sólo pensar en ellas, me pongo enferma. Creo que nunca más miraré una sardina a la cara.

Pero pronto olvidaron sus males y fatigas y la fiesta pasó a ser una leyenda en los anales de la escuela. Incluso se lo contaron a Belinda Towers, que se horrorizó al decirle que al final todo lo que había encima de la mesa se cayó con estrépito.

Katy fue la que se lo explicó a Belinda. Era sorprendente lo mucho que había cambiado Katy desde las últimas semanas. Ya no estaba nerviosa y apagada, sino que se reía y bromeaba con las demás. Hasta se atrevió a hablar con Belinda sin tartamudear. Esa semana le tocaba servir a Belinda y, muy contenta, correteaba haciendo tostadas, yendo a mil recados sin protestar cuando Belinda la mandaba llamar en pleno ensayo de un concierto.

Katy e Isabel tenían que jugar un importante partido de lacrosse. Eran las únicas del primer grado que iban a jugar; las demás eran de segundo grado. Al principio, Pat era la mejor de las dos,

pero Isabel pronto aprendió a coger y lanzar la pelota fácilmente y lo hacía mejor que su hermana. El partido era contra las externas de una escuela vecina y las niñas estaban empeñadas en ganarlo.

—Katy será la portera —le dijo Pat a Isabel—. Belinda se lo ha comunicado hoy. ¿Verdad que Katy está muy cambiada? Ahora me gusta mucho más que antes.

—Sí, y además es tan generosa —contestó Isabel—. Ayer compró dulces y los repartió todos y ella ni siquiera los probó. También compró flores para Vera que le debieron de costar muy caras.

Vera estaba en la enfermería reponiéndose de un fuerte resfriado. Se sorprendió y emocionó cuando Katy le llevó seis hermosos crisantemos amarillos. No era propio de Katy, que siempre había sido bastante tacaña.

Isabel entrenó a Katy lanzando pelotas contra la portería. Katy era muy rápida. Después practicaron, cogiendo y lanzando la pelota, corriendo con ella y regateándose una a otra.

—¡Si pudiera meter dos o tres goles el sábado! —exclamaba Isabel cien veces al día.

Hilary se echó a reír e Isabel le preguntó la razón.

—Me río de ti —contestó Hilary—. ¿Quién despreciaba el lacrosse hace unas semanas? ¡Tú! ¿Quién dijo que ningún juego valía la pena excepto el hockey? ¡Tú! ¿Quién aseguró que nunca intentaría jugar bien a un juego tan tonto como el lacrosse? ¡Tú! Por eso me río. Ahora te tengo que oír hablar del lacrosse con entusiasmo durante todo el santo día. Me hace mucha gracia.

Isabel también se rió, pero se puso muy colorada.

—Debía parecer una idiota.

—Lo eras bastante —intervino Janet—. ¡«Las estiradas»! Así es como os llamábamos.

—¡Oh! —exclamó Isabel avergonzada.

Se propuso jugar tan bien el sábado, que todo el curso estaría orgulloso de ella. ¡«Las estiradas»! ¡Qué terrible apodo! Ella y Pat tenían que hacer lo posible para que lo olvidaran cuanto antes.

Llegó el sábado, un brillante y hermoso día de invierno. El primer grado estaba excitadísimo. Habían invitado a comer a las jugadoras de la otra escuela y tenían que atenderlas. La comida se componía de salchichas con puré de patatas y, después, un pastel de manzana, uno de sus menús favoritos.

—Bueno, Isabel y Katy, hoy precisamente no comáis mucho —ordenó Hilary—. Queremos que juguéis lo mejor posible, sois las únicas de nuestro grado que participáis. Atiborraremos de lo lindo a las jugadoras de la otra escuela para que no sean capaces de coger ni una pelota.

—¡Oh! —exclamó Isabel desolada—. ¿No puedo comer dos salchichas? ¿Ni repetir pastel como siempre?

—Hoy, no —contestó Janet con firmeza—. Pero si jugáis bien y ganáis, os obsequiaremos con buñuelos de crema a la hora del té. ¿Qué os parece?

Isabel se animó y, muy resignada, comió poco pastel. La comida resultó muy agradable. Las invitadas eran alegres y sociables. ¡Cómo se rieron cuando les contaron la historia de la gran fiesta!

—Nosotras no nos divertimos tanto porque vamos a dormir a nuestras casas —comentó una de las jugadoras—. ¿Qué tal es vuestro equipo de lacrosse? Hasta ahora os hemos ganado siempre.

—¡Y apuesto a que hoy también las ganaremos! —gritó la capitana, una joven de brillante pelo rojizo.

—¡Buñuelos de crema para ti, Katy, si paras sus goles! —prometió Janet y todas rieron.

Al principio sólo presenciaron el partido las de segundo y tercer grado, ya que las de cuarto se habían ausentado para jugar un encuentro en otra escuela y las mayores rara vez se molestaban en mirar a las pequeñas.

Algunas de las de quinto aparecieron por allí, entre ellas Belinda que hacía las alineaciones porque era delegada de deportes y tenía mucho empeño en que Santa Clara ganara el mayor número de partidos.

Las jugadoras ocuparon sus puestos. Isabel estaba excitadísima, Katy muy tranquila y serena en su portería. Empezó el partido.

Las externas formaban un equipo muy bueno y eran magníficas corredoras. Pronto se hicieron con la pelota, que se pasaban rápidamente de una a otra siempre que las marcaban. Pero Isabel dio un gran salto e interceptó la pelota cuando una contraria la pasaba a su compañera. Corrió veloz como el viento y, cuando otra niña quiso arrebatarla de la red, la pasó limpiamente a una compañera de equipo, que echó a correr también. Isabel fue tras ella con gran rapidez y recogió de nuevo la pelota cuando su compañera la tuvo que lanzar.

Una externa muy rápida alcanzó a Isabel y le quitó la pelota. Corrió en dirección contraria y se dirigió a la portería. Pasó la pelota a una compañera, ésta a otra y la tercera tiró directo a gol, donde Katy estaba preparada. Veloz como el rayo, puso su red, cogió la pelota y la pasó a Isabel.

—¡Buena parada, Katy! —gritaron entusiasmadas las de Santa Clara a la portera, que se puso roja de excitación y alegría.

El equipo visitante dominó el partido hasta el descanso.

Entonces repartieron trozos de limón que les fueron muy bien a las acaloradas y jadeantes jugadoras.

El arbitro, cuando señaló el final de la primera parte, anunció:

—Tres a uno a favor de San Cristóbal.

—¡Animo, Santa Clara! ¡Ánimo! ¡Por favor, Isabel, marca un tanto! —gritó Belinda.

Empezó la segunda parte. Las jugadoras estaban cansadas y no eran ya tan rápidas. Pero estaban más excitadas, sobre todo cuando Santa Clara metió dos goles seguidos, uno de ellos por mediación de Isabel.

Katy saltaba sobre una pierna cuando el juego se desarrollaba en el otro extremo del campo. Había realizado ya siete buenas paradas. Hacia ella corrían ahora las jugadoras, la pelota volaba de una a otra con limpieza y habilidad.

Katy estaba en tensión, pues sabía que tratarían de meterle un gol.

La pelota fue hacia ella rápida y con fuerza, quiso detenerla, pero se coló por la escuadra. ¡Gol! Cuatro a tres y sólo quedaban cinco minutos de partido.

Inesperadamente, el Santa Clara metió un gol. ¡Cuatro a cuatro!

—Sólo falta un minuto y medio —dijo Isabel jadeando al pasar la pelota a otra jugadora—. ¡Vamos, metamos otro gol y ganemos!

La pelota volvió a ella. Una externa alta y fuerte arremetió contra Isabel, pero ésta la esquivó con la pelota aún en la red. Se la pasó a una compañera, que la devolvió limpiamente en cuanto la marcaron. Entonces Isabel miró a la portería contraria, que estaba muy lejos, pero no en línea recta. ¡Valía la pena probar!

Tiró la pelota con fuerza. La guardameta estaba preparada, pero no pudo detener la pelota, que rodó dentro de la portería justo un segundo antes de que sonara el silbato.

¡Cómo vitorearon las de Santa Clara! Pat saltaba como una loca. Belinda gritó hasta quedarse ronca. Hilary y Janet se daban palmadas en la espalda una a otra sin saber lo que hacían.

—¡Bravo, Isabel! Salvó el partido a tiempo —gritó Pat—. ¡Buñuelos de crema para ella!

Sudorosas, cansadas y felices, las niñas salieron en tropel del campo para lavarse y adecentarse antes del té.

Janet corrió a buscar su bolso para ir, en bicicleta, a comprar los buñuelos, pero en el monedero sólo había unos cuantos peniques. ¡Qué raro! Janet sabía con seguridad que aquella misma mañana tenía cinco chelines y que no había gastado nada.

—¡Vaya! ¡Ha volado mi dinero! —exclamó desolada—. ¿Dónde estará? Ya no puedo comprar los buñuelos —dijo Janet.

—Es rarísimo —repuso Isabel—. El mío desapareció hace unos días, el de Hilary también y ahora el tuyo...

—Bien, no discutamos ahora. Tenemos que ir a ocuparnos de las invitadas. Pero es una lástima por los buñuelos.

—Yo los compraré —dijo Katy—. Te daré el dinero, Janet.

—¡Oh, no! Los queríamos comprar para ti e Isabel, por lo bien que habéis jugado; pero no los vais a comprar para vosotras mismas.

—Por favor, cómpralos —exclamó, mientras sacaba unas monedas de su bolsillo—. Compra buñuelos para todas.

—¡Qué amable eres! —contestó Janet, cogiendo el dinero—. Muchísimas gracias.

Se fue en bicicleta mientras las otras se arreglaban para el té.

—¡Bien jugado, niñas! —comentó Belinda, al pasar—. Hiciste algunas paradas muy buenas, Katy, y tú, Isabel, salvaste el partido en el último minuto, y todas las demás también jugaron muy bien.

Todas se esponjaron ante los elogios de su capitana. Después se sentaron a merendar y pronto los montones de pan y mantequilla, mermelada y pastel de chocolate desaparecieron como por arte de magia. Janet llegó con unos buñuelos de aspecto delicioso que las niñas recibieron con aclamaciones.

—¡Gracias, Katy! ¡Eres un hacha, Katy! —ésta sonreía encantada.

—Bien, hoy me he divertido mucho —comentó Isabel, mientras iba hacia la sala común tras despedir a sus invitadas—. Cada momento del día ha sido sencillamente maravilloso.

—No del todo —contestó Pat con gravedad—. ¿Qué hay del dinero de Janet? Alguien lo cogió y eso es terrible. ¿Quién puede haber sido?

—No me lo puedo imaginar.

Las demás tampoco. Hablaron entre ellas, preguntándose quién se había acercado al abrigo de Janet. Ésta lo había dejado colgado en una percha de los vestuarios y casi todas habían estado entrando y saliendo.

—Esto es robar, ni más ni menos que robar —concluyó Hilary—. Y hace tiempo que sucede, porque además de a Isabel y Janet y a mí misma, a otras les han quitado dinero. A Belinda le desaparecieron diez chelines. Armó un gran jaleo, pero no los recuperó.

—¿Será alguna de las criadas?

—No lo creo, hace años que todas trabajan aquí. Bueno, tengamos mucho cuidado con el dinero y, si no encontramos al ladrón, por lo menos le pondremos difícil seguir robando.

Capítulo 10

UNA JOVENCITA MUY COMPLICADA

Una tarde, Rita Georges, una de las mayores, llamó a Katy para hablarle de una excursión que estaba organizando para estudiar botánica.

Katy, de su grado, era la primera en esa asignatura. Pidió a Pat que acabara de devanar la madeja de lana que sostenía Isabel y se fue corriendo.

—No tardaré —advirtió al salir.

Pat acabó de hacer los ovillos y los puso en la cesta de labor de Katy.

—Supongo que Katy volverá pronto. Dentro de cinco minutos tenemos gimnasia. Más vale que vaya a recordárselo. ¿Vamos, Isabel?

Las mellizas salieron y se dirigieron al estudio de Rita para ver si Katy aún estaba allí; pero al llegar a la puerta, se detuvieron, asustadas.

Se oían sollozos y alguien suplicaba: «¡Por Dios, perdóname! ¡Por favor, no se lo digas a nadie! ¡Por favor, no lo digas, te prometo que no lo volveré a hacer!».

—¡Dios mío! ¿Es posible que sea Katy? —exclamó Pat, horrorizada—. ¿Qué habrá pasado?

No se atrevían a entrar. Esperaron, se oían más sollozos, palabras entrecortadas y la voz de Rita que hablaba con severidad. No entendían bien lo que decía.

De repente, se abrió la puerta y salió Katy con ojos enrojecidos y la cara bañada en lágrimas. Sollozaba ahogadamente y ni vio a las mellizas. Corriendo a ciegas se dirigió hacia la escalera del dormitorio.

Pat e Isabel la siguieron con la mirada.

—No se acuerda de la clase de gimnasia —dijo Pat—. Más vale que la dejemos sola, no le gustará que la veamos llorar.

—Oh, vayamos a consolarla. Nos reñirán si llegamos tarde al gimnasio, pero es terrible ver a alguien tan trastornado y no hacer nada para ayudarle.

Así es que subieron corriendo al dormitorio. Katy estaba tirada sobre la cama, con la cara escondida en la almohada, llorando con amargura.

—¡Katy! ¿Qué te pasa? —preguntó Isabel, cariñosamente, tocándola en el hombro.

—¡Vete, vete! No vengas a espiarme —gritó Katy.

—No venimos a eso —repuso Pat con suavidad—. ¿Qué ocurre? Ya sabes que somos amigas tuyas.

—No lo seréis cuando os cuente lo que ha pasado —sollozó Katy—. ¡Marchaos! Voy a hacer el equipaje y me iré de Santa Clara. ¡Me iré ahora mismo!

—Katy, por favor, dinos qué ha pasado. ¿Te ha reñido Rita? No te preocupes por eso.

—No es porque me haya reñido, es por culpa del motivo por el que me voy. —Se sentó en la cama; tenía los ojos rojos e hinchados—. Bueno, os lo diré si queréis; lo podéis divulgar por todas

partes. Todas se burlarán de mí y me despreciarán, pero yo ya no estaré aquí.

Empezó a llorar de nuevo. Pat e Isabel estaban muy impresionadas. Isabel abrazó a la desgraciada niña diciéndole cariñosamente:

—Está bien, dínoslo. Te prometo que no nos apartaremos de ti.

—Sí, sí que me despreciaréis, pues lo que he hecho es horrible —sollozó Katy—. No lo podréis creer, a mí misma me parece mentira. ¡Soy... soy... soy una ladrona!

—¡Katy! ¿Qué quieres decir? —preguntó Pat asustada.

Katy la miró con desconfianza, secándose las lágrimas con mano temblorosa.

—¡Yo he cogido el dinero que echabais de menos! —confesó—. Todo... hasta tus dos chelines, Isabel. No podía resistir no tener nunca dinero, tener que decir «no» cuando me pedían para una colecta, ni regalar nada en los cumpleaños, pasando por tacaña y egoísta. Yo quería ser espléndida y tener amigas. ¡Me gusta tanto dar cosas y hacer felices a los demás!

Las mellizas miraron a Katy sorprendidas y horrorizadas. Apenas podían creer lo que decía. Ella siguió confesando sus pecados entre sollozos.

—Yo no tengo, como vosotras, una madre que me mande dinero. Mi padre está muy lejos y sólo tengo una tía muy ruin que me da «*un penique a la semana*». No podía hacer nada con tan poco dinero; un día encontré un chelín que alguien había perdido y compré algo para una niña: se puso tan contenta que yo... ¡fui tan feliz! No sabéis lo que es desear ser generosa y no poder serlo.

—¡Pobrecita, Katy! —exclamó Isabel, abrazándola—. Si hubieras dicho que no tenías dinero, a nadie le hubiera importado absolutamente nada y lo habríamos repartido todo contigo.

—Era demasiado orgullosa para confesarlo y no lo he sido para robar. ¡Ay, ahora no entiendo cómo pude hacerlo! Cogí el dinero de Janet, el de Hilary, el de Belinda, ¡era tan fácil! Esta tarde yo... yo...

Se puso a llorar tan amargamente, que las mellizas se asustaron mucho.

—No nos lo digas si prefieres callarte; no queremos saberlo —exclamó Pat.

—Ahora que he empezado, os lo contaré todo —repuso la pobre Katy—. Es un consuelo decírselo a alguien. Esta tarde, cuando entré en el estudio de Rita, ella no estaba allí, pero vi su abrigo colgado y el monedero que asomaba por un bolsillo. Lo fui a coger, pero Rita entró sin hacer ruido y me sorprendió. Ahora irá a decírselo a la directora y todas sabrán que soy una ladrona y me expulsarán y...

Se puso a llorar otra vez y las mellizas se miraron sin saber qué hacer. Recordaron la súbita generosidad de Katy, sus regalos, el maravilloso pastel con las rosas de azúcar, los hermosos crisantemos para Vera y recordaron también las ruborizadas mejillas y los ojos brillantes que tenía Katy viendo que sus amigas disfrutaban con las cosas que les compraba.

—Anda, Katy, lávate la cara y bajemos al gimnasio —dijo Pat finalmente.

—No quiero ir, me quedaré aquí y haré las maletas —se obstinó Katy—. No quiero ver a nadie. Las dos habéis sido muy buenas conmigo, pero sé que en el fondo me despreciáis.

—No, no, Katy querida —repuso Isabel—. Lo sentimos mucho, muchísimo y entendemos muy bien tus razones. Querías ser generosa e hiciste una cosa mala para conseguir una buena y eso no da nunca buen resultado.

—Por favor, marchaos, dejadme sola —sollozó Katy.

Las mellizas salieron del dormitorio en silencio, con una triste expresión en sus rostros.

Mientras se dirigían hacia el gimnasio, Isabel se detuvo y cogió a Pat por un brazo.

—¡Pat! Vamos a buscar a Rita. Haremos todo lo que podamos por la pobre Katy.

—¡Muy bien! —repuso Pat.

Las dos fueron al estudio de Rita, pero no estaba allí. ¿Habrá ido ya a hablar con la directora?

Vamos a comprobarlo.

Llegaron al despacho de la señorita Theobald en el momento en que salía Rita con una cara muy seria.

—¿Qué hacéis aquí, niñas? —preguntó y siguió su camino sin esperar contestación. Pat e Isabel se miraron.

—Ya se lo ha dicho a la directora. ¿Vamos a hablar con ella? Realmente creo que Katy no es una vulgar ladrona, pero si la expulsan, puede llegar a serlo y estropearse para siempre. Vamos, entremos.

Llamaron a la puerta y la directora contestó: «*Adelante*», cuando las chicas entraron se sorprendió.

—Bien, mellizas, ¿qué sucede? Estáis muy serias.

Pat no sabía por dónde empezar. De repente, brotaron las palabras y explicó toda la historia de cómo Katy había robado el dinero y el motivo de su comportamiento.

—Pero, señorita, Katy no gastó ni un penique para ella, todo era para las demás. Nos quitó el dinero, pero nos lo devolvía en forma de regalos y otras cosas. No es una ladrona vulgar y despreciable. Está muy... muy trastornada. ¿No se podría hacer algo? Sobre todo no expulsarla ni decírselo a nadie. Estoy segura de que Katy tratará de devolverlo todo. Isabel y yo la ayudaremos para que no vuelva a suceder.

—¿Sabe usted? Todo esto ha pasado porque apenas le dan dinero para sus gastos y era demasiado orgullosa para decirlo. No podía resistir que la tuviéramos por ruin y egoísta, siendo, como es, tan sensible y terriblemente generosa.

La señorita Theobald dirigió una dulce mirada a las angustiadas mellizas.

—Queridas niñas, vuestro relato es muy distinto del de Rita, pues ella juzga a Katy como una ladrona. Vosotras la veis como lo que es: Una pobre y equivocada niña que quiere ser generosa y encuentra una manera fácil, pero errónea, de serlo. Si no fuera por vosotras, estoy segura de que no hubiera obtenido de Katy ninguna explicación y habría escrito a su tía para que se la llevara. Y entonces, ¿qué hubiera sido de esa pobre niña?

—Oh, señorita Theobald, ¿eso quiere decir que dejará usted que Katy se quede? —exclamó Pat.

—Naturalmente —contestó la directora—. Primero tengo que hablar con Katy y conseguir que ella misma me lo cuente todo. Sabré cómo tratarla, no os preocupéis. ¿Dónde está?

—En su dormitorio, haciendo las maletas.

—Iré enseguida a verla. Ahora id a la clase que os toca y decid a la profesora que os dispense por llegar tarde porque estabais conmigo. Y sólo quiero deciros una cosa: ¡Estoy orgullosa de

vosotras! Sois buenas y comprensivas, dos cosas muy importantes.

Sofocadas por la sorpresa y la alegría, las mellizas abrieron la puerta para que saliera la directora. Se miraron muy satisfechas.

—¿No es maravilloso? —exclamó Pat—. ¡Qué contenta estoy de que nos hayamos atrevido a entrar para decírselo! Creo que ahora todo marchará muy bien para nuestra querida Katy.

Fueron deprisa al gimnasio y se excusaron por llegar tarde. No hacían más que pensar en cómo iría la entrevista de Katy con la directora. Lo supieron después del té, cuando, con los ojos aún muy enrojecidos, pero mucho más tranquila, se acercó a ellas.

—No me marchó. Me quedo aquí y le demostraré a la señorita Theobald que puedo ser tan buena como cualquier otra. Escribiré a mi tía que me mande el dinero suficiente y devolveré todo lo que cogí. Y si no puedo ser tan espléndida como quisiera, esperaré con paciencia hasta que pueda serlo.

—Sí, y cuando no esté a tu alcance hacer algo, no te dé vergüenza confesarlo, ese orgullo es muy tonto. ¡Katy, estoy muy contenta de que no te vayas! Isabel y yo habíamos empezado a quererte mucho.

—Habéis sido muy buenas amigas —dijo Katy mientras caminaba entre las dos y les apretaba el brazo—. Si alguna vez os lo puedo pagar, os aseguro que lo haré. ¿Tendréis confianza en mí? Sería terrible si no la tuvierais, no lo podría resistir.

—Naturalmente, siempre nos fiaremos de ti. Como sigas así, sacaré cien libras del banco y te pediré que me las guardes. ¡No seas tonta!

Capítulo 11

DE NUEVO LA SEÑORITA KENNEDY

Las mellizas empezaban a encontrarse bien en Santa Clara. Se habían resignado a pertenecer al primer grado, en vez de ser de las mayores, y ya nadie les llamaba «*las estiradas*». Mademoiselle las había ayudado mucho, logrando ponerlas al nivel de sus compañeras, en la clase de francés. La señorita Roberts las consideraba inteligentes y, a veces, les otorgaba alguna alabanza, cosa que las satisfacía muchísimo.

Katy era su amiga más fiel. Realmente era una niña de muy buen corazón y, aunque ahora no tenía apenas dinero, daba generosamente en otra forma: Zurcía las medias de Pat, pegaba un jarro de Mademoiselle que se había roto y pasaba todo su tiempo libre haciendo compañía a Hilary y a Doris, que estaban en la enfermería con la gripe. Sabía que nunca más abusaría de la confianza de nadie y llevaba la cabeza alta, tratando de olvidar las tonterías que había cometido y que ya estaban reparadas.

La señorita Kennedy lo pasaba mucho mejor; desde que fue tan buena en ocasión de la «*Gran fiesta de medianoche*», las alumnas del primer grado se portaban muy bien. Pero no así las de segundo grado. Habían descubierto que a la señorita Kennedy le aterraban los gatos y era asombrosa la cantidad de ellos que aparecían a veces en la segunda clase.

Cogían todos los gatos que encontraban y los escondían en algún lugar del aula antes de la lección de historia. Había un gran armario muy adecuado para esconder un gato.

Una mañana, la señorita Roberts no se encontraba bien. Le pareció que le comenzaba una gripe y decidió acostarse para ver si la evitaba. Por ese motivo, la pobre señorita Kennedy tendría que lidiar con el primero y segundo a la vez. Llevó a las alumnas de ambas clases al aula de segundo, que era mucho mayor que la suya.

Entraron en fila, ordenadamente y la señorita Jenks les indicó sus sitios.

—Ahora sentaos tranquilamente hasta que venga la señorita Kennedy —les ordenó, y se marchó a dar la clase de labor.

En cuanto se hubo marchado empezó el alboroto y, con gran asombro de las de primero, apareció un gran gato negro que Tessie, alumna de segundo, había escondido en un armario del corredor.

El gato, que era muy sociable, arqueó el lomo y ronroneó, levantando la cola. Las mellizas lo miraron sorprendidas.

—¿Qué hace aquí ese gato? ¿Es alumno de la clase? —preguntó Pat.

—¡Ja, ja, ja, qué graciosa! —contestó Pam, acariciándolo—. No, Pat, está aquí para darle una agradable sorpresa a la señorita Kennedy. ¿No sabes que le dan mucho miedo los gatos? Vamos a encerrarlo en el armario de la labor y, cuando llegue el momento, Tessie, que está sentada al lado, abrirá la puerta y saldrá el minino negro, de tamaño natural, corriendo como un rayo hacia la

señorita. Ya lo veréis.

Las del primer curso se echaron a reír. Sería maravilloso. ¡Mejor aún que los petardos!

—¡Chiss! ¡Ya viene! —gritó desde la puerta la chica que estaba vigilando—. ¡A vuestros puestos! ¡Mete el gato en el armario, Tessie, rápido!

Metieron el gato, muy asombrado, en el armario y cerraron la puerta. Katy, que quería con locura a los animales, empezó a decir:

—¿Podrá respirar bien ahí encerrado, no podríamos...?

—¡Cállate! —siseó Tessie en el momento en que entraba la señorita Kennedy con un montón de libros bajo el brazo. Sonrió a las niñas y se sentó. Estaba muy nerviosa, preocupada por tener que manejar a los dos grados reunidos. También notaba que algo flotaba en el ambiente y le escamaron unas risitas que salieron de los últimos bancos. Se le cayó un libro y, al inclinarse para recogerlo, se le desabrochó el cinturón, que fue a parar lejos de ella.

Esto, en realidad, no era muy gracioso, pero a las niñas de la primera fila les pareció muy cómico y bajaron la cabeza disimulando la risa. La señorita vio cómo se reían y, por una vez, se decidió a ser firme.

—Cualquier niña que distraiga a la clase riéndose o jugando, pasará todo el tiempo de pie —declaró tan severamente como pudo.

Todas se asombraron al oír a la suave señorita Kennedy hacer tal declaración y, durante un rato, la lección transcurrió con tranquilidad.

Tessie tenía que soltar el gato a media clase; pero el minino decidió otra cosa. Estaba enroscado encima de las labores y, al moverse, se enredó entre la rafia de colores con que las niñas confeccionaban cestas. Quería soltarse y no podía.

Se puso de pie, sacudiéndose, dio vueltas y tirones y cada vez se enredó más. Asustado, el animalito quiso saltar del estante. Unos ruidos comprometedores salían del armario. Al principio, la señorita no localizaba la procedencia de los mismos. Las niñas sabían muy bien que era cosa del minino, e inclinaban la cabeza sobre los libros, procurando no reírse.

El gato estaba cada vez más excitado y, al saltar, pegaba con la cabeza en el estante de arriba. Entonces se enfurecía y arañaba por todas partes y mordía con furia la rafia.

—¿Qué hay en aquel armario? —preguntó al fin la señorita Kennedy.

—Las labores, señorita —contestó Tessie.

—Ya lo sé —dijo con impaciencia—, pero las labores no hacen ruido. ¿Serán ratones?

Ciertamente no eran ratones, era el pobre gatito que se estaba volviendo loco, arañando la madera, mientras la rafia se le enredaba continuamente en las patas. La clase entera empezó a reír sin poderse contener.

—¡Esto es demasiado! —exclamó encolerizada. Fue rápidamente al armario y abrió la puerta con violencia. El gato, temblando, saltó afuera con un enorme bufido. La profesora, al ver el bicho negro que salía del armario, dio un chillido y huyó hacia la puerta. El gato la siguió, pensando que le iba a dejar salir y se frotó contra sus piernas. La señorita Kennedy se puso pálida de miedo, porque, realmente, sentía pánico ante semejantes animales.

El gato y ella salieron juntos por la puerta, y huyeron en direcciones opuestas. Las niñas, con

la cabeza encima del pupitre, lloraban de risa. De los ojos de Katy brotaban lágrimas y las mellizas se sujetaban los costados, porque les dolían de tanto reírse.

Tessie fue hasta la puerta, tambaleándose y la cerró por si pasaba alguna profesora. Durante cinco minutos las niñas rieron a más no poder. En cuanto una cesaba de reír, otra volvía a la carga.

—¿Visteis al gato cuando salió disparado? —gritó Tessie y volvieron a empezar las carcajadas.

—¿Serán ratones? —dijo Doris, imitando la voz de la señorita Kennedy. Más carcajadas.

—¡Silencio! —dijo Tessie, secándose los ojos—. Nos va a oír alguien. ¿Dónde ha ido la señorita Kennedy? Se la ha tragado la tierra. ¿Creéis que volverá para acabar la clase?

Pero la pobre señorita Kennedy no apareció. Estaba sola en una sala, bebiendo un vaso de agua, con el rostro pálido y descompuesto. Le daban terror los gatos como a otras personas se lo dan los ratones; pero el susto no era lo que le preocupaba y ponía enferma. Era porque las niñas le hacían esas bromas, sabiendo que ella caía en la trampa fácilmente.

«*No sirvo para dirigir una clase —pensaba la señorita Kennedy—. Lo hacía muy bien cuando preparaba a una o dos niñas, pero este cargo es demasiado para mí. ¡Y necesito tanto ese dinero ahora que mi madre está enferma! Pero es inútil, tengo que dejar este empleo*».

Decidió ir a la ciudad a la hora del té para ver a una amiga. Hablaría con ella del asunto y, al volver, le diría a la señorita Theobald que tenía que dejar el cargo, pues no servía ni para enseñar, ni para mantener el orden.

Telefonó a su amiga, la señorita Roger, y a las cuatro fue a reunirse con ella en un salón de té.

Las mellizas y Katy fueron al mismo local a tomar el té solas. ¡Un gran acontecimiento! El salón estaba dividido por cortinas rojas que formaban agradables rincones. Las tres niñas ya estaban sentadas, comiendo tostadas con mantequilla, cuando entró la señorita Kennedy con su amiga.

Escogieron una mesa cercana a la de las tres jovencitas y se sentaron. No podían verse, pero sí oírse perfectamente y enseguida las pequeñas reconocieron la voz de la señorita Kennedy.

—¡Oíd, es la señorita Kennedy! ¡Apuesto a que va a hablar del gato negro! —murmuró Katy.

No tenían intención de ser indiscretas; pero sin querer oían todo lo que decían en la mesa contigua. Como suponían, la señorita empezó a hablar de lo sucedido por la mañana.

Pero habló también de otra cosa, de su anciana madre enferma y pobre; del dinero que, inesperadamente, le había proporcionado su colocación en Santa Clara; de las facturas que tenía que pagar y de su fracaso en clase.

—Soy una tramposa —dijo a su amiga—. Cobro el dinero de la escuela para enseñar a las niñas y no les enseño nada, porque no sé tratarlas y me atormentan continuamente. ¿No crees que debo decírselo a la directora? No es honrado seguir dando mal la clase o dejarla en cuanto me molestan. La profesora de historia no volverá hasta el final del próximo trimestre y no me parece decente seguir en su puesto hasta entonces.

—¡Pero necesitas tanto ese dinero para ayudar a tu madre mientras esté enferma! —exclamó la señorita Roger—. Has tenido mala suerte, esas niñas son crueles.

Las tres escuchaban mudas de asombro. Estaban horrorizadas. Lo que para ellas eran bromas y

diversión, para otra persona significaba perder el empleo, ser una fracasada y no poder ayudar a su madre enferma.

—Vámonos —susurró Pat—, no tendríamos que estar escuchando todo esto.

Se marcharon en silencio sin que las viera la señorita Kennedy, pagaron y volvieron a la escuela. Se sentían desgraciadas, no podían permitir que la señorita Kennedy dejara el empleo. Aunque a veces era muy tonta, también era buena y comprensiva. Y ellas, las niñas, eran malas.

—¡Qué sensación más desagradable, me siento mezquina! —dijo Katy en la sala común—. Me da rabia. Esta mañana me divirtió la broma, pero una broma deja de serlo cuando hace desgraciado a alguien.

—No podemos dejar que la señorita Kennedy vaya a hablar con la directora —exclamó Pat de repente—. Sería terrible. Por Dios, tenemos que hacer algo. ¡Pensemos!

—En realidad, sólo nos queda hacer una cosa —resolvió Isabel, levantando la cabeza—, escribir una carta disculpándonos y firmarla todas, prometiéndole no portarnos mal nunca más. Y tendremos que cumplir lo prometido.

—No es mala idea —concedió Pat—. Katy, en la segunda clase tienen una reunión. Ve allí y cuéntales en pocas palabras lo sucedido. Mientras tanto, escribiré la carta y la firmaremos.

Katy salió a toda prisa. Pat cogió papel y pluma, y entre ella e Isabel, escribieron una carta precisa y sentida. Decía lo siguiente:

Querida señorita Kennedy:

Estamos avergonzadas por nuestra conducta de esta mañana, y le rogamos acepte nuestras humildes excusas. No teníamos intención de que el gato le saltase a usted encima. Perdónenos. Si lo hace, prometemos no molestarla más, portarnos mucho mejor y estudiar con ahinco. Comprendimos que era una magnífica persona cuando no nos acusó por «lo que usted sabe».

Sinceramente tuyas:

A continuación todas las niñas tenían que poner su nombre.

Sus compañeras de grado entraron para firmar.

—¿Qué significa «lo que usted sabe»? —preguntó Tessie con curiosidad.

—Es nuestra «Gran fiesta de medianoche» —contestó Pat—. Nos descubrió cuando la celebrábamos y no dijo nada. Bueno, ¿habéis firmado todas? Tú aún no has firmado, Lorna. Hazlo al final.

Todas se avergonzaron mucho cuando Katy les contó lo que habían oído.

—No tendríais que haber escuchado —le reprochó Hilary—. Es muy feo.

—Ya lo sé —repuso Pat—, pero no lo pudimos evitar, Hilary. De todos modos, me alegro de

haberlo hecho. Ahora podremos impedir que la señorita renuncie a su cargo.

En efecto, eso impidió que la señorita Kennedy hablara con la directora cuando llegó por la noche. Encontró la carta encima de su mesa y la abrió. Al leerla, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Qué carta tan hermosa! ¡Esas niñas no son tan malas como yo creía! Si cumplen su promesa, seré feliz dándoles clase.

A la mañana siguiente se lo agradeció emocionada, y les aseguró que las perdonaba. Y por primera vez en todo el curso, la clase transcurrió con la misma tranquilidad que la de las demás profesoras, pues las niñas no querían faltar a su palabra.

Por supuesto, aún se oían risitas de vez en cuando, pero ya no hubo bromas organizadas, ni nada desagradable. La señorita Kennedy se sentía feliz. Y al no tener que luchar con el desorden, enseñaba bien, las niñas escuchaban con interés y trabajaban con gusto.

—Estoy contenta de haber hecho lo que debíamos —comentó Pat después de la clase de historia—. Hoy le he preguntado a la señorita Kennedy qué tal seguía su madre, y me ha dicho que está mucho mejor y que hoy saldrá de la clínica. Hubiera sido terrible que se hubiera muerto por nuestra culpa, pues si la señorita hubiese perdido el empleo, no la habría podido cuidar debidamente.

—¡Hubiera sido terrible! —asintió Isabel.

Todas estuvieron de acuerdo.

Capítulo 12

UN CRISTAL ROTO... Y UN CASTIGO

Una mañana, Hilary entró excitadísima en la sala común.

—¿Sabéis? El circo que iba a venir ya está instalado en el descampado junto a la ciudad. ¡He visto los anuncios!

—¡Qué suerte! ¡Ojalá nos permitan ir a todas! —exclamó Pat, a quien le gustaba mucho el circo.

—Es el circo Galliano —dijo Hilary, sacándose varios programas del bolsillo—. Mirad: Payasos acróbatas, caballos, perros amaestrados, todo. ¡Ojalá la señorita Theobald nos dejara ir...!

La directora les dio permiso. Dijo que cada noche podrían ir, por turnos, dos grados con sus profesoras. Todas las del primer grado estaban muy emocionadas. Pat, Isabel, Katy y Janet fueron a la ciudad a mirar los carteles que había fijados por todas partes.

Eran muy prometedores. Después, fueron a ver las grandes carpas instaladas en el campo. Se apoyaron en la cerca y vieron cómo hacían galopar alrededor del campo a caballos de satinada piel. También contemplaron a cinco desmañados osos con su domador, que andaban balanceándose. Vieron, maravilladas, cómo un gran chimpancé, vestido con unos pantalones y un jersey, se acercaba cogido de la mano de un niño a quien seguía un pequeño fox-terrier.

—¡Dios mío, mirad ese mono tan grande! —gritó la pequeña Isabel.

—Sammy no es un mono, es un chimpancé —corrigió el chico sonriente—. ¡Da la mano, Sammy!

El chimpancé, muy solemnemente, alargó una mano a las niñas. Isabel y Katy estaban asustadas y no se atrevieron a cogerla, pero Pat le alargó la suya enseguida. Sammy se la sacudió varias veces.

—¿Vendréis a la función? —preguntó el muchacho.

—Claro que sí —contestó Pat—. ¿Trabajas en el circo? ¿Qué haces?

—Yo soy Jimmy Brown y salgo a la pista con mi famosa perrita Lucky. Aquí está, a vuestros pies. Sabe leer y contar.

—¡No es posible! Ningún perro sabe hacer eso.

—Pues el mío sí, ya lo veréis —contestó Jimmy, riéndose—. Mirad; ¿veis aquella niña que monta el caballo negro? Es Lotta, también la veréis en la pista. Es capaz de montar al caballo más salvaje del mundo.

Las niñas miraron a Lotta, que galopaba alrededor del campo, montada en un hermoso caballo negro. Cuando se acercó, se puso de pie sobre la silla y saludó con la mano a las asombradas niñas.

—¡Qué habilidad! —exclamó Pat—. ¡Cómo me gustaría saber montar así! ¿No se cae nunca?

—Claro que no —contestó Jimmy—. Bueno, me tengo que marchar. Vámonos, Sammy. ¡Os

veremos a las cuatro cuando vengáis a la función!

Se marchó con el chimpancé y la perrita. Las niñas se fueron hacia la escuela. Estaban deseando que llegara la noche de la función para ir al circo con sus compañeras del primer y segundo grado.

—Hay dos sesiones cada noche —explicó Pat—. Una de 18.30 a 20.30 y la otra de 20.45 a 22.45. Me gustaría ir a esa sesión, sería muy divertido volver a la escuela tan tarde.

—No tendremos tanta suerte —repuso Isabel—. Vamos, daos prisa, llegaremos tarde para el té.

Pero a la mañana siguiente cayó sobre el primer grado un terrible golpe. Entraron en la clase, charlando como de costumbre y vieron que un cristal de la ventana central estaba hecho añicos. La señorita Roberts estaba sentada en su sitio con cara muy seria.

—¡Dios mío! ¿Cómo se ha roto ese cristal? —exclamó Janet sorprendida.

—Eso es lo que yo querría saber —repuso la señorita—. Cuando estaba en el estudio he oído un estrépito y he venido a ver qué pasaba. También he oído un ruido de pies corriendo por el pasillo y, al entrar en la clase, he visto el cristal roto.

—¿Quién lo rompió? —preguntó Pat.

—No lo sé —contestó la señorita Roberts—, pero esto es lo que rompió el cristal —y les enseñó una pelota de lacrosse—. Cuando entré, rodaba aún por el suelo. Alguien debía de estar jugando con ella en la clase y rompió el cristal. Como sabéis, va contra el reglamento sacar las pelotas del armario del gimnasio si no es para jugar un partido.

Todas escucharon en silencio. Se sentían un poco culpables porque era una regla que nadie tenía en cuenta. Casi todas las niñas cogían disimuladamente una pelota del armario para jugar durante el recreo.

—Ahora —dijo la señorita—, quiero que la niña que ha roto el cristal lo confiese o me lo venga a decir durante el recreo. Lo que tendría que haber hecho, después de romper el cristal, era quedarse en la clase y decirlo. Pero es muy normal que huyera en un momento de pánico.

Nadie habló; todas se quedaron muy quietas sin atreverse a mirar las unas a las otras.

La señorita Roberts observó con ojos escrutadores a todas las niñas, tratando de identificar a la culpable.

Pero como la mitad de las niñas se sonrojaban de puro nerviosismo, no consiguió nada. En realidad, toda la clase parecía intranquila. Siempre se ponían así cuando pasaba algo.

—Bien —dijo la señorita Roberts finalmente—. Es evidente que la culpable no piensa acusarse ahora. Tiene que hacerlo sin falta durante el recreo. Todas tenéis sentido del honor y sé que ninguna es una cobarde. Estoy segura de que la que lo hizo tendrá la valentía de reconocerlo. Estaré en el estudio sola.

Nadie dijo nada, algunas se miraron preguntándose quién sería la culpable. Pat e Isabel sonrieron nerviosas. Habían estado juntas desde el almuerzo, así es que sabían que no había sido ninguna de ellas.

Empezó la primera lección, que era la de matemáticas. La señorita Roberts estaba de muy mal humor y nadie se atrevió a pronunciar ni una sola palabra. Las cabecitas morenas y rubias se

inclinaban atentas sobre los libros y, cuando la profesora daba una orden, se apresuraban a obedecer. Sabían lo peligroso que era portarse mal cuando la señorita Roberts estaba en pie de guerra.

Al acabar la clase de matemáticas empezó la de francés. Mademoiselle entró en la clase y, en cuanto vio el cristal roto, exclamó:

—¡«*Tiens!*», un cristal roto—. ¿Cómo ha sido eso?

—No lo sabemos, Mademoiselle —contestó Hilary—. Nadie ha confesado todavía.

—¡Eso es abominable! —exclamó Mademoiselle mientras miraba a todas con sus grandes ojos oscuros—. ¡No es nada valiente!

Nadie dijo nada. Todas estaban incómodas. No era agradable pensar que una de ellas era una cobarde. Tal vez se presentara durante el recreo. ¿Quién sería?

Pat e Isabel pensaban con ahínco. No podían ser ni Janet ni Hilary, las dos eran valientes y sinceras. Si cometían una falta la confesaban enseguida. Tampoco había sido Katy porque estuvo todo el rato con ellas. ¿Sería Vera o Sheila, o Joan, o Doris...? No, imposible que fuera alguna de ellas, ninguna era una cobarde.

En el recreo, se reunieron todas las del primer grado y discutieron el asunto.

—No fuimos nosotras —declaró Pat—. Isabel y yo estuvimos juntas todo el rato después del almuerzo, hasta que entramos en la clase, y Katy estaba con nosotras.

—Bien, tampoco fui yo —dijo Hilary—. Estuve haciendo un trabajo para Rita.

—Ni yo —exclamó Janet—. Estuve limpiando la mesa y Doris me ayudó.

Una por una fueron diciendo lo que estuvieron haciendo entre el almuerzo y la primera clase. Por lo visto, ninguna de ellas había roto el cristal, pero una debía de estar mintiendo.

Después del recreo todas ocuparon sus sitios en la clase. La señorita Roberts entró con semblante frío y expresión severa. Miró alrededor de ella y dijo:

—Siento decir que nadie ha confesado, de modo que he tenido que comunicar el hecho a la directora. Está de acuerdo conmigo en que toda la clase tiene que pagar el cristal roto, puesto que la culpable no se ha presentado. El cristal cuesta veinte chelines. La señorita Theobald ha decidido que, en vez de ir al circo, lo que os costaría un chelín a cada una, emplearéis el dinero en arreglar la ventana.

Se oyeron exclamaciones de disgusto. No ir al circo era un golpe terrible. Se miraron unas a otras consternadas. ¿Por qué tenía que pagar toda la clase la culpa de una sola? No les parecía justo.

—Ahora estoy segura de que la que rompió el cristal no permitirá que toda la clase sea castigada —siguió diciendo la señorita Roberts—. Confío en que confesará antes de que a vuestro grado le toque ir al circo; es decir, antes del jueves. Y espero que si alguna sabe quién ha sido, la convenza para que cumpla con su deber.

—Pero, señorita Roberts, suponga que nadie confiese —empezó Hilary—; podríamos pagar un chelín cada una para el cristal...

—No —contestó la señorita—, no hay más que hablar, Hilary. Mantengo lo dicho y no se hable más. Por favor, abrid el libro en la página ochenta y dos.

¡Qué alboroto se armó después de la clase! ¡Qué indignadas estaban todas!

—¡Es una vergüenza! —gritó Janet—. Yo no lo hice, ni tú, Pat; ni tú, Isabel, estoy segura. ¿Por qué nos tienen que castigar?

—Bueno, en casos como éste —explicó Hilary—, en todas las escuelas acostumbran a castigar a toda la clase por culpa de una sola. Creo que en el colegio de mi hermano, aunque no sucede con frecuencia, hacen lo mismo. Yo no lo entiendo, pero es así. ¡Si supiera quién rompió el cristal... la cogería por el cuello y le daría un buen meneo...!

—Escuchad, ¿y si una de nosotras confiesa para que las demás puedan ir al circo? —propuso Katy de repente—. A mí no me importaría echarme la culpa y entonces todas vosotras podríais ir.

—No seas tonta, Katy —dijo Pat apretándole el brazo—. ¡Cómo te íbamos a dejar hacer una cosa así!

—Supongo que no fuiste tú, Katy —preguntó Sheila medio en broma.

—¡Claro que no! —protestó Isabel—. Estuvo con Pat y conmigo todo el rato. Es muy noble por su parte querer echarse la culpa, pero ni para salvar mi vida se lo dejaría hacer. Yo misma iría a decirle a la señorita Roberts que no pudo haber sido Katy.

—¡Ah, bueno, si lo tomáis así, no diré nada! ¡Si pudiéramos saber cuál de nosotras lo ha hecho!

Pasó todo el martes y el miércoles. Nadie se presentó. Cuando llegó el jueves, la señorita Roberts comunicó a la clase que el segundo grado iría al circo, pero que el primero no asistiría. Todas gimotearon y se revolviéron inquietas.

—Lo siento mucho —afirmó la señorita Roberts—. Es una lástima. Sólo deseo que la culpable tenga remordimientos. Ahora, basta de gemidos. ¡Sigamos con la geografía!

Capítulo 13

LAS CUATRO BRIBONZUELAS

Aquella tarde, después del té, cuatro niñas del primer curso celebraban una reunión secreta en una de las salitas de música. Eran las mellizas, Katy y Janet. Estaban furiosas porque no podían ir aquella noche a la función del circo.

—Mirad, vayamos —propuso Janet—. Podemos escaparnos en bicicleta a las ocho y media sin que nadie se entere, por el camino del campo de lacrosse. Y después podemos volver de noche tranquilamente.

—Pero las puertas de la escuela se cierran a las diez —repuso Katy.

—Ya lo sé, tonta. Pero ¿para qué sirven las escaleras? Hay una al lado del cobertizo del jardinero. Con ella podremos entrar fácilmente por la ventana del dormitorio.

—Sí; pero a la mañana siguiente verían la escalera apoyada contra la ventana.

—¡Dios mío! ¡Sois completamente tontas! —suspiró Janet—. Una de nosotras puede subir por la escalera y después abrir la puerta trasera para dejar entrar a las otras, que mientras tanto pueden poner la escalera otra vez en el cobertizo, y ya está. ¿Os habéis enterado o os lo tengo que volver a explicar?

Todas se rieron. Janet era muy graciosa cuando se impacientaba.

—Entendido —afirmó Pat—. Pero ¿y si nos pillan? ¡No quiero ni pensar lo que nos sucedería!

—Bueno, pues no lo pienses —dijo Janet—, porque no nos pescarán. La señorita Roberts nunca enciende la luz cuando entra en el dormitorio. No pasará nada. Pero se lo tenemos que decir a Hilary. No vendrá con nosotras porque es la encargada del dormitorio y cumple todas las reglas, pero no impedirá que salgamos.

—Está bien —dijo Hilary—. Si queréis hacerlo, corred el riesgo, yo no os lo impediré, pero ¡por favor!, procurad que no os descubran.

El segundo grado se fue al circo con la señorita Jenks. Las del primer grado se quedaron, furiosas y enfurruñadas. Sólo estaban contentas las cuatro que pensaban escaparse. La mayor parte de sus compañeras sabían lo que proyectaba Janet, pero ninguna más se atrevía a seguirlas.

—Si os descubren, no me sorprendería que os expulsaran —comentó Doris.

—Ni nos descubrirán, ni nos expulsarán —contestó Janet con firmeza.

Cuando llegó el momento, las cuatro se pusieron el abrigo y el sombrero y salieron silenciosamente por la entrada trasera. No había luz, pero la noche era clara. Cuando regresaran ya habría salido la luna. Procurando no hacer ruido, fueron al cobertizo de las bicicletas.

—¡Qué ruido hacen estos armatostes! —susurró Janet.

¡Cómo rechinan! Ahora bajemos por el sendero del campo.

Vamos.

Fueron deprisa, con los faroles brillando en la oscuridad. Al llegar a la carpa del circo, vieron

que estaba saliendo la gente que había asistido a la sesión de las seis y media.

—¡Cuidado! Escondámonos en el seto hasta que todo el mundo haya salido. ¡No vayamos a tropezar con la señorita Jenks!

Se escondieron hasta que pasó el peligro. Metieron las bicicletas detrás del seto y fueron a la entrada por donde ya estaba accediendo el público, a la luz de las lámparas. Las niñas pagaron y se dirigieron a la gran carpa del circo. Se sentaron en las últimas filas para no ser vistas y se quitaron los sombreros del uniforme.

El espectáculo les pareció maravilloso. Vieron a Lotta, con un vestido que lanzaba mil destellos, montando sin silla sobre el caballo que galopaba alrededor de la pista, poniéndose de pie sobre el lomo del corcel, arrodillándose o saltando siempre sonriente. Admiraron a Jimmy y a su perrita Lucky, y no podían comprender cómo le había enseñado a ser tan sabia. Aplaudieron a los absurdos payasos y a los arriesgados acróbatas. Les gustó mucho el gran Mister Galliano, con su látigo y sus magníficos bigotes. Era una función fantástica y las cuatro niñas disfrutaron mucho.

—Saldremos disimuladamente un poco antes del final —susurró Janet, mientras miraba cómo Sammy, el chimpancé, se desnudaba muy solemnemente y se ponía el pijama—. ¡Qué gracioso es! ¡Mirad cómo se mete en la cama!

Cuando el espectáculo estaba a punto de terminar, salieron sin hacer ruido. Todo el mundo estaba absorto mirando a los cinco osos que jugaban al corro con su domador.

—¡Y todos se caen! —canturreó el domador y, mientras salían, vieron cómo los cinco osos se tiraban al suelo como si fueran niños.

—¡Qué maravillosa función! —exclamó Janet, yendo hacia donde habían dejado las bicicletas—. ¿Dónde está mi bici? Ah, aquí está.

Montaron en las bicicletas y se pusieron en camino. Había salido la luna y se veía con claridad. Pronto llegaron a la escuela y dejaron las bicicletas en el cobertizo. El corazón les latía con fuerza y, procurando no hacer ruido, fueron de puntillas a buscar la escalera.

Estaban excitadas y nerviosas. Si las sorprendieran en ese momento sería terrible. Pero no había nadie. Una débil luz salía de uno de los dormitorios de las profesoras, situado en el ala oeste de la escuela. Eran casi las once y todas las niñas y muchas de las profesoras debían de estar durmiendo.

Buscaron la escalera. Había dos, una pequeña y otra mucho mayor. Janet arrastró la pequeña.

—Creo que ésta bastará.

Entre las cuatro la llevaron debajo de las ventanas del dormitorio, que brillaban a la luz de la luna. Procuraron pasar por el sitio más oscuro y hacer el menor ruido posible.

Con mucho cuidado apoyaron la escalera contra la pared, pero, con gran consternación, vieron que no alcanzaba a la ventana.

—¡Vaya! —exclamó Janet—. Sería peligroso tratar de llegar a la ventana desde tan lejos. Bueno, volvamos a llevar esta escalera y traigamos la otra. Creo que llegará hasta el tejado.

Dejaron la escalera pequeña en su sitio y entonces comprobaron que les era imposible mover la grande. Pesaba muchísimo, se necesitaban dos o tres jardineros para manejarla.

Apenas podían moverla de sitio entre las cuatro y, desde luego, les sería imposible apoyarla

contra la pared. Se miraron consternadas.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Isabel con voz temblorosa—. No podemos pasar aquí toda la noche.

—Claro que no, tonta —repitió Janet—; probaremos todas las puertas. Tal vez alguna haya quedado abierta. ¡Ánimo!

De puntillas, dieron la vuelta a la escuela comprobando las puertas, pero todas estaban perfectamente cerradas. Las criadas cumplían bien con su obligación.

Katy empezó a llorar. Desde que la señorita Theobald la perdonó, se estaba esforzando para merecer su buena opinión y ahora sería espantoso que la sorprendiera faltando al reglamento. De repente, le pareció una cosa terrible estar fuera de la casa mientras las demás permanecían en la cama durmiendo.

—Nos descubrirán por la mañana —suspiró— y aquí nos moriremos de frío.

—¡Cállate y no seas criatura! —ordenó Janet furiosa.

—Ya sé lo que haremos, tiraremos piedrecitas a la ventana del dormitorio —exclamó Pat—, harán un poco de ruido y tal vez se despierte alguna de las niñas. Entonces puede bajar silenciosamente y abrirnos una puerta.

—¡Buena idea! ¡Coged gravilla del jardín! —ordenó Janet.

Cogieron puñados de grava y los tiraron. Pero Katy lo hizo tan mal que sus piedrecitas dieron contra la ventana del dormitorio de Mademoiselle, y ésta se despertó.

—¡Rápido! ¡Volved a la oscuridad! —susurró Janet apresuradamente—. Tonta, las has tirado a la ventana de Mademoiselle.

La gran cabeza morena de la profesora apareció en la ventana, miró a todas partes y la oyeron murmurar por lo bajo. Se apretujaron en un rincón, sin atreverse ni a respirar, temiendo que las viera. Pero estaba muy oscuro y Mademoiselle no vio nada. Extrañada y bostezando, se volvió a la cama. Las niñas se quedaron un rato quietas, después empezaron a hablar en voz baja.

—¡Esto es terrible, realmente terrible! ¿Qué vamos a hacer?

—¡Ojalá no hubiéramos ido al circo! —Estoy temblando de frío.

Entonces, Pat cogió con fuerza el brazo de Isabel y dijo: Mira, ¿no se ve a alguien en la ventana de nuestro dormitorio?

Todas levantaron la cabeza; sí, había alguien mirando desde la ventana. Pat salió de la sombra y se puso donde la iluminaba la luna. Oyó la voz de Hilary susurrando:

—Pat, ¡qué tarde habéis vuelto! ¿Dónde están las otras?

—Aquí —contestó Pat—, las escaleras no nos sirven. Deprisa, Hilary, por favor, abre la puerta trasera y déjanos entrar. Tenemos mucho frío.

Hilary desapareció. Un minuto después oyeron mover la llave en la cerradura y correr los cerrojos. La puerta se abrió. Entraron en silencio e Hilary volvió a cerrar la puerta.

Subieron la escalera como ratones y entraron descalzas en el dormitorio. Una vez allí, se sentaron en la cama de Janet y se echaron a reír nerviosamente.

Contaron a Hilary lo sucedido. Doris se despertó y se unió al grupo. Las cuatro atrevidas, una vez a salvo, se sintieron mucho mejor y se jactaron de todo lo que habían hecho.

—¿No oíste las piedras que tiramos a la ventana? —preguntó Janet—. ¡Qué contenta me puse cuando te vi asomada a la ventana!

—Las piedrecitas cayeron al suelo —explicó Hilary riéndose—. La ventana estaba abierta, la dejé así para que pudierais entrar. Cuando oí el ruido, me desperté. Al principio no podía imaginar lo que era, pero encendí la linterna y vi la grava en el suelo. Tendremos que barrerla por la mañana.

—¡Estoy tan cansada! —dijo Janet, bostezando—. El circo era maravilloso, me hubiera gustado que lo vieras, Hilary.

—A mí también, pero, por favor, ahora callad y desnudaos. No hagáis ruido o despertaréis a Mademoiselle. Recordad que su cuarto está encima de éste.

—¡Bien lo sabemos! —exclamó Pat, riéndose, al acordarse de la francesa cuando, sacó la cabeza por la ventana—. ¿Dónde está mi pijama? Vaya, ¿dónde se habrá metido?

—Tonta, ¿cómo lo vas a encontrar en mi cama? —contestó Isabel, que ya se había desnudado—. Te has confundido, tu cama es aquélla y encima de la almohada está el pijama.

—¡Ah, sí! —exclamó Pat, bostezando—. ¡Quisiera dormir vestida!

Pronto el dormitorio quedó en silencio y las niñas se durmieron. Las cuatro bribonzuelas dormían pacíficamente, pero por la mañana les estaba reservada una desagradable sorpresa.

Capítulo 14

UNA GRAN DESILUSIÓN

Al día siguiente, las cuatro estaban muertas de sueño. No lograban despertarse y, cuando sonó el timbre, ninguna de ellas se levantó de la cama.

—¡Eh, Janet, Katy! ¿No pensáis levantaros? —gritó Hilary—. Y mirad a las mellizas, las muy perezosas, ni siquiera han abierto los ojos.

—¡Cinco minutos más! —suplicó Pat medio dormida.

Los cinco minutos se convirtieron en diez y ninguna de las niñas se movía. Hilary hizo una seña a Doris y las dos se acercaron y quitaron de repente toda la ropa de las camas, tirándola al suelo.

—¡Ay! —exclamaron tiritando las niñas, pues la mañana era muy fría—. ¡Mezquinas!

—Bueno, levantaos o tendréis un disgusto —aconsejó Hilary.

Muy despacio y medio dormidas, se fueron vistiendo, sin cesar de bostezar. Se animaron un poco cuando el resto de la clase se apiñó a su alrededor, preguntando por lo sucedido la víspera. Ellas se sintieron casi unas heroínas al relatar sus agitadas aventuras.

—Esta mañana no estoy yo para lecciones —murmuró Janet—. ¡Dios mío! Tenemos clase de álgebra con la señorita Roberts, ¿verdad? Estaré más torpe aún que de costumbre, no entenderé ni una palabra. ¡Ojalá la profesora esté de buen humor!

Entraron en la clase y ocuparon sus sitios. Janet sacó el libro de álgebra y, muy deprisa, miró la lección del día. Le pareció que había olvidado todo lo aprendido. ¡Había dormido tan poco!

—¡Ya viene la señorita Roberts! —avisó Doris desde la puerta.

Todas se pusieron de pie. La señorita Roberts entró y ¡cielos!, ¿qué habría sucedido? Parecía contenta, los ojos le brillaban de tal manera que estaba bonita de veras.

—Sentaos, niñas.

Obedecieron y se preguntaron por qué estaría tan satisfecha. ¿Sería que habían hecho algún trabajo de maravilla, o algo por el estilo?

—Esta mañana estoy muy contenta por una cosa —explicó finalmente—. He sabido que no es una alumna de mi clase la que rompió el cristal.

Las jóvenes se miraron extrañadas. La señorita Roberts les dirigió una sonrisa y prosiguió:

—Fue una chica del segundo grado. Por lo visto, una pelota entró aquí, la niña se apresuró a buscarla, quiso cogerla y, al hacerlo, dio un golpe muy fuerte en la ventana y el cristal se rompió.

—Pero ¿por qué no lo dijo? ¡Vaya frescura! Por su culpa no pudimos ir al circo —exclamó Hilary indignada.

—Espera, la culpable fue Queenie Habar. Como sabéis, está ahora en la enfermería aquejada de una gripe muy fuerte. Cuando rompió el cristal, se asustó, pero pensaba decirlo al terminar las clases. Sin embargo, a media mañana se encontró mal y la tuvieron que llevar a la enfermería,

donde ha estado realmente muy enferma durante unos días. Hoy se encontraba mejor y, cuando la señorita Jenks, la profesora de su curso, la ha ido a ver...

—¿Entonces lo ha confesado? —preguntó Janet.

—La señorita Jenks le estaba contando que el segundo grado había ido al circo la noche anterior, pero que el primero no. Queenie preguntó por qué no habíais ido vosotras y, cuando se enteró de que os habían castigado por algo que no habíais hecho, se trastornó muchísimo y se puso a llorar. Naturalmente, se lo dijo a la señorita Jenks y ésta se apresuró a contármelo.

—¡Oh, qué contenta estoy de que no fuera ninguna de nuestro grado! Me horrorizaba pensar que una de nosotras fuera tan cobarde —comentó Hilary.

—Yo tampoco podía creerlo —asintió la señorita Roberts—. Me parece que os conozco a todas muy bien y, aunque a veces sois muy tontinas, muy exasperantes y, en resumen, un fastidio, nunca llegué a pensar que fuerais cobardes.

La señorita Roberts sonrió al hacer estos comentarios y todas se rieron y tranquilizaron.

—Así es que al final, ¿podremos ir al circo? —preguntó Hilary—. Aún hay función esta noche y mañana.

—Claro que sí. La directora ha dicho que podréis ir mañana. Para compensar la desilusión que no merecíais, iremos a la ciudad y, antes de ir al circo, os llevaré a tomar una espléndida merienda. ¿Qué os parece?

A todas les pareció magnífico y, con muchas exclamaciones de satisfacción, demostraron su alegría. Primero el té, un delicioso té; después el circo, a ver la última representación. Sería muy divertido. ¡Qué suerte que Queenie, a pesar de todo, lo hubiese confesado a tiempo!

Pero cuatro de las niñas estaban muy disgustadas; las mellizas, Katy y Janet. Se miraron, sintiéndose muy culpables. ¿Por qué no habrían esperado?

Después fueron a hablar con Hilary.

—¡Hilary! Ahora nos sentimos muy desgraciadas y mezquinas. ¿Crees que debemos ir mañana al circo? —preguntó Pat.

—¿Qué excusa daríais para no ir? —contestó Hilary—. Ya que me lo preguntáis, os diré que os tendríais que quedar. Os habéis divertido prescindiendo del reglamento, bueno, todo el mundo lo hace alguna vez, eso no os lo reprocho; pero no me parece bien que disfrutéis otra vez de la función, pienso lo mismo que vosotras. Lo malo es que no se lo podéis decir a la señorita Roberts, os meteríais en un lío tremendo.

—¿Y si dijéramos que no nos encontramos bien? —propuso Isabel—. Realmente hoy me siento bastante mal, anoche dormimos muy poco.

—Mañana podéis decir eso —asintió Hilary—. Pero ¡qué mala suerte! Os perderéis una magnífica merienda y todo el mundo sabe que el sábado es el mejor día para ver un espectáculo.

—¡Ojalá no hubiéramos sido tan impacientes! —suspiró Katy—. ¡Me gustaría tanto ir con vosotras!

Las cuatro estaban muy tristes y hablaron mucho sobre el asunto.

—¡Vayamos a pesar de todo! —exclamó Janet, pero enseguida cambió de parecer—. No, no podemos. Todo el rato estaría pensando que soy una mezquina y las demás pensarían lo mismo.

—Lo que más temo es que, en cuanto digamos que nos encontramos mal, la señorita Roberts nos mandará a la enfermería para que el ama nos dé uno de sus asquerosos remedios —dijo Katy que era muy cobarde para tomar medicinas.

Cuando llegó el día siguiente no necesitaron decir mentiras porque las cuatro tenían un fuerte resfriado. Lo pillaron en el jardín el jueves por la noche y no paraban de estornudar y de toser.

La señorita Roberts lo notó enseguida.

—Más vale que paséis un día en cama, puede ser un principio de gripe. Id a la enfermería y que os tomen la temperatura. ¡Qué casualidad! ¡Cuatro a la vez! ¿Dónde os habéis resfriado?

No se lo dijeron. Muy tristes y arrepentidas, fueron en busca del ama. Katy tenía algo de fiebre y, temiendo que tuvieran la gripe, el ama prudentemente las metió en cama. Les dio una dosis de uno de sus enormes frascos, las tapó bien y las dejó en la enfermería.

—¡Qué idiotas fuimos al escaparnos la otra noche! —dijo Katy entre estornudos—. ¡Con la rabia que me da estar resfriada!

—¡Y perdernos la merienda! —suspiró Pat—. Dice Hilary que la señorita llamó a la confitería para asegurarse de que tendrán esos dulces de chocolate que tanto nos gustan.

—Bueno, es inútil refunfuñar —dijo Isabel con sensatez—. Nosotras nos lo hemos buscado. Callaos, quiero leer.

A las cinco salieron todas las del primer grado, con la señorita Roberts, que las obsequió con un magnífico té. Además compró cuatro pasteles de chocolate para llevárselos a las enfermas.

—Considero que se han portado admirablemente —comentó la señorita Roberts—. ¡Ni una queja, ni una sola palabra de disgusto!

Hilary no dijo nada. La señorita Roberts se hubiera asombrado al saber el verdadero motivo de que las cuatro estuvieran en cama.

El circo estuvo como nunca. Después de la función las dejaron ir detrás de la pista para ver de cerca a los artistas. Sammy, el chimpancé, se puso muy contento al verlas y no paró de saludarlas, quitándose la gorra con mucha cortesía. Jumbo, el enorme elefante, sopló en el cuello de Hilary y le levantó los rizos como si del viento se tratara. Lotta les dejó acariciar su magnífico caballo negro. En resumen, fue una velada maravillosa y las niñas volvieron a la escuela cansadas, pero felices, y hablando alegremente.

La señorita Roberts entró de puntillas en la enfermería para ver si las cuatro jóvenes estaban despiertas. En ese momento el ama de llaves las estaba arrojando para dormir.

—No tienen nada de particular. A Katy le ha bajado la fiebre del todo. Tienen unos vulgares resfriados, pero siendo mañana domingo, es preferible que se queden en cama un día más.

—Les he traído unos pasteles de chocolate, especialidad del salón de té, que espero que no les sentarán mal, ¿verdad?

—Pueden comerlos si quieren —contestó el ama de llaves sonriente—. No les harán ningún daño.

Las cuatro se animaron en el acto y se sentaron en la cama. Pensaron que la señorita Roberts había sido muy amable al acordarse de ellas. Se comieron los pasteles mientras la maestra les contaba todo lo que habían hecho.

—¿Verdad que el chimpancé está graciosísimo cuando se desnuda y se mete en la cama? — preguntó Katy, que había olvidado que la señorita Roberts no sabía que habían ido al circo. La señorita Roberts la miró sorprendida.

—Katy vio los carteles en la ciudad —explicó Pat, atropelladamente, mientras dirigía feroces miradas a la infortunada Katy.

—Creo que ya es hora de que estas niñas se duerman —dijo el ama al regresar a la enfermería de forma providencial.

La señorita Roberts les dio de inmediato las buenas noches y salió. Las niñas se acostaron, el ama dio una vuelta por la habitación, apagó la luz y se fue.

—¡Katy, idiota! —exclamó Janet—. ¡Por poco nos descubres!

—Lo siento —suspiró Katy medio dormida—. Me olvidé por completo.

—¡Basta de charla! —dijo el ama, asomando la cabeza—. Una palabra más y os doy a todas una cucharada sopera de mi peor medicina.

Después de esa amenaza, no se oyó ni una mosca.

Capítulo 15

UN TERRIBLE ALTERCADO

Las semanas transcurrieron con rapidez. Pasó la mitad del trimestre, la madre de las mellizas fue a verlas y salieron en coche a pasar con ella todo el día fuera. Su madre estaba muy contenta al verlas alegres y con un aspecto magnífico.

—¿Qué tal lo estáis pasando? —preguntó—. Me parece que esta escuela no es tan mala como temíais.

Las mellizas se ruborizaron.

—No está del todo mal —concedió Pat.

—Está muy bien —dijo Isabel.

Su madre sonrió para sus adentros. Conocía a las mellizas y sabía que eso quería decir que les gustaba Santa Clara y que estaban muy contentas.

Cada semana había partidos de lacrosse. A veces jugaban las pequeñas y otras veces las mayores. A las mellizas llegó a interesarles de veras ese juego y disfrutaban mucho presenciando los partidos de las mayores. Encontraban a Belinda Towers maravillosa. Era veloz como el viento y les encantaba su forma de recoger la pelota.

—¿Te acuerdas de lo groseras que estuvimos con ella al principio del curso? —comentó Pat—. No entiendo cómo nos atrevimos.

—Éramos terriblemente tontas —contestó Isabel—. Me asombra que alguien nos pudiera resistir.

—Pues hay una persona a quien yo *«no puedo soportar»*. Es Sheila. No sé qué le pasa. Es tan altiva y vanidosa, siempre está hablando de su magnífica casa, de los criados que tiene, de su caballo y de los tres coches. Siempre quiere sacar a relucir su opinión, que no vale nada.

Todo el mundo encontraba a Sheila muy exasperante por su afán de deslumbrar a la gente y de hacerles creer que era maravillosa. En realidad, era una niña bastante fea y vulgar, con modales poco distinguidos y un lenguaje muy incorrecto. Sus vestidos eran buenísimos y siempre quería comprar lo mejor y más caro, pero, en cambio, nunca se cepillaba el pelo y, si podía pasar sin lavarse el cuello, lo hacía.

La que más se impacientaba era Janet. No podía sufrir la vanidad, las pretensiones y los modales afectados de Sheila. Le irritaban a más no poder. No tenía paciencia para aguantarla y, como ella lo notaba, procuraba no cruzarse en su camino.

Una tarde, antes de la merienda, las de primer grado estaban reunidas en la sala entreteniéndose. Pat puso en marcha el gramófono y tocó el mismo disco cuatro veces seguidas. Janet la miró fastidiada.

—Por Dios, Pat. ¿Quieres aprenderte ese disco de memoria? ¡Quítalo y rómpelo! ¡Si lo tengo que oír otra vez, gritaré!

—¡«Haiga» paz, niñas! —empezó a decir Sheila, con voz melindrosa.

Janet tiró el libro con rabia.

—¡Oíd a Sheila! «Haiga». ¡Santo Dios! ¿Dónde te has criado? ¿Aún no sabes que la gente decente no dice «haiga»? Te pasas el día hablando de tus criados y tus Rolls-Royce, tu caballo, tu estanque y no sé qué más, y luego hablas como la hija de un basurero.

Sheila se quedó pálida. Pat, precipitadamente, puso otro disco. Janet volvió a coger el libro, rabiosa todavía, pero bastante avergonzada. La cosa hubiera acabado ahí si Sheila no hubiera dicho nada más, pero después de un rato, levantó la voz dirigiéndose a Janet.

—Estoy segura de que si mis padres hubieran sabido que tendría que tratar con niñas como tú, Janet, nunca me hubieran mandado a Santa Clara. No tienes educación, no tienes...

—¡Educación! ¿Te atreves a hablar de educación? —gritó Janet, furiosa, tirando otra vez el libro—. ¡Dios mío! Me gustaría saber en qué consiste tu educación. Cuando te sepas lavar el cuello y peinar el pelo y comer decentemente, podrás hablar de los demás. ¡Y aún pretendes ser demasiado superior para tratar con nosotras! ¡Vaya!

Janet salió de la sala a la carrera. Sheila, muy pálida, no se movió. Las mellizas la miraron y Pat puso otro disco con el volumen al máximo. ¡Qué terrible pelea!

Pasados unos momentos, Sheila se marchó. Pat paró el gramófono y le dijo a Isabel:

—¡Qué descompuesta está! Quisiera que Janet no le hubiera dicho esas cosas. Es verdad que es lo que todas pensamos y tal vez lo hemos comentado entre nosotras a modo de broma, pero es terrible decírselo así, tan bruscamente.

—En parte, tiene la culpa ella misma —declaró Hilary—. Si Sheila no presumiera tanto y no quisiera convencernos de que es maravillosa, no nos fijaríamos en las cosas que hace y dice. Quiero decir que si alguien alardea de tener cinco cuartos de baño, uno rosa, otro azul, uno verde, uno amarillo y otro malva y después resulta que no se lava el cuello, se nota mucho más.

—Sí, lo de sus cuartos de baño es verdaderamente cómico. De todas maneras, resulta absurda —repuso Isabel—. Es la única de nuestras compañeras a la que no consigo entender. No sé si es generosa o tacaña, buena o mala, sincera o mentirosa, alegre o seria, porque siempre está fingiendo, dándose importancia, alardeando y pretendiendo ser lo que no es. A lo mejor es simpatiquísima y no lo sabemos.

—No lo sabemos —contestó Hilary, harta de Sheila y sus tonterías—. Me parece que está chiflada.

Sheila no acudió a merendar, pero nadie la echó de menos; mas cuando la señorita Roberts advirtió su ausencia en la clase de la tarde, envió a Pat a buscarla. Pat la buscó por todas partes y por fin la encontró en una de las salitas de música, fría y solitaria.

—¡Sheila!, ¿qué haces?, ¿olvidas que tenemos clase?

Sheila permaneció quieta y sin decir nada, Pat, la miró de cerca y supuso que estaba enferma.

—¿No te encuentras bien? ¿Quieres que te acompañe a la enfermería? ¿Qué te pasa, chica?

—Nada —contestó Sheila.

—Pues entonces, ¿por qué estás aquí, sola y pasando frío? No seas tonta. Si no tienes nada ven a clase, la señorita Roberts se debe de estar poniendo furiosa contigo.

—No quiero ir, no puedo presentarme delante de vosotras después de lo que ha dicho Janet.

—¡Vaya! ¡Mira que hacer caso de lo que dice Janet! Ya sabes que pierde los estribos con facilidad, se impacienta con todas nosotras y dice cosas que no piensa —exclamó Pat angustiada—. ¡Estoy segura de que ya no se acuerda de nada! ¡Anda, vamos!

—No, no dice cosas que no piensa, eso es lo malo —continuó Sheila, con la misma voz extraña—. Sabía muy bien lo que decía. ¡Oh, la odio!

—¡No es posible odiar a Janet! —replicó Pat—. Tiene un genio muy vivo e impaciente, pero es buena e incapaz de hacer daño adrede. Mira, creo que no estás bien, ven conmigo a la enfermería, tal vez tienes fiebre, vamos a verlo.

—¡Déjame en paz! —contestó Sheila con obstinación.

Pat, sin saber ya qué decir, se marchó muy preocupada. ¡Qué lástima que Janet se hubiera acalorado de esa manera y le hubiera dicho esas cosas tan terribles! Pat se imaginaba cuál sería su estado de ánimo si alguien se hubiera burlado de ella con tanta crueldad, delante de todas. No sabía qué hacer. ¿Qué le diría a la señorita Roberts?

Al volver a la clase, pasó por delante del estudio de Winifred y, como la puerta estaba entreabierta, la vio inclinada sobre un libro. Se detuvo un momento, vacilando, porque se le ocurrió algo.

No podía hablar con la señorita Roberts del terrible altercado. Pero ¿y si se lo dijera a Winifred? Algo se tenía que hacer por la pobre Sheila y a ella no se le ocurría nada.

Llamó a la puerta de Winifred.

—¡Adelante! —contestó, luego levantó la vista y miró a Pat, con severidad—. ¡Hola! ¿Qué pasa? ¿No tendrías que estar en clase?

—Sí, pero la señorita Roberts me mandó a buscar a una niña y ella me preocupa mucho, pero no puedo decírselo a la señorita. ¿Me permites contártelo a ti?

—Naturalmente —contestó Winifred—, siempre que no sean murmuraciones, Pat.

—Claro que no. Pero de pronto me he acordado de que tú y ella sois del mismo lugar y he pensado que, a lo mejor, podrías ayudarme a entenderla.

—Esto es muy misterioso, ¿de qué se trata? —preguntó Winifred.

Entonces Pat le contó todo lo que había pasado.

—Sheila está ahora muy rara y parece muy enferma —continuó—. Temo que sea algo peor que una vulgar y tonta discusión.

—Me alegro de que hayas venido a decírmelo —dijo Winifred, después de escuchar en silencio—. Precisamente soy la única persona que tal vez pueda ayudarla, porque conozco la historia de Sheila. Eres muy sensata, Pat, así es que te pondré al corriente. Y entre las dos, es posible que logremos hacer algo por Sheila.

—¡Ojalá lo consigamos! No me cae simpática, lo confieso, ni siquiera la conozco bien, porque está siempre agazapada detrás de su vanidad y su jactancia, ¿entiendes lo que quiero decir? Pero ahora es muy desgraciada y me da pena verla así.

—Verás, los padres de Sheila eran muy pobres —dijo Winifred—. Su madre era la hija de nuestro jardinero y su padre tenía una especie de almacén en el pueblo. No sé cómo, hizo

muchísimo dinero: En realidad, una enorme fortuna, y accedieron a una posición social mejor. Ahora tienen una casa maravillosa, casi un palacio, muchos criados y coches. Mandaron a Sheila a los mejores colegios para hacer de ella una señorita.

—¡Ah! —exclamó Pat, al comprender muchas cosas.

Por eso la pobre Sheila está siempre alardeando de todo y es altiva y arrogante, porque teme que no queramos ser amigas suyas. Tiene miedo de que nos burlemos de ella.

—Sí, su estúpida altivez es como una pantalla de humo con la que trata de ocultar la sencilla, vulgar y tímida persona que es en realidad. Y ahora entenderás lo que ha pasado. Janet ha disipado la nube de humo y ha puesto en evidencia precisamente lo que Sheila ha intentado ocultar: Los modales y la manera de hablar que aprendió en su infancia.

—Pero ¡qué tonta ha sido Sheila fingiendo de esa manera! —exclamó Pat—. Si nos hubiera dicho sencillamente que su familia había ganado mucho dinero y que estaba muy contenta de venir a Santa Clara o cosas por el estilo, la hubiéramos comprendido y nos sería simpática. ¡Pero todas esas pretensiones y fanfarronadas! No sabes, Winifred, lo insufrible que es.

—Cuando alguien nota que no es tan inteligente, tan buena o tan bien nacida como otros, a menudo se comporta de esa manera para esconder su complejo de inferioridad —contestó Winifred—. Ten lástima de esas personas y trata siempre de ayudarlas.

—Bueno, ¿y cómo puedo ayudar a Sheila? —preguntó Pat—. Realmente no veo la manera.

—Yo iré a hablar con ella —dijo Winifred mientras se levantaba—. Todo lo que te pido es que tanto tú como Isabel, seáis muy cariñosas con ella durante una semana o dos y no os riáis, ni hagáis nada que pueda ofenderla. Ahora que Janet ha derribado la pared que Sheila había levantado a su alrededor y puesto al descubierto la pobre criatura que se escondía detrás, necesitará un poco de amistad y comprensión. Si tiene algo de sentido común, después de este altercado, dejará su aire afectado y veréis cómo es ella realmente. Pero le daréis una oportunidad, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —contestó Pat—. Muchísimas gracias, Winifred. Ahora volveré a clase.

Las gemelas nunca supieron lo que le dijo a Sheila. Winifred era mucho más juiciosa que las de su edad y supo tratar a la angustiada niña con comprensión y suavidad. Sheila apareció aquella noche en la sala, pálida, nerviosa y sin atreverse a mirar a nadie. Pero Pat acudió enseguida en su auxilio.

—¡Sheila! ¡Eres la persona que necesito! ¡Por favor, dime dónde me he equivocado en este jersey que estoy tejiendo! ¡Tú eres la única capaz de seguir el modelo; en cambio, yo me he liado por completo! Mira, ¿me he confundido aquí... o aquí?

Sheila, muy satisfecha, fue enseguida al lado de Pat y le ayudó a arreglar el punto equivocado. Cuando acabó, Isabel la llamó:

—Sheila, ¿quieres dejarme tu caja de pinturas? No sé dónde he metido la mía.

—Naturalmente —contestó Sheila, y fue a buscar sus pinturas.

—¿A qué viene esta repentina amistad hacia nuestra altiva Sheila? —preguntó Janet.

—Para compensar un poco las crueles cosas que le dijiste, Janet, y darle una oportunidad. La has herido en sus puntos más sensibles y la has desarmado.

—Le convenía mucho —replicó Janet con bastante aspereza.

—Bueno, pues ahora que lo has hecho, ayúdala a corregirse. No seas mezquina, Janet.

—No lo soy. Aunque no te lo parezca, siento mucho lo que le dije. Haré lo que pueda... pero no le diré que lo siento, me pondría furiosa otra vez. Pero no me importa «demostrarle» que estoy apesadumbrada.

—Mejor todavía —repuso Isabel—. Mira, ahí viene.

Sheila entró con las pinturas.

—Gracias —dijo Isabel—. ¡Qué caja tan preciosa!

Antes, Sheila habría dicho enseguida lo que costaba y hubiera alardeado de ello, pero en esta ocasión no dijo nada. Janet la miró y vio que aún estaba muy pálida. Aunque tenía mal genio y la lengua afilada y sarcástica, su corazón era bueno y generoso. Cogió la caja de bombones de su estante y ofreció a todas. Sheila creyó que a ella no le ofrecería y miró hacia otro lado.

—¿Quieres bombones, Sheila? —preguntó Janet con su voz clara y simpática.

Sheila miró a Janet y vaciló, pues aún estaba ofendida y enfadada con ella. Pero los oscuros ojos de Janet eran amables y cariñosos, y Sheila comprendió que deseaba hacer las paces. Dominó sus sentimientos y alargó la mano para coger un bombón.

—Gracias, Janet —dijo con voz algo temblorosa.

Después, todas se enfrascaron en una discusión sobre la comedia que iban a preparar para Navidad y, muy interesada, Sheila olvidó la pelea, saboreó el bombón y se tranquilizó.

Aquella noche, cuando se fue a la cama, meditó muy seriamente. No tendría que haber sido tan jactanciosa y presumida; pero sólo lo había hecho porque sabía que no valía tanto como las demás y quería disimularlo. Siempre habían visto sus puntos flacos y debían reírse de sus fanfarronadas. Bueno, si eran amables y no se burlaban de ella, trataría de olvidarlo. No era muy valiente, pero aún era lo bastante sensata para comprender que el dinero, los criados y los coches, no tienen ningún valor. Lo que importa es el mérito personal.

«Y ahora haré lo que me aconsejó Winifred: Demostrar a las otras niñas lo que soy en realidad —pensó la pobre Sheila, dando vueltas en la cama—. No valgo mucho realmente, pero siempre valdré más que siendo tan presuntuosa como hasta ahora».

Aquello acabó con los altivos e insufribles modales de Sheila. Las demás niñas, siguiendo el ejemplo de Janet y las mellizas, fueron amables con ella y le dieron la oportunidad de mejorar. Sheila la aprovechó. Aunque, como temían, al principio no fue una gran mejora, la Sheila callada e insignificante resultaba mucho más agradable que la de antes. A medida que pasaba el tiempo, se convirtió en alguien que, como dijo Pat, valía la pena tener por amiga.

—A partir de ahora tendré paciencia con las demás y trataré de ayudarlas —le estaba diciendo Pat a Isabel—. Mira a Katy, ¡es fantástica! Y Sheila, ¡es tan distinta de lo que era!

—Bueno —exclamó Janet al oírla—, sólo faltaría que no lo hicieras. No tuvimos poca paciencia con vosotras. ¡Dios mío! Cuando vinisteis erais completamente intratables. Ahora no estáis mal, casi diría que sois pasables.

Pat e Isabel cogieron las almohadas y se abalanzaron sobre la descarada Janet, quien, con gritos y chillidos, trató de escaparse, pero la aporrearon sin compasión.

—Contigo no tendremos paciencia. ¡Mala! ¡No mereces nada bueno! ¡No me pellizques, traidora!

—¡Pues quítate de encima! —rogó Janet, jadeante—. ¡Espera hasta que coja yo una almohada!

Pero no esperaron y se largaron. Salieron corriendo hacia el gimnasio, Janet las persiguió y chocó con media docena de niñas por el camino.

—¡Estas niñas del primer grado! —exclamó Tessie hastiada—. Sinceramente, se portan de tal manera que el lugar más apropiado para ellas es un jardín de infancia.

Capítulo 16

SHEILA CUMPLE SU COMETIDO

Sólo faltaban cuatro semanas para acabar el trimestre. Las jóvenes estaban atareadas con la preparación de canciones y comedias para el fin de trimestre. Las de primero iban a representar una obra histórica, dirigida por la señorita Kennedy, y lo estaban pasando muy bien.

La señorita Kennedy había escrito la comedia y sus alumnas la ayudaban cuanto podían. La señorita Ros, la profesora de labor, les hacía los vestidos. Era divertidísimo.

—¿Sabes que la señorita Kennedy es muy buena persona? —comentó Pat, que estaba estudiando afanosamente su papel—. Es extraño, pero ahora ya no se me ocurre hacer tonterías en su clase. Supongo que es porque estamos tan interesadas en la comedia.

—Pues yo desearía que no me interesara nuestra comedia en francés —gimió Doris, cuyo acento era la desesperación de Mademoiselle—. Sencillamente, no puedo hacer gárgaras con la «r» como hacéis vosotras, ¡rrrr!

Todas se rieron de los cómicos esfuerzos de Doris para pronunciar la «r» a la francesa. Doris no tenía oído ni para la música ni para los idiomas, lo que desesperaba tanto a la profesora de música como a la de francés.

En cambio, era una maravillosa bailarina, y su sentido del humor provocaba la risa de sus compañeras cien veces al día.

Los preparativos para la fiesta de Navidad resultaban muy divertidos. Cada curso preparaba algo y se disputaban el gimnasio para los ensayos. La profesora de educación física se quejaba porque en esos días su gimnasio se empleaba para todo, menos para hacer gimnasia.

Naturalmente, las clases seguían como de costumbre y la señorita Roberts no permitía que los preparativos de la fiesta retrasasen el trabajo de las alumnas.

Se enfadó mucho con Pat cuando descubrió que, disimuladamente, estaba aprendiendo su parte en la comedia en vez de estudiar unas reglas de gramática que tenían de lección.

Pat había copiado su parte y la había puesto en el libro de gramática. Su papel en la comedia era largo y estaba empeñada en sabérselo a la perfección para el ensayo de aquella tarde.

—Pat, me parece que tienes abierta la gramática en una página que no es la que corresponde —dijo de repente la señorita Roberts—. Tráemela.

Pat se sofocó. Se levantó con el libro y, a propósito, lo dejó caer al suelo para cerrarlo. Entonces lo recogió, pensando que la señorita no vería el papel que estaba entre las páginas. Pero la maestra, como es lógico, lo vio enseguida. ¡Sus penetrantes ojos lo veían siempre todo!

—Me lo figuraba —dijo secamente, sacando el papel del libro—. ¿Cuándo es el ensayo?

—Esta tarde, señorita —contestó Pat.

—Bien, en vez de ir al ensayo, estudiarás la gramática. Me parece muy justo y creo que a ti también te lo parecerá. Si aprendes tu parte de la comedia en la clase de gramática, es natural que

aprendas la gramática a la hora del ensayo.

Pat la miró desconsolada.

—Señorita Roberts, por favor, no me haga perder el ensayo. Tengo un papel importante en la comedia, ¿sabe usted?

—Sí, y el año próximo también tenéis exámenes muy importantes. Bueno, Pat, te propongo una cosa. ¡Basta de tonterías! Apréndete estas reglas ahora y, si las sabes al final de la mañana, te dejaré ir. ¡Vuelve a tu sitio!

Pat fue al ensayo. No se podía hacer trampas en la clase de la señorita Roberts y tuvo que seguir estudiando durante el recreo para aprender perfectamente la lección cuando se la preguntara la señorita.

Esta era muy querida por todas. Aunque fuera exigente y a veces muy severa y sarcástica, siempre era justa y nunca se volvía atrás en lo que decía o prometía. Mademoiselle no era siempre justa, pero tenía tan buen corazón que a casi nadie le era antipática.

Entre estudiar para los exámenes trimestrales y la representación, las niñas tenían poco tiempo libre, pero gozaban de cada minuto. Doris bailarían una danza creada por ella misma. Vera tocaría el piano, cosa que hacía maravillosamente. Cinco de las niñas trabajaban en una comedia francesa y las demás en la obra histórica. Todas hacían algo. Todas excepto una de ellas. Sheila no hacía nada. Sucedió así por casualidad. Al principio, Mademoiselle dijo que haría de Monsieur Toe-toe en su comedia, por lo que la señorita Kennedy ya no le dio papel en la suya. Después, Mademoiselle cambió de idea y puso a Joan en lugar de Sheila. Así fue cómo ésta se quedó sin papel y, como no tocaba el piano ni el violín, ni sabía recitar ni bailar, se sentía muy desairada.

No dijo nada. Al principio, no se dio cuenta de que no tenía ningún papel, ya que todo sucedió casualmente. Después, Isabel notó que Sheila parecía mustia y le preguntó el motivo.

—¿Qué te pasa? ¿Has tenido malas noticias de los tuyos?

—¡Oh, no! —contestó Sheila—. No me pasa nada.

Isabel no preguntó nada más, pero observó a Sheila durante unos días y pronto vio que no tenía ningún papel en la comedia, ni hacía nada ella sola.

—¡Oye! Me parece que estás muy disgustada porque no haces nada en la fiesta —le dijo Isabel—. Creía que tenías un papel en la comedia francesa.

—Lo tenía —contestó Sheila molesta—, pero Mademoiselle cambió de parecer y escogió a otra. No hago nada y todas lo notarán, Isabel. ¡Me da mucha rabia que me dejen de lado!

—¡Tonta! No lo han hecho intencionadamente —dijo Isabel, riéndose.

—Lo siento como si lo hubieran hecho a propósito. Ya sé que no sirvo para gran cosa, pero aún me siento peor si ni siquiera me dan la ocasión de hacer algo.

—¡Anda, no seas idiota!

Sheila no quería ceder. Como la mayoría de las personas débiles, era testaruda.

—¡Estoy harta! —exclamó—. No iré a los ensayos ni a nada. Me quedaré sola.

—Bueno, por lo menos podrías interesarte en lo que hace la clase, aunque tú no hagas nada —gritó Isabel indignada—. Eso es mezquino y estúpido.

—Pues seré mezquina y estúpida —repuso Sheila a punto de llorar.

Isabel se lo contó a Pat.

—¡Vaya, ahora que empezábamos a conseguir que Sheila tuviera un poco de sentido común! No nos preocupemos más. Si le gusta pensar que se prescinde de ella, sin ser cierto, ¡qué se fastidie!

Janet se acercó y oyó lo que estaban diciendo. Se había portado muy bien con Sheila durante las últimas semanas, porque se sentía culpable por su arrebató de cólera. Se quedó pensativa y después exclamó:

—No, no estropeemos la buena obra que intentábamos hacer. Pensemos algo. Una vez prescindieron de mí en un partido que tenía muchos deseos de jugar y, aunque no soy tan tonta como Sheila, estaba muy disgustada. Recuerdo que me parecía que toda la escuela hablaba de mí, preguntándose por qué me habrían descartado.

Las mellizas se echaron a reír. Janet era tan sensata y alegre que no se la podían imaginar preocupada por semejante cosa.

—Podéis reiros —dijo Janet—. Vosotras sois dos y siempre os tenéis una a otra para consolaros o reiros de algo, pero cuando se está sola y se tiene un carácter como el de Sheila, es muy diferente. Las pequeñas cosas parecen enormes.

—De repente, te pones de parte de Sheila —dijo Pat sorprendida.

—No, no es verdad. Todo lo que digo es que no estropeemos lo que nos habíamos propuesto hacer —repuso Janet impaciente.

—Bueno, pues piensa tú algo —dijo Isabel—. Yo no puedo.

Las mellizas se marcharon y Janet se sentó y se puso a pensar. Era impaciente e impulsiva, pero cuando se decidía a hacer una cosa, no cedía con facilidad. Sheila la necesitaba otra vez y Janet la ayudaría.

«Ya lo sé —pensó—. La haremos apuntadora. En los ensayos necesitamos a alguien que esté con el libro para apuntar a quien lo necesite. Yo me olvido muchas frases de mi papel. Voy a preguntarle a Sheila si quiere ser la apuntadora en los ensayos y el día de la función».

Fue en busca de Sheila. Le costó encontrarla, pero al fin dio con ella en la sala de dibujo. Estaba sola, arreglando los armarios.

—Oye, Sheila, ¿quieres ayudarnos? ¿Quieres ser la apuntadora? Nos enredamos apuntándonos unas a otras y sería una gran ayuda si alguien estuviera con el libro, siguiendo el texto y corrigiéndonos si nos equivocamos.

—Yo no serviría para eso —contestó Sheila con bastante mal humor.

—Claro que servirías, tonta. ¡Nos ayudarías mucho, Sheila! Por favor, hazlo. Probablemente alguna se pondrá nerviosa el día de la fiesta y sería muy tranquilizador saber que estás ahí, con el libro a punto, dispuesta a recordarnos las palabras.

—Bueno —concedió Sheila poco amablemente.

Le parecía que si no tomaba parte en la función, tampoco tenía que ayudar. Pero comprendió que eso era muy mezquino, y Sheila quería hacer lo posible para no serlo.

Así se convirtió en apuntadora y permaneció, durante los ensayos, con el libro en la mano. Pronto empezó a divertirse y le gustó la comedia. No hacía más que estar de pie o sentada,

ayudando a las que se olvidaban de algo, mientras todas se divertían actuando. Pero no se quejaba y las mellizas reconocieron que se portaba muy bien.

—¡Qué buena idea ha tenido Janet! —exclamó Pat.

—Sí, creía que Sheila no querría hacerlo —comentó Isabel—. No sé si yo, en su lugar, me hubiera negado.

—Yo no te habría dejado —le replicó Pat.

Dos semanas antes de finalizar el trimestre ocurrió un accidente. Vera, una niña muy tranquila del primer grado, se cayó en el gimnasio y se rompió un brazo. La tuvieron que llevar a la clínica para hacerle una radiografía y se lo enyesaron. Sus padres decidieron que, como ya se acababa el trimestre, lo mejor era llevársela a casa en vez de dejarla en la escuela dos semanas más.

—Como es el brazo derecho y no podrá escribir —dijo su madre a la señorita Theobald—, lo mejor para ella será estar en casa descansando tranquilamente.

La pobre Vera se despidió de todas, prometiendo volver después de las vacaciones con el brazo arreglado. Y entonces hubo una gran consternación, porque Vera tenía un importante papel en la comedia.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó Pat desolada—. Nadie se aprenderá el papel de Vera en tan poco tiempo, es muy largo.

—¡Hay alguien que se lo debe saber ya a la perfección! ¡Sheila, tú te lo sabes! Nos has estado apuntando en todos los ensayos, eres la única que ha seguido la comedia en el libro, palabra por palabra. ¿Quieres hacer el papel de la pobre Vera?

Sheila se puso roja de alegría. Todas la miraban expectantes.

—¿Verdad que lo harás? —exclamó Pat—. Lo puedes hacer tan bien como Vera.

—Me gustaría muchísimo —contestó Sheila—. Estoy segura de que podré hacerlo, me sé todas las frases del diálogo. Ahora me sé todos los papeles, pero me entusiasmaría hacer el de Vera, pues es el que más me gusta.

—Bueno, ya está decidido. Tendremos que buscar otra apuntadora.

En el siguiente ensayo, Sheila ya no hizo de apuntadora, sino que tuvo uno de los más importantes papeles. Sabía las frases a la perfección y, como había visto a Vera haciendo su papel, actuó admirablemente.

Sus compañeras estaban muy contentas. Sabían que Sheila se había ofendido porque, sin mala intención, no tenía ningún papel y encontraron que se portaba muy bien aceptando el aburrido oficio de apuntadora. Ahora que recibía una recompensa tan inesperada, todas estaban encantadas.

Pero nadie estaba tan contento como la propia Sheila. Estaba realmente entusiasmada con su buena suerte. Iba por todas partes con el rostro sonriente y tan animada y alegre que apenas podían creer que fuera la misma Sheila.

No se olvidó de escribir a Vera diciéndole lo mucho que sentía su accidente. Se acordó de la desilusión de la otra en medio de su propia alegría. Sí, Sheila estaba en el buen camino para ser «alguien».

Capítulo 17

KATY TIENE UN SECRETO

Una tarde, cuando Pat, Isabel y Katy volvían de la ciudad paseando por el campo, oyeron un gruñido que parecía salir del seto.

—¡Es un perro! —dijo Katy enseguida y corrió hacia él.

Las otras dos la siguieron y vieron en la zanja un pequeño fox-terrier de pelo duro con sangre en el pecho y las patas.

—¡Lo han herido! —gritó Katy indignada—. ¡Mira los perdigones en sus pobres patitas! Debe haber sido aquel odioso granjero que vive en la colina. Siempre está diciendo que matará al primer perro que pase por sus tierras.

—Pero ¿por qué? —preguntó Pat sorprendida—. Los perros siempre andan por el campo.

—Sí, pero aquí hay ovejas y pronto nacerán corderitos. Los perros las persiguen y las asustan.

—Bueno, pero este perro está herido. ¿Qué vamos a hacer con él?

—Lo voy a llevar a la escuela y lo cuidaré —decidió Katy. Le gustaban con delirio los animales.

Las mellizas la miraron asombradas.

—No lo puedes tener allí. Y además hay que avisar a la policía. Probablemente su dueño lo estará buscando.

—Bueno, telefonaré y preguntaré si alguien lo ha reclamado. Pero si crees que voy a dejar a un pobre animalito desangrándose solo en el campo, ¡estás muy equivocada!

—¡Bien, bien! —repuso Isabel—. Pero ¿cómo lo vas a llevar a casa? Te mancharás de sangre.

—¡Cómo si eso me importara! —Katy cogió al perro con suavidad. Éste gimió otra vez, pero se acurrucó en los brazos de la niña, consciente de que eran solícitos y cariñosos.

Volvieron a la escuela con el perro. Iban discutiendo dónde podrían tenerlo. Estaba prohibido tener perros y, si lo descubrían, lo echarían en el acto. Pero Katy estaba decidida a cuidarlo hasta que estuviera mejor.

—Podríamos ponerlo en el cobertizo de las bicicletas —propuso Pat.

—¡Oh, no! Tendría demasiado frío —exclamó Katy.

Se habían detenido detrás de los arbustos del jardín con el perro en brazos, estudiando la manera de entrar en la escuela sin ser vistas.

—Esperad un momento: Pensemos.

Pensaron y pensaron hasta que Pat exclamó:

—¡Ya lo sé! ¿Qué os parece aquel cuartito de las maletas que está cerca del depósito del agua caliente, arriba en el desván? Allí estaría caliente y lejos de todo el mundo. Nunca sube nadie.

—Y nosotras aún menos —contestó Isabel—. ¡Siempre tenemos que hacer cosas que no están permitidas!

—Bueno, esto es para salvar al perro. Yo estoy dispuesta a todo por él. ¡Pobrecito! No llores, te prometo que pronto estarás bien.

Janet salía y, al dar vuelta a la esquina, vio a las tres niñas, paradas detrás de los arbustos.

—¡Hola! ¿Qué te ocurre? ¿Qué llevas ahí? ¡Un perro! ¿Qué le pasa?

—Está herido —contestó Katy—. Lo pondremos en el cuarto del desván hasta que se cure. ¿Vas a la ciudad, Janet? Pues hazme un favor: Ve a la comisaría y pregunta si alguien ha perdido un perro. Si es así, pide el nombre y la dirección, y yo les diré que lo tengo aquí sano y salvo.

—Muy bien —asintió Janet—, pero ten cuidado de que no haga ruido o te meterás en un lío. ¡Estás completamente loca por los bichos, Katy! ¡Adiós!

Janet corrió a buscar la bicicleta. Katy se dirigió a las mellizas.

—Vosotras id a ver si está libre el camino. Y pensemos con qué le haremos una cama.

—En el cobertizo del jardinero hay una caja vieja de madera —dijo Isabel con afán—. Iría estupendamente, voy a buscarla.

Pat fue a ver si Katy podía entrar sin peligro. Silbó una cancioncilla y Katy entró corriendo con el perro. Las dos subieron por la escalera sin encontrar a nadie, pero en la esquina del corredor oyeron pasos que se acercaban y la voz de Mademoiselle, que hablaba con la señorita Jenks.

—¡Qué lata! —gruñó Katy y quiso volver a bajar, pero alguien subía. Pat abrió la puerta de un armario grande donde guardaban las escobas y empujó allí dentro a Katy y al perro. Cerró la puerta y se agachó, como si se estuviera atando el zapato. En el preciso momento en que las profesoras pasaban por su lado, el perro gimió dentro del armario. Mademoiselle se volvió a mirarla, muy sorprendida.

—¡Tiens! ¿Por qué gimes como un perro? —preguntó a Pat, y siguió su camino, mientras pensaba que las niñas eran, verdaderamente, unas criaturas muy raras. Pat se rió y abrió la puerta cuando ya estuvieron lejos.

—¿Oíste lo que dijo Mademoiselle? Vamos, ahora está el paso libre y podremos llegar seguras al desván en un instante.

Subieron a la planta más alta de la escuela. El desván estaba debajo del tejado y los cuartos de las maletas tenían una forma especial: Eran pequeños, con el techo inclinado y era casi imposible permanecer de pie. Allí guardaban los baúles y las maletas de las niñas, y entraban solamente dos veces durante el trimestre: Al guardarlas y al ir a buscarlas para hacer el equipaje.

Al cabo de un momento, Isabel subió con el cajón y una alfombra vieja que encontró en el gimnasio. Las niñas escogieron el cuartito más caliente, pusieron el cajón en un rincón y metieron dentro la alfombra doblada.

Resultó una cama muy cómoda.

Entonces Katy se puso a lavar las heridas del perro. Tardó bastante, y el perro permaneció echado pacientemente hasta que terminó, lamiendo las cariñosas manos de Katy mientras ésta lo curaba.

—¡Qué bien sabes tratar a los animales! —exclamó Pat, observándola—. ¡Y cómo te lo agradece!

—Cuando sea mayor, seré veterinaria —dijo Katy—. Bueno, se acabó, cariño mío. Estáte

quietecito y, si puede ser, no sigas lamiendo la pomada. Pronto estarás bien. Luego te traeré un poco de agua y de comida.

Sonó el timbre y las tres niñas bajaron corriendo, después de cerrar la puerta con cuidado. Al entrar en la clase, encontraron a Janet.

—Pregunté en la comisaría y nadie ha denunciado la pérdida —susurró Janet—. Tuve que explicar cómo es el perro y dar tu nombre y dirección.

—Dios mío, ¡qué tonta eres! —replicó Katy, yendo a su sitio—. ¿Qué dirá la señorita Theobald si la policía telefonea preguntando por mí?

—Pues tuve que decirlo, no se puede ocultar nada a la policía, ¿verdad? Pero no te preocupes, creo que nadie reclamará al perro.

Pero Katy se quedó muy preocupada. Al oír sonar el teléfono, creyó que era la policía que llamaba a la directora. Todas respiraron más tranquilas al enterarse de que era un recado para la señorita Roberts.

Llevaron agua y comida para el perro. Estaba muy quieto en su cajón y Katy dijo muy apurada: —Tendríamos que sacarlo a dar un paseo antes de irnos a la cama. ¿Cómo lo haremos?

—Lo podemos envolver en un montón de vestidos de los que usamos en la comedia —propuso Pat—. Si encontramos a alguien creerá que los llevamos para el ensayo. ¡Voy a buscarlos!

Cinco minutos antes de acostarse, las niñas se deslizaron escaleras arriba con un lío de vestidos. Envolvieron cuidadosamente al sorprendido perro, dejándole sólo la nariz fuera para que pudiera respirar.

Entonces Katy lo cogió y le habló bajito para que no se moviera. Pero el perro no quería estar quieto y pugnaba por soltarse. Por suerte, sólo encontraron al ama de llaves que tenía mucha prisa y, aunque pasó muy cerca de ellas, apenas las miró.

—¡Si no os dais prisa, no llegaréis a tiempo al dormitorio! —gritó.

Las niñas se rieron y salieron por una puertecita que apenas se utilizaba. Soltaron al perro en un patio pequeño donde el jardinero cortaba leña y, aunque cojeaba un poco, el animal saltó alegremente. Después lo envolvieron de nuevo y entraron.

Esta vez no tuvieron tanta suerte. Encontraron a Belinda Towers. Se detuvo furiosa para mirarlas.

—¿No sabéis que ya ha sonado el timbre? ¿Qué estáis haciendo correteando por ahí? ¿Y qué hay en esos vestidos?

El perro luchaba por salir del fardo y, de repente, sacó la cabeza.

—¡Oh! ¡Con el apuro que pasamos para que no lo vieran! —exclamó Katy casi llorando—. Belinda, lo han herido, está...

—No me digáis nada y yo no sabré nada —dijo Belinda, que también quería mucho a los animales—. Guardad esos vestidos y entrad en el dormitorio rápidamente.

—¡Qué buena es Belinda! —comentó Pat, cuando subían la escalera del desván—. ¡Es estupenda! Hizo como si no viera al perro. ¡Date prisa, Katy! ¡Si tardamos más, tendremos jaleo!

Arrojaron al perrito en su cajón y el animal les lamió las manos y soltó un ladrido ahogado.

—¡Qué listo es! —exclamó Katy, encantada—. ¡Hasta sabe que tiene que susurrar los

ladridos!

—Pues ha sido un susurro bastante ruidoso. ¡Vamos! Bajemos y Dios quiera que Hilary no haya dicho nada. De todas maneras, es la primera vez que llegamos tarde.

—¡Confío en que el perro no ladre esta noche y despierte a toda la escuela!

—¡Seguro que no lo hará! —dijo Katy, mientras cerraba la puerta con cuidado—. Dormirá toda la noche y, por la mañana muy temprano, lo sacaré a dar otro paseo.

Bajaron a la carrera al dormitorio y encontraron a Hilary, que las esperaba furiosa.

—¿Dónde habéis estado? —preguntó—. Ya sabéis que soy la encargada del dormitorio y que tenéis que estar aquí a las nueve en punto. Os habéis portado muy mal.

—Estábamos acostando un perro en su cama —cuchicheó Katy.

Hilary la miró muy sorprendida.

—¿Qué has dicho? ¿Acostando «*el qué*» en su cama?

—¿Se lo cuento a todas? —preguntó Katy a las mellizas.

Estas asintieron. Era delicioso tener un secreto, pero aún era más divertido sorprender a todo el mundo diciéndolo.

Así, Katy relató la historia del perro herido y todas escucharon asombradas.

—¡Imagínate! ¡Llevar un perro al cuarto de las maletas! —exclamó Doris—. ¡Nunca me atrevería a hacerlo! Si el ama de llaves entrara allí, lo vería enseguida.

Capítulo 18

¡SE DESCUBRE EL SECRETO!

El perro no hizo ruido en toda la noche. Katy consiguió despertarse muy temprano y subió silenciosamente la escalera para sacarlo del cuarto y llevarlo a dar un paseo por el patio. Pero el animalito se opuso a dejarse envolver y Katy le tuvo que atar al cuello un trozo de cuerda para hacerle bajar la escalera. Hizo bastante ruido con sus patitas, pero nadie salió a ver qué pasaba.

Era asombroso lo bien que habían cicatrizado sus heridas durante la noche, y Katy se alegró mucho. En el patio, el perro jugueteó a su alrededor, saltando para lamerle las manos. La niña pensó que era un perrito encantador y deseó, contra toda esperanza, que nadie lo reclamara. ¡Si pudiera esconderlo hasta el final de trimestre! Entonces lo llevaría a casa. ¡Sería maravilloso!

Lo volvió a llevar al cuarto de las maletas. Esta vez no quería quedarse solo y, después de encerrarlo, al llegar al dormitorio, aún le pareció que le oía aullar y arañar la puerta.

La clase estaba justo debajo de los cuartos de las maletas, pero la zona en que estaba instalado el perro quedaba un poco a la derecha. Katy escuchaba con ansiedad, temerosa de que se oyera algo durante la clase. Sus oídos aguzados percibían el ruido de pisadas y pequeños gemidos, pero, por lo visto, la señorita Roberts no se enteraba de nada.

Sin embargo, cuando Mademoiselle estaba dando la lección de francés, oyó al perro con claridad. Tenía el oído muy fino. La primera vez que el perro aulló miró sorprendida.

—¿Qué ruido es ése?

—¿De qué ruido habla, Mademoiselle? —preguntó Isabel con rostro inocente.

—¡El ruido de un perro! —contestó Mademoiselle impaciente—. ¡Un aullido, un ladrido! ¿Es posible que no lo hayas oído, Isabel?

Todas hicieron ver que escuchaban atentamente y negaron con la cabeza.

—Debe de estar equivocada, Mademoiselle —dijo Doris con gravedad.

—En la escuela no hay perros, sólo hay gatos en la cocina —afirmó Joan.

Mademoiselle estaba realmente asombrada de ser la única que oía ruidos raros.

—Ah, entonces debo de tener algo en los oídos —dijo, sacudiendo la cabeza con vigor—. Tendré que ir al médico para que me los limpie con la pera de agua. No quiero tener perros aullando y ladrando en mi cabeza.

Todas se estaban aguantando la risa y, al oírla, se desfogaron. Mademoiselle golpeó la mesa.

—¡Basta! ¡No es ninguna broma! Empieza el dictado.

La clase siguió con su trabajo. El perro exploró todo el cuarto a conciencia y, a juzgar por el ruido, arañó de lo lindo las paredes y la puerta. Mademoiselle pareció extrañada un par de veces más y miró a las jóvenes para ver si ellas también habían oído algo, pero todas siguieron trabajando serenamente, como si no oyeran nada. Mademoiselle se apretó los oídos preocupada y decidió ir al médico aquella misma tarde.

Las mellizas y Katy pasaban casi todo su tiempo libre en el desván. El perro se alegraba mucho al verlas y ellas cada vez lo querían más. Lo único exasperante era que, cuando se marchaban, quería ir con ellas y gemía, ladraba y arañaba la puerta, tratando de abrirla. Siempre temían que alguien lo oyera.

Pero pasaron los días sin que nadie se percatara de la presencia del perro. Las niñas le llevaban agua y comida, y lo bajaban secretamente al patio para que corriera un rato. Katy adoraba al perrito, que era, realmente, un animal muy inteligente y afectuoso.

—Como nadie lo ha reclamado, yo creo que me lo podría quedar, ¿verdad? —preguntó con ansiedad mientras jugaban con él durante el recreo—. ¡Lo quiero tanto! ¡Es una monada! Ahora me sería imposible llevarlo a la comisaría y dejarlo allí, ¿sabes? Si nadie lo reclama, al final tendrían que matarlo.

—Bueno, pues quédatelo, ya no falta mucho para acabar el trimestre. Pero tendremos que sacarlo de aquí antes de que las criadas suban a buscar nuestras maletas. Y eso será pronto. No sé qué vas a hacer, realmente no lo sé.

Pero no necesitaban molestarse pensando en lo que harían, porque el perro pronto lo decidió él solo.

Una mañana, cuatro días después de haberlo encontrado, mientras estaba echado en un rincón iluminado por un rayo de sol que entraba oblicuamente por la ventana del desván, se inquietó y empezó a dar vueltas y brincos por el cuarto. Se acercó a la puerta olfateando, saltó y golpeó el pestillo.

Después de un rato de dar saltos, por casualidad, empujó el pasador y la puerta se abrió. El perro, regocijado, la empujó con el hocico y bajó la escalera del desván.

No habría pasado nada si uno de los gatos de la escuela no hubiera estado profundamente dormido, debajo de un radiador del pasillo.

El perro olfateó el olor a gato y trotó hacia él entusiasmado. ¡Qué bien! ¡Un gato! Aún mejor, ¡un gato dormido!

Con un ruidoso ladrido y muchas ganas de jugar, el perro saltó sobre el gato. Era aún muy pequeño y no le hubiera hecho daño, pero el pobre felino se llevó un susto enorme. Brincó, lanzó un angustioso maullido y escapó por el pasillo, haciendo cabriolas con sus patas de cachorro. Y así fue cómo la señorita Theobald encontró al perro.

Iba hacia una de las clases cuando primero el gato y después el perro, pasaron corriendo entre sus piernas. Se volvió a mirarlos asombrada. En la escuela había gatos, a causa de los ratones, pero... ¿de dónde salía un perro?

El gato saltó por una ventana. El perro se detuvo sorprendido por la rápida desaparición del minino. Entonces decidió ir en busca de Katy; pensó que la había olido por allí. Así es que volvió a ponerse en marcha y pronto llegó a la puerta de la clase de primero. Se levantó sobre sus patas traseras y empezó a aullar y arañar.

Mademoiselle estaba de nuevo dando clase de francés y sus alumnas corregían, atareadas, un tema. Cuando el perro rascó la puerta aullando, Mademoiselle saltó se puso de pie de un salto.

—¡*Tiens!* Esta vez no son mis oídos. Es un perro de verdad.

Fue hasta la puerta y la abrió. El perro entró corriendo, moviendo la cola a cien por minuto y se abalanzó sobre Katy. ¡Cómo miraban todas!

Y detrás entró la directora, ¡decidida a descubrir el misterio del perro! Miró lo que pasaba y vio a Mademoiselle, que iba arriba y abajo, y a Katy que hacía lo posible por tranquilizar al perro.

—¿Qué es todo este alboroto? —preguntó la señorita Theobald con su voz seria y tranquila.

Mademoiselle se dirigió a ella enseguida, agitando los brazos por encima de los hombros, mientras contaba que oyó un perro días atrás, que había arañado la puerta, que...

—Creo que Katy sabrá explicarlo mejor que nadie —interrumpió la señorita Theobald, al ver cómo el perro le hacía fiestas a Katy y ésta le acariciaba y daba palmaditas—. Katy, ven conmigo, quizá tú me puedas dar una explicación.

Katy, bastante pálida, se levantó. Siguió a la directora a su despacho con el perro trotando amablemente tras ella. La señorita Theobald la hizo sentar.

—Yo no tenía intención de hacer nada malo —empezó a decir Katy—. Pero le habían hecho mucho daño, señorita, y yo quiero tanto a los perros, y como nunca he tenido uno que fuera mío y...

—Empieza por el principio —dijo la directora.

Katy narró toda la historia y la señorita Theobald la escuchó. Al final, cogió el teléfono y llamó a la comisaría. ¡A Katy se le paró el corazón! ¿Qué iría a decir la directora?

Preguntó si alguien había reclamado un perro perdido. Por lo visto, nadie lo había hecho. Entonces preguntó qué sucedería si uno se quedaba con un perro que había encontrado herido. No llevaba collar cuando lo hallaron, explicó.

Después colgó el teléfono y se volvió hacia Katy, que ahora sostenía al perro en su falda.

—No puedo imaginarme cómo has podido esconder el perro durante estos días, ni quiero saberlo. Sé que te gustan mucho los animales. Bien, en realidad, no hay motivo alguno para que no te quedes con el animal, si nadie lo reclama. Así es que te permito que lo tengas hasta que vayas a tu casa de vacaciones y, si tu tía te deja, te lo podrás llevar. Pero tiene que estar en el establo, Katy. Por una vez haré una excepción a la regla que dice que no se puede tener ningún animal aquí.

Si Katy no le hubiera tenido tanto respeto a la directora, la hubiera abrazado. Aun así, se le hizo un nudo en la garganta y, como si fuera tartamuda, consiguió darle las gracias. En cambio, el perrito no le tenía ningún miedo a la directora. Se acercó a ella y le lamió las manos solemnemente, como si comprendiera lo que había dicho.

—Ahora llévatelo al establo y di que le busquen un buen sitio para instalarlo. Y la próxima vez que quieras hacer algo extraordinario me lo consultas a mí o a la señorita Roberts. Si lo hacéis así, os evitaréis complicaciones.

Katy salió a toda prisa, le brillaban los ojos. El perro la seguía corriendo. Antes de ir al establo irrumpió en la clase, con los ojos brillantes y las mejillas rojas.

—¡Puedo quedarme con el perro! Me lo podré llevar a casa de mi tía...

—¡Katy! —gritó Mademoiselle mientras se levantaba airada—. No permito que se interrumpa mi clase de esta manera.

Katy prudentemente desapareció. Fue al establo y buscó a uno de los jardineros. Pronto encontraron un buen sitio para el perro y allí lo dejó, feliz de pensar que ahora podría ir a verlo y sacarlo a pasear siempre que quisiera.

Al volver a la clase, encontró a Belinda Towers que iba a entrenarse al campo de lacrosse.

—Belinda —gritó—, el perro se escapó, persiguió a un gato y entró en la clase, buscándome. La señorita Theobald entró detrás de él y, al conocer las circunstancias, me ha permitido que me lo quede.

—¡Qué suerte has tenido! —contestó Belinda—. Ahora vuelve a la clase zumbando. ¡Vosotras las de primer grado siempre estáis haciendo cosas raras!

Katy entró muy silenciosamente en la clase y se sentó. Mademoiselle aún tenía muchas cosas que decir, pero las palabras se deslizaban sobre la cabeza de Katy como si oyera llover. Soñaba con el perro, que sería muy suyo...

—¡Y si no prestas atención, te haré escribir una composición de tres páginas sobre los perros!

De repente se dio cuenta de que Mademoiselle hablaba con ella y, haciendo un esfuerzo, volvió en sí. Todas la miraban sonrientes y burlonas, y Mademoiselle, medio enfadada, medio divertida, se percató de que la niña no había escuchado nada de lo que le había dicho hasta entonces.

Katy no tenía ganas de escribir tres páginas de francés. ¡Dios mío!, entonces no podría sacar a pasear al perro. Durante veinte minutos trabajó mejor que nadie, y Mademoiselle no dijo nada más.

Durante la media hora de pausa antes de la comida, cuatro niñas se apiñaban alrededor de un excitado perro, discutían sobre el nombre que le pondrían.

—¡Es mío y le llamaré como quiera! —dijo Katy con firmeza—. Su nombre es *Bingo*. No sé por qué, pero creo que se tiene que llamar así.

Le pusieron *Bingo* y así se le llamó hasta el último día de clase cuando se fue con Katy a su casa. ¡Qué bien lo pasó hasta entonces, con docenas de niñas que se peleaban por sacarlo a pasear y que le daban tantas golosinas que se puso gordo como un tonel! Hasta las profesoras lo querían y lo acariciaban cuando lo encontraban paseando con Katy.

Todas las profesoras, menos Mademoiselle, que decía que la escuela no es un sitio para perros.

—¡Es abominable! —decía en cuanto lo veía—. ¡Ese perro!, ¡cómo alborotó mi clase!

Pero hacía un guiño y nadie la tomaba en serio.

Capítulo 19

ISABEL PASA UN APURO

Empezaron los exámenes. Las mellizas deseaban quedar muy bien, ya que a toda costa querían ser las primeras en algo. Se habían puesto ya al nivel de las otras alumnas, a pesar de que la mayoría de las niñas hacía mucho más tiempo que iban a Santa Clara. La señorita Roberts les dijo que era muy difícil que lograsen alcanzar los primeros puestos en todas las asignaturas.

Primero tuvo lugar el examen de matemáticas. Fue muy difícil, pero la señorita Roberts las había preparado muy bien durante el trimestre y confiaba en que harían un buen papel. Pat e Isabel se quejaron bastante, pero lo hicieron lo mejor posible.

—Sé que he contestado mal las preguntas 3, 4 y 5 —dijo Isabel cuando, al terminar, compararon los resultados—. Creo que los problemas los he resuelto bien; pero tuve que cavilar tanto que no he tenido tiempo de terminarlos a tiempo.

—Apuesto a que seré la última —gimió Pat disgustada. A veces aún le fastidiaba ser una «*don nadie*», como ella decía; aunque estaba olvidando rápidamente todas las pretensiones que tenía al iniciar el curso.

La prueba de francés no les fue mal. Gracias a la ayuda de «*Mademoiselle Abominable*», las mellizas se habían puesto a la altura de las demás en redacción. A la pobre Doris la tumbaron en francés. Tartamudeó y balbuceó de tal manera en el examen oral, que sacó a Mademoiselle de sus casillas.

—¡Te he enseñado francés durante tres trimestres y aún hablas como una niña de cuatro años! —gritó furiosa—. Repite otra vez uno de los versos que habéis aprendido durante este trimestre.

Cuanto más se enfadaba Mademoiselle, peor lo hacía la pobre Doris. Miró a sus compañeras desesperada e hizo un guiño a las mellizas.

—Ah, ¿conque haciendo guiños? Vas a ver cómo tendrás un cero en francés.

Como Doris ya sabía que sería la última, no se preocupó gran cosa. Se sentó contenta por haber terminado. Joan era la siguiente y, como estaba muy bien preparada, Mademoiselle se calmó un poco.

Los exámenes se sucedieron hasta que sólo quedó por realizar el de geografía. Las mellizas miraban las calificaciones cada mañana y se ponían muy tristes al ver que no eran las primeras en nada. ¡Ni siquiera las segundas! Pat consiguió ser tercera en historia natural, e Isabel quinta en historia, pero fue lo máximo que alcanzaron.

—Las notas no serán demasiado buenas —suspiró Pat—. En Redroofs éramos las primeras en casi todo. Nuestros padres se disgustarán al ver que no somos las primeras ni en una sola asignatura.

—Creerán que hemos hecho lo que dijimos y que no nos hemos aplicado. Y hemos estudiado mucho. ¡Qué lástima que dijéramos todo aquello antes de venir! Seguro que papá va a imaginarse

que durante el trimestre hemos holgazaneado. ¡Está tan acostumbrado a que tengamos las mejores notas!

—Bueno, aún queda el examen de geografía. Podríamos ser las primeras, pero lo dudo. No tengo la impresión de saber muchas cosas sobre África, aunque hemos estudiado ese gran continente durante todo el curso. ¿En qué lugar viven los zulús? Nunca me acuerdo.

—Me gustaría ser la primera en geografía. Pat, repasémosla bien esta noche, a ver si conseguimos algo. ¡Anda! ¡Empecemos!

Las dos se inclinaron sobre el libro y empezaron a repasar en serio todas las lecciones. Miraron los mapas que habían hecho y los volvieron a dibujar a grandes rasgos dos o tres veces. Hicieron listas de ciudades y puertos, y se las preguntaron una a otra. Se les enrojecieron los ojos de tanto mirar los nombres de ríos y montes, que se aprendieron de memoria. También repasaron las particularidades de los habitantes y la fauna de África, y los productos que allí se obtenían.

—Bien, ahora me parece que realmente sé algo —suspiró Isabel—. Lo que mejor recuerdo son los productos y los ríos.

—Pues yo sé muchas cosas sobre el clima. Pero apuesto a que no nos preguntarán nada de todo esto. Las preguntas de los exámenes siempre son sobre cosas que no has estudiado, o porque has estado enferma o te has despistado o por cualquier otra razón.

—Bueno, ya no puedo estudiar más esta noche —dijo Isabel—. Quiero acabar la manga del jersey que estoy tejiendo. Sólo me faltan unas cuantas pasadas. ¿Dónde he puesto el patrón?

—No tengo ni idea —contesto Pat—. Siempre lo pierdes. Creo recordar que esta tarde lo llevaste a la clase. —¡Vaya! ¡Es verdad!

Se levantó y salió de la sala. Olvidó por completo que les habían dicho que no entrasen en las aulas porque estarían preparadas las papeletas del examen. Llegó hasta la clase, abrió la puerta y entró. Fue a su pupitre y buscó el patrón.

Sí, allí estaba. Iba a cogerlo cuando reparó que en el suelo había un lápiz de la señorita Roberts. Lo recogió, se acercó al pupitre de la profesora y lo puso en la mesa con otros lápices y plumas.

Y allí, encima del pupitre, bien a la vista, estaban las preguntas del examen de geografía claramente escritas en una hoja de papel. Con el corazón palpitando, Isabel las miró un momento.

Si supiera cuáles eran las preguntas, las podría repasar y las contestaría tan bien que sería la primera. Sin pensarlo, leyó rápidamente la lista: «*Digan lo que sepan sobre el clima de África.*», «*¿Qué sabe usted de los pigmeos?*», «*¿Qué...?*».

Isabel las leyó todas, de la primera a la última. Estaba sofocada y el corazón le latía con violencia. «*Todas estas preguntas —se dijo— son las que hemos estado repasando esta tarde. No importa nada que las haya visto. Ya sabía las respuestas.*».

Pat miró a Isabel cuando ésta volvió a la sala y le preguntó: ¿Has encontrado el patrón?

Isabel se miró las manos vacías. Después de todo, se había olvidado de cogerlo.

—¿No estaba allí? —volvió a preguntar Pat.

—Sí —contestó Isabel—, pero me lo he vuelto a dejar.

—Bueno, ¿por qué no vuelves a buscarlo?

Isabel vaciló. No se atrevía a volver a la clase.

—¿Qué te sucede, Isabel? —preguntó Pat con impaciencia—. ¿Te has quedado sorda? ¿Qué te pasa?

—Pat, las preguntas del examen de geografía estaban encima de la mesa de la señorita Roberts —confesó Isabel— y las he leído.

—¡Isabel, eso es hacer trampas! —respondió Pat.

—No tuve tiempo de pensar si era trampa o no —repuso Isabel turbada—. Pero no importa Pat, todas las preguntas son sobre lo que hemos repasado esta tarde con tantísimo trabajo.

Pat miró a Isabel, que no se atrevía a levantar la vista.

—Isabel, es imposible que te presentes mañana al examen de geografía si ya sabes las preguntas —dijo finalmente—. Creo que las contestarías a la perfección aunque no las hubieras visto; pero si alguien lo supiera, pensaría que eres una tramposa. Y no lo eres, siempre has sido recta y honrada. No te puedo entender.

—Lo hice sin darme cuenta —dijo la pobre Isabel.

—Bueno, es preferible que se lo digas a la señorita Roberts —aconsejó Pat.

—¡Oh, eso es imposible! —exclamó Isabel, asustada—. Ya sabes lo severa que es. No soy capaz.

—Puedes contestar las preguntas muy mal, con lo que la señorita se enfadará, y entonces le explicas el motivo. Si sabe que no te has aprovechado de haber visto las preguntas antes del examen, no pensará que eres una tramposa. Pero tarde o temprano lo tendrás que confesar, y más vale que vayas ahora, Isabel. Ya sabes que lo tienes que hacer.

—Prefiero decirlo después. Iré al examen y lo haré tan mal que seré la última. Entonces, cuando la señorita me riña, le explicaré la razón. ¿Por qué sería tan tonta? Lo hice inconscientemente. Incluso podría haber sido la primera, porque son unas preguntas que hubiera contestado a la perfección.

—No me digas cuáles son —rogó Pat—. No las quiero saber, estaría muy incómoda en el examen. ¡Ánimo Isabel! Te conozco muy bien y sé que lo has hecho sin querer. ¡Todo el mundo hace tonterías!

El examen de geografía tuvo lugar al día siguiente, justo después de las oraciones. A las nueve todas entraron en la clase en fila y ocuparon sus puestos. Isabel vio que las preguntas estaban aún encima de la mesa. Pat también lo observó, pero ninguna de las dos alcanzaba a leerlas. La señorita Roberts entró y saludó:

—Buenos días, niñas.

—Buenos días, señorita —contestó a coro la clase.

—Hoy es el examen de geografía —dijo la señorita vivamente—. Por favor, hacedlo muy bien. Joan, toma las preguntas y repártelas.

Isabel contempló cómo Joan iba a buscar las papeletas. Se sentía muy desgraciada. Era desagradable hacerlo mal a propósito; pero no había otra solución.

En el momento en que Joan cogía las papeletas, la señorita Roberts la detuvo y exclamó:

—¡Espera! Creo que no son las vuestras. No, no lo son. ¡Qué tonta! Me he equivocado. Éste es

el cuestionario para las del segundo grado, que también han estudiado África. Llévaselas a la señorita Jenks y pídele que te dé las papeletas que dejé encima de su mesa.

Joan cogió las hojas y salió de la clase. Isabel miró a Pat, que sonreía encantada. Cuando la señorita Roberts se volvió para escribir algo en la pizarra, Pat se inclinó hacia Isabel y susurró:

—¡Qué suerte! Ahora puedes hacer el examen lo mejor que sepas. Las preguntas que viste no eran para nuestro grado.

Isabel asintió con la cabeza. Estaba realmente contenta. Le parecía imposible que fuese verdad. La señorita Roberts la miró:

—Si veo a algunas niñas cuchicheando durante el examen, les quitaré diez puntos de su nota. ¿Me oís, Pat y compañía?

—Sí, señorita —contestó Pat dócilmente.

Joan volvió con las preguntas y las repartió. Isabel las leyó rápidamente. Sí, eran muy distintas de las que vio la noche anterior. ¡Qué maravilloso! Ahora ya podía ponerse a responderlas y esforzarse para ser la primera. Nunca volvería a ser tan tonta. No había tenido la intención de ser tramposa, pero era horrible sentirse culpable como si lo fuera. La pobre Isabel, después de tantos apuros, estaba nerviosa y no hizo tan bien el examen como Pat. Le temblaba la mano al hacer los mapas y se equivocó tontamente. Cuando recogieron las hojas y las corrigieron, Isabel no estaba entre las primeras. Era la sexta, pero Pat fue «*la primera*». Isabel estaba feliz de ver que el nombre de Pat encabezaba la lista, que era como si hubiera sido el suyo. Apretó con fuerza el brazo de su hermana.

—Bien, Pat. Estoy muy contenta. ¡Por lo menos una de las dos ha sido la primera en algo!

Pat estaba resplandeciente. Era maravilloso ver su nombre encabezando la lista.

La señorita Roberts se acercó y le golpeó la espalda con cariño.

—Hiciste un examen excelente, Pat. Tu puntuación es muy buena. Me sorprende que Isabel no lo haya hecho mejor. ¿Qué ha sucedido, Isabel?

Isabel no contestó y la señorita se fue pensando: «*¡Pasan unas cosas tan raras en los exámenes. Probablemente el próximo trimestre las mellizas O'Sullivan serán las primeras en casi todo!*».

Capítulo 20

LA FIESTA DE FIN DE TRIMESTRE

El final del trimestre estaba ya muy cerca. La señorita Theobald y las otras profesoras estaban atareadas con las calificaciones, la confección de las listas, la colaboración de las niñas en los preparativos de la fiesta y la revisión de las hojas de los exámenes. Mientras tanto, las alumnas se volcaban en la preparación de la comedia y volvían loca a Mademoiselle con su falta de atención.

La señorita Roberts era muy indulgente, pero Isabel le puso nerviosa al decirle que en una libra había catorce onzas.

—Ya sé que todas os excitáis demasiado al final del trimestre, pero la verdad es que mi paciencia tiene un límite. Isabel, si hubiera un grado inferior a éste, te mandarí­a allí por el resto de la mañana.

Las dos últimas semanas fueron realmente muy divertidas. Las chicas iban a pasar unos días de vacaciones. Por lo tanto, todos los armarios se tenían que vaciar, limpiar, secar y arreglar. Las mellizas nunca lo habían hecho en Redroofs y, al principio, tuvieron tentaciones de mirar ese trabajo por encima del hombro. Pero cuando vieron que las demás se ataban un pañuelo a la cabeza y se ponían delantales, no pudieron dejar de pensar que era bastante divertido, aunque la limpieza se tuviera que hacer en el tiempo libre.

—¡Vamos, Pat. Venga, Isabel! No seáis tan «*estiradas*» —gritó Janet, que comprendió enseguida que las mellizas nunca habían hecho un trabajo semejante—. ¡Si os ensuciáis, después os podréis duchar y lavar la cabeza! ¡Venid, altivas y orgullosas damas!

No les gustaba nada que las llamaran así y acudieron enseguida. Buscaron unos pañuelos grandes y se los ataron a la cabeza, se pusieron los delantales y se unieron a las otras. Hilary dirigía en todos sus pormenores la limpieza de la primera clase.

Realmente era divertido. Había que vaciar del todo los armarios, y se oían alborozados chillidos cuando aparecía algo largo tiempo perdido.

—¡Creía que nunca más vería este cortaplumas! —gritó Doris, mientras se abalanzaba muy satisfecha sobre un pequeño cuchillito con mango de nácar—. ¿Dónde ha estado metido tanto tiempo?

—¡Vaya! Aquí está la estilográfica de la señorita Roberts —exclamó Hilary un poco más tarde—. Mirad, estaba enredada en este lío de rafia. ¡Ya sé cómo se metió ahí! ¿Recuerdas, Janet, aquel día que en la clase de labor pusiste un montón de rafia encima de la mesa de la señorita? Se enfadó mucho y la devolviste al armario. Apuesto cualquier cosa a que cogiste a la vez la pluma. ¡No la buscamos poco!

—Bueno, por Dios, no le recordéis que fui yo la culpable —suplicó Janet—. Ahora siempre lo investiga todo hasta el final. Mira, llévale tú la pluma, Isabel, y dale que la hemos encontrado en el armario de la labor. Hoy estás en desgracia y así tal vez obtengas una inesperada sonrisa.

Isabel fue decidida. La señorita Roberts estuvo contentísima al ver su pluma y sonrió gozosa. Isabel se preguntó si se habría puesto de suficiente buen humor como para pedirle algo. Lo intentó.

—¡Señorita! Siento mucho haber hecho tan mal las matemáticas. Si prometo hacerlo mejor mañana, ¿sería posible que no tuviera que hacer todas aquellas sumas? Hoy tengo tanto trabajo...

Pero a la señorita Roberts no se la conquistaba tan fácilmente.

—¡Mi querida Isabel! Estoy muy contenta de que hayas encontrado mi pluma, pero reconocerás que no es suficiente motivo como para que te perdone la repetición de un trabajo tan mal hecho. Incluso aunque encontraras mi mejor sombrero que voló de mi cabeza el domingo pasado y desapareció por los campos, seguiría diciéndote que tienes que repetir las cuentas otra vez.

Todas se rieron por lo bajo. Cuando quería, la señorita Roberts era muy seca. Isabel también se rió y volvió a la limpieza.

—¡Me gustaría encontrar su sombrero! Es muy severa, pero es una gran persona.

Cuando llegó la tarde de la fiesta, estaban muy excitadas. Los últimos días habían estado muy nerviosas aprendiendo sus papeles a la perfección y repasándolo todo. Cada grado representaba algo y la función duraría tres horas, con un intermedio para tomar un refresco, que bastante lo necesitarían.

Mademoiselle había enseñado a cada grado comedias y canciones en francés, e importunaba continuamente a las chicas para estar segura de que se las sabían a la perfección. El sexto grado representaba una corta obra en griego. Las de quinto habían preparado un sketch absurdo, escrito por ellas mismas, que se titulaba «*La señorita Jenks hace una visita*». Habían pedido prestados sombreros y vestidos viejos a las profesoras y hasta a la cocinera.

El cuarto grado había formado una orquesta de jazz que sonaba de maravilla, aunque Mademoiselle hubiera prescindido con gusto de la batería, que se oía redoblar desde una de las salas de música a las horas más intempestivas del día. Las de tercero representaban parte de una comedia de Shakespeare, y el segundo y el primero ponían en escena comedias y números sueltos, como por ejemplo un solo de baile de Doris y los versos de Tessie.

Sheila estaba excitadísima. Sabía que, si al principio le hubieran dado un papel en la comedia, no hubiera sido tan importante como el que tenía ahora. A causa del accidente de Vera tenía uno de los mejores papeles. Lo ensayaba continuamente y hacía cosas que nunca se le hubieran ocurrido a Vera. Todo el mundo estaba asombrado por su manera de actuar.

—¡Lo hará de maravilla! —susurró Janet—. Ahora Sheila me resulta muy simpática. ¿Quién iba a pensar que, bajo aquellos alardes de presunción, se ocultaba una persona trabajadora e interesante?

Pat e Isabel también lo ponían todo de su parte para que la fiesta fuera un éxito. Asistirían todas las profesoras y el servicio, y toda la escuela la presenciaría. ¡Cada grado tenía que defender su honrilla!

Llegó la famosa noche. Durante todo el día se oyeron risas y cuchicheos. Las lecciones flaquearon bastante, excepto las de Mademoiselle. No era de extrañar que al llegar las niñas al

último curso fueran, en la asignatura de francés, verdaderas eruditas.

Las profesoras de labor cosían a gran velocidad para arreglar vestidos en el último momento. El ama de llaves preparó, inesperadamente, para una de las comedias, comida «*de verdad*», en vez de la ficticia que había preparado Hilary.

—¡Qué buena persona! —exclamó Hilary, al ver el jarro de limonada y los pasteles que le entregaba el ama—. ¡Ahora disfrutaré haciendo mi papel!

—Bueno, no te llenes demasiado la boca o no podrás decir ni una palabra —comentó Janet con una risotada—. Escuchad, ¿qué os parece si le pidiéramos a Mademoiselle que intercale una comida en su comedia?

Pero nadie se atrevió a pedir a Mademoiselle semejante cosa.

A las seis empezó la fiesta. Toda la escuela entró en orden en el gimnasio, donde se habían preparado sillas y bancos. El escenario disponía de telón y de focos, y presentaba muy buen aspecto. A los lados había plantas y flores del invernadero de la señorita Theobald.

Las profesoras estaban sentadas en las tres primeras filas y dejaron que las alumnas, por una vez, se las arreglaran solas. El personal de la cocina estaba detrás de las profesoras y las niñas en los demás bancos. El gimnasio estaba a rebosar.

Todo el mundo tenía un programa único, pintado por las mismas niñas. Pat estaba orgullosísima porque la señorita Theobald tenía el que ella había dibujado. La directora miraba con mucha atención el dibujo de la cubierta, y Pat deseaba que se fijara en la firma: Pat O'Sullivan.

Cada grado sabía cuándo le tocaba el turno de actuar y, entonces, se tenían que levantar en silencio para ir detrás del escenario a vestirse. Empezaban las de quinto grado. En cuanto se levantó el telón, aparecieron ridiculamente vestidas con extravagantes sombreros, abrigos y chales, y todo el público estalló en carcajadas. La cocinera exclamó:

—¡Oh, mi sombrero viejo! ¡Nunca imaginé que lo vería en un escenario!

El acto era muy cómico y tuvo mucho éxito.

Después venía la obra griega, presentada por el sexto grado, muy seria y difícil de entender. Las de primero la escucharon cortésmente y al final aplaudieron mucho, pero en su interior pensaron que lo del quinto grado era mucho mejor.

El cuarto grado apareció con una banda de jazz y enseguida tuvieron éxito. La batería era sencillamente maravillosa y Mademoiselle perdonó del todo la constante irritación que le produjeron los ensayos. Tocaron piezas de baile muy alegres y que el público coreó a grandes voces. No cesaban de aplaudir y pedir bises, pero, como era la hora del intermedio, tuvieron que acabar.

¡Cómo disfrutaron de los bocadillos, dulces y limonadas! Cuando entraron en el comedor, se quedaron asombradas de la cantidad de comida que había.

—¡Nunca nos podremos comer todo eso! —exclamó Pat.

—¡Patricia O'Sullivan, tú no sabes lo que dices! —replicó Janet, mientras cogía un plato de bocadillos—. Habla por ti. Toma uno o dos, mientras aún existan.

Le dedicaron tal alegría y apetito a la merienda que, a los veinte minutos, no quedaba nada en

los platos. Las niñas acabaron con todo, pero, además, escondido debajo del largo mantel de la mesa, había alguien tan tragón como las niñas: ¡El cachorro *Bingo*!

Katy lo había metido en secreto y atado a la pata de la mesa. Le daba trocitos de bocadillo que él se comía ansiosamente. Era lo bastante listo para no asomar ni la nariz, y nadie sospechó que se hallaba allí, excepto Isabel, que estaba asombrada de la cantidad de bocadillos que se comía Katy. De repente, se dio cuenta de lo que pasaba.

—Katy, ¡qué mala eres! ¡Has traído a *Bingo*!

—¡Calla! No digas ni una palabra. No veo por qué iba a quedarse él sin juerga. ¿No es buenísimo?

Bingo lo pasó de maravilla, porque entonces le dieron comida las dos.

La fiesta prosiguió después de media hora de descanso. Las del primer grado representaron sus dos comedias y Sheila lo hizo tan maravillosamente que el público gritó su nombre y la hizo salir a saludar. Sheila nunca se había sentido tan feliz. Sofocada y excitada, estaba muy bonita cuando saludaba.

Winifred sonrió de lejos a Pat, demostrándole su alegría, pues comprendió que Pat y sus compañeras habían dado a Sheila la oportunidad que ella les pidió.

La comedia en francés también fue un éxito y Mademoiselle repartió sonrisas a su alrededor cuando oyó aplaudir con tanta sinceridad. Isabel oyó decir a Belinda Towers: «*Estas niñas de primero no están nada mal*», y conservó sus palabras en la memoria para repetírselas a sus compañeras.

Doris bailó su danza, que era en verdad muy buena. Tuvo que repetir y entonces salió vestida de payaso. Empezó el baile que acabó tan desastrosamente la noche de la «*Gran fiesta de Medianoche*», y esta vez pudo terminarlo entre aplausos y aclamaciones. En el último momento, ocurrió una perturbación en forma de *Bingo*.

Mordió la cuerda y consiguió soltarse para ir en busca de su dueña. Katy estaba entre bastidores, mirando la danza de Doris. *Bingo* saltó muy contento por el escenario y tropezó con Doris con tanta oportunidad que pareció que formaba parte del baile.

Doris se cayó justo al acabar la música. El público aplaudió y aclamó con entusiasmo. *Bingo*, al oír los aplausos, dio la vuelta, sacó su rosada lengua y movió alegremente la cola. Después corrió hacia Katy, quien, temerosa de que la riñeran, se apresuró a llevarlo al establo.

Pero nadie la riñó, ni siquiera Mademoiselle, que no cesaba de repetir que era «*abominable*» e *insupportable* permitir «*aquel perro*» en la escuela. La fiesta acabó cuando todas a coro cantaron el himno del colegio, una alegre y cordial canción que las mellizas oían por primera vez. Ellas eran las únicas que no lo sabían.

—¡La próxima vez lo cantaremos! —murmuró Pat—. ¡Oh, Isabel! ¡Qué magnífica noche! Deja a Redroofs pequeño, ¿no te parece?

Después, con enormes bostezos porque era una hora más tarde de lo acostumbrado, se fueron a la cama. Charlaron y rieron mientras se desnudaban y tardaron todo lo que quisieron, pues era la última noche del trimestre y... ¡mañana se iban a casa!

Capítulo 21

EL ÚLTIMO DÍA

Al día siguiente bajaron las maletas del desván. Cada una tenía escrito con tiza blanca el nombre de su dueña y enseguida se pusieron a bajar el equipaje. El ama de llaves iba de un lado a otro, dándoles la ropa y procurando que hicieran las maletas lo mejor posible. Hizo que Doris sacara todo lo que había metido ya en el baúl y volviera a empezar de nuevo.

—Pero, ama, ¡no voy a tener tiempo! —dijo Doris, mientras reía de la cara de fastidio que ponía el ama.

—Aunque tengas que quedarte aquí hasta la semana que viene, harás la maleta como es debido —respondió el ama con rostro ceñudo—. Doris Elward, tu madre y tus dos tías vinieron aquí hace años y no aprendieron nunca a hacer bien el equipaje, pero tú «*aprenderás*». No es de sentido común poner las cosas frágiles en el fondo del baúl y los zapatos y botas encima de las mejores prendas. ¡Empieza otra vez!

—Katy, dame tu dirección —pidió Pat a gritos—. Dijiste que me la darías y aún no lo has hecho. Quiero escribirte por Navidad.

Katy se puso roja de alegría. Nunca nadie se había molestado en pedirle su dirección. La escribió y se la dio a Pat. Hubo un intercambio general de direcciones y promesas de telefonar, e invitaciones para reuniones después de Navidad, si unas y otras podían combinarlo.

La escuela no parecía la misma. Por todas partes se oían risas y exclamaciones, y hasta incluso cuando las profesoras entraban en las clases y dormitorios, seguían hablando y riendo. Las profesoras también estaban excitadas y hablaban risueñas entre ellas.

—Este trimestre estoy muy contenta con mi clase —comentó la señorita Roberts viendo que Sheila tiraba algo a Pat—. Dos o tres de las niñas han mejorado tanto que están desconocidas.

—¿Qué hay de las mellizas O'Sullivan? —preguntó la señorita Jenks—. Cuando vinieron pensé que iban a ser intratables. ¿Sabe que las llamaban «*las estiradas*»? Al principio no podía resistir la vista de sus rostros descontentos.

—Pues van muy bien —protestó la señorita Roberts enseguida—. Se han aclimatado a la perfección, son de buena madera. Llegará un día en que la escuela estará orgullosa de ellas, anote mis palabras. Sin embargo, son traviesas. ¡Ya lo verá cuando estén en su clase el año próximo!

—¡Estarán bien apaciguadas, después de un curso o dos bajo sus tiernos cuidados! —exclamó la señorita Jenks y se rió—. Nunca tengo problemas con las niñas que pasan de su clase a la mía. Las únicas que me molestan son las alumnas nuevas que vienen directamente a mi clase.

Mademoiselle entró muy sonriente. Siempre apuntaba concienzudamente en una libreta las direcciones de las niñas y escribía a todas durante las vacaciones.

—¡Simpática «*Mademoiselle Abominable*»! —murmuró Pat cuando pasaba. El aguzado oído de Mademoiselle oyó lo que decía.

—¿Cómo me has llamado? —preguntó, mirando desde su altura a Pat, que hacía el baúl arrodillada en el suelo.

—Oh, nada, nada Mademoiselle —balbuceó Pat asustada de pensar que la había oído.

Las otras niñas, riéndose, se volvieron a mirarla. Todas sabían cómo llamaban las mellizas a Mademoiselle.

—Dímelo enseguida, te lo exijo —insistió Mademoiselle, y sus ojos empezaron a echar chispas.

—Bueno —dijo Pat contrariada—. La llamé «*Mademoiselle Abominable*» porque al principio nos llamaba continuamente a Isabel y a mí y a todo lo que hacíamos «*abominable*». ¡Por favor, no se enfade!

Pero Mademoiselle no se enfadó. Por alguna razón, el nombre le cayó en gracia y echando la cabeza hacia atrás, se rió a carcajadas.

—¡Ja, ja!, «*Mademoiselle Abominable*». Bonito nombre para vuestra profesora de francés. Y el próximo trimestre trabajaréis tan bien que os diré que sois *magnifiques*. ¡Y entonces me llamaréis «*Mademoiselle Magnifique*»! ¿*N'est-ce pas*?

Por fin acabaron de hacer las maletas. Todas fueron a despedirse cortésmente de la señorita Theobald. Cuando las mellizas entraron, las miró con seriedad y después les dirigió una dulce sonrisa.

—No queríais venir a Santa Clara, ¿verdad? Pero ahora me parece que habéis cambiado de manera de pensar. ¿No es cierto?

—Sí, hemos cambiado completamente —contestó Pat con sinceridad, ya que cuando variaba de opinión, no tenía inconveniente en confesarlo—. No queríamos venir a este colegio y nos propusimos portarnos mal y, al principio, lo hicimos. Pero después... bueno, Santa Clara nos gustó mucho.

—Y estaremos muy satisfechas de volver el próximo trimestre —afirmó Isabel—. Aquí se estudia mucho y las cosas no se parecen en nada a las de nuestra antigua escuela. También nos contrariaba ser de las más pequeñas, después de haber sido las primeras de la escuela, pero ahora ya estamos acostumbradas.

—Algún día seréis las primeras de vuestra clase aquí —dijo la directora.

Pero pensar que podían llegar a ser tan maravillosas como Winifred Jones era demasiado para las mellizas.

—¡Oh, no! —exclamó Pat—. ¡Nunca, nunca llegaremos a serlo!

Pero la señorita Theobald sonrió interiormente. Conocía mucho mejor a las jovencitas de lo que ellas mismas se conocían y estaba segura de tener razón. Esas inquietas mellizas podían llegar a valer mucho, y ella y la escuela harían lo posible para que se cumpliera lo que prometían.

—Aquí están vuestras notas —dijo, dando a cada una las suyas—. Recuerdos a vuestra madre y decidle que no os he tenido que expulsar todavía.

—Espero que las notas sean buenas —exclamó Pat—. Le dijimos a papá que no nos esforzaríamos nada y, si son malas, pensará que somos muy mezquinas.

—Bien, ya lo veréis cuando lleguéis a casa —contestó la directora, sonriendo—, pero yo en

vuestro lugar no me preocuparía. ¡Adiós!

Las mellizas se despidieron de todo el mundo y recibieron sonoros besos de Mademoiselle en cada mejilla. La señorita Roberts les dio la mano y les recomendó que no comieran demasiados pasteles. La señorita Kennedy estaba muy triste al despedirse; su amiga, la señorita Lewis, estaba ya recuperada y volvería a ocupar su puesto el trimestre próximo.

—Ya no nos veremos más —exclamó la señorita Kennedy al despedirse de las mellizas—. Os echaré mucho de menos.

—Adiós, señorita —contestó Pat—. Al principio nos portamos pésimamente con usted, pero nos ha perdonado, ¿verdad? Y prometo escribirle, no la olvidaré.

—Ni yo —asintió Isabel.

Entonces Janet, Hilary y las demás se apiñaron a su alrededor y la pobre señorita estuvo a punto de llorar cuando todas le dijeron adiós y le desearon buena suerte. ¡Qué contenta estaba de no haber fracasado después de todo!

El que estaba muy alborotado aquel día era Bingo. Lo habían dejado suelto y pasaba el tiempo comiendo chocolate que le daban sus amigas y lamiéndoles la cara y las manos mientras estaban arrodilladas haciendo las maletas. Ninguna profesora se quejaba de él y lo pasaba de maravilla.

—¡Tendrá un disgusto cuando lo deje para volver a la escuela! —exclamó Katy, mientras le acariciaba la peluda cabeza—. Pero no importa, ahora pasaremos juntos un mes. La señorita Theobald escribió a mi tía y, si se porta bien, lo podré tener para siempre.

—¡Claro que sí! —repuso Janet—. Pero supongo que se parecerá a ti, Katy. Unas veces se portará bien y otras se portará mal.

Katy se echó a reír y dio a Janet un cariñoso empujón. No vivía lejos de las mellizas y habían hecho proyectos para ir en bicicleta a visitarse unas a otras. Era muy feliz.

Sonó el timbre que avisaba que el primer autocar estaba preparado para llevarse a las niñas a la estación. Les tocaba a las del primer grado. Mientras gritaban adiós a las profesoras, bajaron las escaleras desordenadamente y se apretujaron en el vehículo. ¡Qué divertido era el final de trimestre! ¡Qué gozoso volver a casa a disfrutar de las diversiones de Navidad, las reuniones y el teatro! Tenían que comprar los regalos, mandar felicitaciones y mil cosas más.

Pat e Isabel subieron al tren y se instalaron con sus compañeras, en espera de que llegara el resto de las colegialas. No tardó mucho en oírse el violento silbido de la máquina, los vagones traquetearon y el tren se puso en movimiento. ¡Ya se marchaban!

Las mellizas sacaron la cabeza por la ventana para ver una vez más el gran edificio blanco que habían llegado a querer.

—¡Adiós! —murmuró Pat—. ¡Te odiamos cuando te vimos por primera vez, pero ahora te queremos!

—¡Y estaremos muy satisfechas de volverte a ver! —susurró Isabel—. Pat, será maravilloso regresar dentro de cuatro semanas, ¿verdad? ¡Querida escuela de Santa Clara!

Pronto dejó de verse el edificio y el tren siguió su ruidosa marcha. Parecía decir una y otra vez: «*Volveremos muy contentas; volveremos muy contentas*».

Una canción muy rara, pero muy cierta, pensaron las mellizas.

Notas

[1]Lacrosse: Juego por equipos parecido al hockey sobre hierba, pero que se practica con un palo o raqueta que lleva una bolsa de red y se juega principalmente en los países anglosajones.<<